

**PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES DE LA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA.**

TESIS DE MAESTRIA.

TITULO: *HACER LO QUE OTROS, POR EL MOMENTO, NO PUEDEN HACER.*

**Proyecto militante, prácticas de anclaje territorial, relaciones de
interdependencia y noción de compromiso en un Movimiento de Trabajadores
Desocupados.**

Autor: Lic. Jerónimo Pinedo.

Director: Dr. Aníbal Viguera.

Fecha de entrega: 19 de Junio de 2009

“La sociedad existe allí donde varios individuos entran en acción recíproca. Esta acción recíproca se produce siempre por determinados instintos o para determinados fines.” (Simmel, Sociología, p. 13)

Para Eva y Agustina, por la risa de todos estos años.

INDICE

Introducción

Capítulo I: El estudio de *los piqueteros*. Del movimiento como actor colectivo a las tramas sociales de la movilización.

1. Las organizaciones piqueteras como objeto de estudio.
2. El problema de la identidad piquetera.
3. De la unidad del actor colectivo a la pluralidad de las tramas sociales.
4. De la comprensión de la participación a la construcción histórica de la demanda.
5. El lugar de lo territorial: ¿base o epicentro?
6. Enlaces y tránsitos en la creación de una organización de trabajadores desocupados.

Capítulo II: Representando a los desocupados: *“hacer lo que otros, por el momento, no pueden hacer.”*

1. El MTD en la literatura específica.
2. La génesis social.
3. La creación de un colectivo. Agentes, tiempo y espacio.
4. Tiempos fríos y tiempos calientes de la política.
5. De la Universidad al barrio.
6. Ligar lo social con lo político.
7. Hacer lo que otros, por el momento, no pueden hacer.

Capítulo III: Organizando a los desocupados: los planes sociales, la organización y los espacios de sociabilidad política (y laboral) barrial.

1. Rebusques, lucha y planes.
2. Criterios para organizarse.
3. Cuatro significados asociados al plan.
4. Los múltiples (y combinados) significados de los planes.
5. La organización como espacio laboral.
6. ¿Política o trabajo, o ambos a la vez?

Capítulo IV: El barrio y el movimiento: promotores y compañeros del barrio en un núcleo territorial.

1. Los criterios entran en crisis.
2. Ramiro muestra su disconformidad con el movimiento.
3. Las relaciones peligrosas de Ramiro.
4. Diferencias posicionales en un entramado de interdependencia.

5. El barrio y el movimiento.

Capítulo V: Un merengue suizo: autoridad, delegación y derecho en un núcleo territorial.

1. Un merengue suizo.
2. Un Islote de Certeza.
3. Ellos: la autoridad del movimiento.
4. Luchas reivindicativas y Luchas políticas.

Capítulo VI: El compromiso: entre la práctica y la representación de la práctica.

Conclusión

Agradecimientos

Bibliografía

INTRODUCCIÓN

En una organización popular, el trabajo relacional que despliegan los activistas contribuye de manera decisiva a la movilización colectiva. Al devenir en el rol de militantes, las personas establecen vínculos, trazan fronteras entre relaciones distintas y definen formas organizacionales y simbólicas que las involucran junto a otras personas en empresas comunes. Esta investigación micro-sociológica indaga en esa tarea de conexión social llevada a cabo por los participantes de un movimiento de trabajadores desocupados (MTD) en la ciudad de Villa Palmira.¹

El estudio de las organizaciones piqueteras que agrupan a los denominados desocupados en el área metropolitana de Buenos Aires ha dado lugar a una bibliografía académica profusa, extensa y dispar. En el capítulo I de esta tesis nos entregaremos a delinear algunas claves de lectura de esa bibliografía, pero la presentación de esta investigación requiere precisar la posición de la experiencia estudiada en relación con las dimensiones de la movilización de los desocupados en el área metropolitana de Buenos Aires. Desde el punto de vista tanto de su ubicación espacio temporal como de sus dimensiones, el MTD de Villa Palmira no resulta una organización relevante ni determinante en la caracterización del complejo espacio de las organizaciones piqueteras. Abarca menos de una centena de personas. Se sitúa en una ciudad relativamente alejada del epicentro de las organizaciones mayores, sobre todo localizadas al oeste y al sur del conurbano bonaerense. Fue creada a comienzos del año 2002, mientras que la aparición de las organizaciones fundadoras del espacio piquetero data desde 1997. Es una organización modesta. Una leve ondulación en un mar de organizaciones socio-territoriales que gestaron la por momentos imponente y sumamente determinante movilización social de las clases populares en la historia argentina reciente.

Pero más allá de su triple condición de periférico, modesto y tardío, el MTD de Villa Palmira es una experiencia interesante para observar cómo un grupo de

¹ El nombre de la ciudad como el de los protagonistas de esta investigación han sido modificados para preservar su anonimato. Los nombres verdaderos sólo se mencionan cuando provienen de análisis de fuentes escritas firmadas.

militantes de origen universitario, en un momento particular de la historia argentina, se vieron interpelados por la movilización de las organizaciones piqueteras y establecieron determinados cursos de acción orientados por esas interpelaciones. A partir de ese contexto histórico estos militantes buscaron establecer un lazo político y social con los pobres urbanos, se propusieron “organizarlos con planes sociales”, y al hacerlo, dieron lugar a un juego de relaciones de interdependencia social que los involucraron en procesos de mayor envergadura junto a los habitantes de dichos barrios.

Desde la perspectiva que hemos adoptado para desarrollar la investigación podemos decir que esta tesis versa sobre las relaciones que entablan los que tradicionalmente son descriptos en la bibliografía especializada como *activistas* y *bases sociales*.² Sin embargo, no proponemos tomarlos como unidades aisladas, sino en sus relaciones dinámicas y cambiantes conformando un entramado de interdependencia.³ Ampliando el ángulo de mira, aquí no se habla de activistas y bases sociales como entidades separadas relacionadas linealmente, aunque así puedan ser considerados por el propio discurso oficial de la organización al entender las posiciones que se ocupan en el movimiento “en el papel” como promotores

² El estudio de las interacciones y las redes sociales que constituyen la plataforma de los movimientos sociales ha sido una preocupación insistente en las teorías de la acción colectiva. Podríamos decir que el intento de comprender cómo las personas se involucran en la acción y la protesta pública ha llevado a estas perspectivas a buscar algunos factores explicativos en los espacios de socialización cotidiana en los cuales las personas asumen el papel de activistas y entran en contacto con grupos que pueden ser movilizados. Las dos escuelas en las que tradicionalmente se dividen las teorías de la acción colectiva, la teoría del proceso político y la teoría de los nuevos movimientos sociales, le han dado un matiz diferente a la búsqueda de esos elementos de la vida social ordinaria que participan en la constitución de los procesos de movilización social y política. En el primer caso, los estudiosos del proceso político y la movilización de recursos se han situado en la perspectiva de los organizadores y su capacidad para difundir ideas entre la población que permita en un momento ulterior movilizar adherentes en pos de un objetivo (Tarrow 1992/ Tilly 2000). En el segundo caso, los investigadores se sitúan en las redes sociales y en las negociaciones de sentido que se establecen entre los miembros de esas redes que terminan produciendo una identidad colectiva (Melucci 1994). A pesar de esta diferencia de matiz, ambas perspectivas hacen eje en los consensos que harían posible la conformación de un nosotros y una acción común. Herederos de una visión inter-accionista que hace hincapié en la inter-subjetividad y en la socialización de significados colectivos, han perdido de vista un aspecto de la sociabilidad que remite al conflicto y a la lucha antes que a los acuerdos y la armonía. Estas perspectivas pasan por alto que puede haber relaciones sociales sin necesidad de que existan consensos, siempre y cuando se den relaciones de interdependencia. En consecuencia, el conflicto y la lucha pueden constituir en sí mismos elementos positivos de la sociabilidad, no únicamente en relación a oponentes declarados, sino en virtud de relaciones y acciones en común entre actores diversos.

³ Buscando desentrañar la dinámica de la interdependencia en los entramados humanos, Norbert Elías intenta extraer una espina incrustada en el talón de los sociólogos. “...la tendencia de nuestros idiomas a situar en el centro de atención sustantivos a los que se confiere un carácter de cosas en estado de reposo y expresar todos los cambios y los movimientos mediante atributos y verbos (...) la separación mental que operamos involuntariamente entre el actor y su actividad, entre la cantidad y el desarrollo de los acontecimientos, entre objetos y relaciones (...) la forzada tendencia idiomática a hacernos hablar y pensar como si todos los objetos de nuestra reflexión, incluido los propios hombres, fuesen en principio meramente objetos, no sólo sin movimiento, sino también sin relaciones, es extremadamente molesta para la comprensión de los entramados humanos” (1999: 115).

(activistas) y como compañeros de los barrios (base social); en cambio, tratamos de analizarlos como un entramado de relaciones basadas en equilibrios fluctuantes donde esas representaciones (en parte de papel) sobrellevan alteraciones, modificaciones e impugnaciones mediante juegos interpretativos desplegados por los propios actores involucrados en la construcción (permanente) de la organización. Embarcados en una labor de institución⁴, los activistas elaboran representaciones que fundan las cualidades sociales de la organización territorial, y al mismo tiempo, producen e instituyen sus propias cualidades sociales como militantes del movimiento.

Cierta bibliografía sobre acción colectiva, que además ha repercutido en algunos trabajos sobre piqueteros, se refiere a la actividad de los militantes, organizadores o activistas, con el concepto de *implantación* o procesos de implantación.⁵ Este modo de referirse a los procesos de relación entre militantes y actores potenciales de movilización induce una mirada a la vez ingenua, mecánica y dirigista de los procesos sociales y políticos que generan instancias de organización colectiva y/o movilización social. Por el contrario, nos proponemos mirar esas relaciones como una dinámica que implica tres instancias. Primero, la elaboración colectiva de un proyecto militante gestado en un espacio de sociabilidad militante (La Casa). Segundo, unas prácticas de anclaje de ese proyecto en otro espacio social, en este caso un espacio de sociabilidad barrial (Villa Palmira). Tercero, la producción de una serie de encadenamientos sociales que articulan agentes sociales distintos provenientes de esos espacios, dando lugar a la forma socio-organizacional Movimiento de Trabajadores Desocupados de Villa Palmira.

Lejos entonces de entender este proceso como una implantación, vamos a comprenderlo como una *figuración*.⁶ Para dar un indicio de esta manera de ver las

⁴ Pierre Bourdieu define a la labor de institución como el proceso práctico de realizar una ficción social, “a la vez ritual y técnica, orientada a instituir duraderamente en cada uno de los miembros de la unidad instituida unos sentimientos adecuados para garantizar la integración que es la condición de la existencia y de la persistencia de esta unidad” (2007: 131).

⁵ Por ejemplo Andrés Schipani (2008).

⁶ Norbert Elias define una figuración como “muchas personas individuales que por su alineamiento elemental, sus vinculaciones y su dependencia recíproca están ligadas unas a otras del modo más diverso y, en consecuencia, constituyen entre sí entramados de interdependencia o figuraciones con equilibrios de poder más o menos inestables del tipo más variado...” (1999: 16).

cosas que trataremos con mayor grado de profundidad en el capítulo II y III, diremos que los activistas que se proponen organizar los “núcleos territoriales”⁷ que dan sustento al MTD, y así cuajar en la práctica su proyecto militante, se ven envueltos en el proceso de construcción y delimitación de un espacio barrial de sociabilidad política⁸ en donde se encuentran (y en ese sentido se anclan) los procesos de inscripción territorial de las políticas sociales (y con ello de la propia lógica estatal) y las formas de sociabilidad⁹ de las denominadas “bases” o “compañeros de los barrios”. Lejos de asistir atónitos y desprovistos a una especie de extraño aterrizaje, los vecinos del barrio participan de estos espacios insertos en redes sociales y en el seno de universos de sentido constituidos con anterioridad a esas operaciones de anclaje.

De ese complejo proceso los activistas no salen “ilesos” sino que se involucran en relaciones de interdependencia que los contienen pero al mismo tiempo los trascienden, poniendo a prueba en el marco de situaciones de interacción esas representaciones que aparecen cristalizadas en su discurso “en el papel” como criterios de construcción política de la organización.¹⁰ En el capítulo IV y V nos abocaremos a profundizar esta hipótesis y acompañarla con evidencia empírica.

⁷ Así se denomina a los espacios organizacionales de cada barrio que coordinados mediante reuniones periódicas entre algunos de sus miembros conforman el Movimiento.

⁸ El término pertenece a Gabriel Vommaro (2006: 161) “Al analizar la relación de los sectores populares con la política a través de los intercambios que se producen en el ámbito barrial entre organizaciones y vecinos, asumimos la importancia del territorio para comprender la politicidad de esos sectores, en un contexto en el que el proceso de desalarización (aumento del desempleo, de la informalidad y de la precariedad laboral) ha hecho de los barrios en los que ellos habitan un espacio de sociabilidad privilegiado: es allí donde las familias buscan recursos para la subsistencia y donde participan de espacios sociales, políticos y religiosos.”

⁹ Con George Simmel se inicia una tradición en teoría social que propone estudiar las relaciones sociales allí donde aún no se han constituido en instituciones fijas. Esto permite ver a esas relaciones como procesos y entenderlas en el momento en que están produciendo formas sociales específicas sin adquirir la entidad de instituciones o reglas. Para designar el proceso que daba lugar a estos fenómenos Simmel utilizaba el término sociabilidad, para aludir a sus resultados siempre parciales, recurría al concepto de formas sociales. A diferencia de las visiones inter-accionistas pendientes de los marcos cognitivos colectivos, o de las vertientes fenomenológicas, preocupadas por la intersubjetividad, Simmel proponía introducir el conflicto como relación y como componente positivo de la sociabilidad que daba lugar a formas sociales específicas. Lo contrario del acuerdo no es el conflicto, sino la indiferencia, grado cero de las relaciones sociales. En esta tesis asumimos esta perspectiva al servirnos de conceptos teóricos y descripciones micro-sociológicas que no descartan el conflicto en los procesos de interacción cara a cara ni los consideran (exclusivamente) nocivos para la perduración de las relaciones sociales y la acción en común. En este sentido vamos a analizar formas no institucionalizadas de socialización y comprender el conflicto como parte positiva de la sociabilidad. Podemos situar a Norbert Elías en esta tradición en la medida en que a través de su concepto de figuración incorpora el análisis del poder como dimensión inherente a las relaciones sociales y señala como sustancia básica de las mismas no el consenso, ni los acuerdos, ni los sentidos compartidos (que por cierto pueden operar), sino la interdependencia incluso en aquellos procesos donde se manifiestan fenómenos lógicamente conflictos sociales. Cfr. George Simmel (2002: 140 a 162) y Norbert Elías (1998) y (1999: 70 a 75).

¹⁰ Al momento de interrogar a los activistas y referentes por los modos de organización del movimiento, ellos señalaron que no tenían un programa ni una estructura bien determinada, sino “criterios y principios de construcción política”. Con el término principios hacían referencia a los elementos centrales de su política, autonomía, horizontalidad y cambio social, con el término criterios, hacían referencia a las obligaciones que debía cumplir todo miembro de la organización territorial, participar de las asambleas, realizar las contraprestaciones, asistir a las marchas y piquetes, aportar un monto de dinero al fondo común de la organización y acudir a los cursos de formación política dados por la organización o grupos aliados.

Núcleos territoriales.

Maristela Svampa (2006: 280) ha señalado que observando los diferentes modos de participación en las organizaciones piqueteras se revelan estructuras con importantes grados de complejidad.

“Las organizaciones piqueteras son estructuras organizativas con diferentes niveles de participación. En este sentido, existe claramente un núcleo en el que se sitúan los voceros o referentes (pues, más allá de los estilos de construcción y la flexibilidad de las organizaciones, todo movimiento posee dirigentes); un primer círculo, en donde se hayan militantes y cuadros intermedios (en general, delegados barriales), que comparten la visión estratégica del movimiento y los estilos de construcción política; luego una serie de anillos o círculos más alejados del centro, en los cuales se sitúan otros militantes y simpatizantes, con menor nivel de involucramiento y participación y, por último, una gran periferia, constituida por familias completas que se acercan no por una cuestión de convicciones ideológicas, sino en función de sus necesidades más elementales. El gran desafío de los movimientos, esto es, de aquellos que componen el núcleo organizativo y el primer círculo de militantes (cuya identificación, hay que subrayar, es estrecha, en función del fuerte anclaje territorial del movimiento) es, sin duda, la politización de esa amplia periferia, suerte de actualización de la figura del humilde o el pobre, al cual antaño se dirigía el discurso y la práctica del peronismo histórico, en su versión “evitista”. (280)

El MTD de Villa Palmira está constituido por una red de núcleos territoriales (organizaciones barriales) que, originadas en el barrio de Puerto Nuevo de la ciudad de Villa Palmira, luego se fueron extendiendo a otros barrios generando un complejo entramado de objetos (locales, casas, terrenos), emprendimientos (comedores, panadería, huertas, carpintería, gallinero, fábrica de conservas) y personas (beneficiarios de planes sociales, promotores, referentes barriales, grupos de apoyo para educación no formal y realización de prensa, etc.). Desde el punto de vista organizacional, el MTD forma parte de un circuito mayor que involucra a agrupaciones estudiantiles, grupos culturales y movimientos de desocupados de otras localidades del Gran Buenos Aires y del país articulados y coordinados en un frente de organizaciones populares.

Como toda configuración social compleja el MTD se reproduce en más de un espacio y en más de una instancia o momento; a los fines de acotar este trabajo y

orientado por las preguntas, luego de una exploración del discurso de los promotores, me centraré en las relaciones de interdependencia imbricadas en un núcleo territorial del MTD. Estos núcleos son espacios barriales de organización, constituidos, generalmente, por una o dos decenas de personas que se reúnen periódicamente en un espacio físico determinado, un local de la organización u otro espacio cedido por alguna institución barrial. En esos encuentros periódicos se reproduce una situación de interacción que en cierta manera marca la especificidad de esta configuración social: allí se encuentran “promotores del movimiento” y “compañeros de los barrios” con el objetivo de realizar trabajos, discutir de política, planear nuevos emprendimientos productivos, distribuir mercadería o planificar nuevas acciones colectivas de protesta. Es, por así decirlo, uno de los espacios-momentos en los cuales la política territorial del movimiento cobra vida.

Sociabilidad e interdependencia.

La especificación de la noción de figuración presenta dos aspectos. Por un lado, surge como categoría asociada a la imagen de una sociedad como entramado de individuos. Por otro, es un concepto concreto que busca iluminar la naturaleza cambiante de esos entramados y sus consecuencias en el comportamiento colectivo e individual. Como tal tiene una pretensión de totalidad, intenta abarcar el conjunto extenso de lo social:

“...muchas personas individuales que por su alineamiento elemental, sus vinculaciones y su dependencia recíproca están ligadas unas a otras del modo más diverso y, en consecuencia, constituyen entre sí entramados de interdependencia o figuraciones con equilibrios de poder más o menos inestables del tipo más variado como por ejemplo, familias, escuelas, capas sociales o estados.” (Elías, 1999: 16).

Y caracteriza al poder no como un amuleto que se adiciona a las relaciones sociales, sino como un proceso inherente que las estructura.

“... una presión específica que ejercen las figuraciones sociales, constituidas por las personas en interacción, sobre esas mismas personas.” (1999: 17).

Una perspectiva figuracional nos conduce a la siguiente pregunta: ¿cómo diferentes conjuntos y organizaciones de personas, que operan en varios niveles territoriales e institucionales, quedan reunidos en unidades más extensas, sólo para verse reorganizados y reubicados dentro de configuraciones alternativas en un momento histórico ulterior?

Utilizo el concepto de figuración para interrogar una configuración social específica en el marco de sus particularidades históricas, tratando de preguntarme por las representaciones sociales, las prácticas de anclaje y las tensiones inherentes a su modo de constitución social. Sobre la base de esta perspectiva intentaremos entender el presente explorado¹¹ de la organización político territorial MTD de Villa Palmira.

Las preguntas.

Una serie de preguntas guiaron nuestra indagación. Ante la evidencia de que el Movimiento de Trabajadores Desocupados de Villa Palmira no estaba constituido exclusivamente por desempleados o por personas con problemas de empleo, la primera pregunta que vino a colación fue: ¿cómo es posible que se articulen actores de génesis social dispar en un mismo entramado de interdependencia y cómo significaban esos actores sus relaciones mutuas? En segundo lugar, postulé una pregunta dirigida a entender el proceso mediante el cual militantes de origen universitario devienen en militantes barriales con el fin de organizar a los desocupados: ¿qué proceso histórico y qué modo particular de procesar la política conduce a un determinado conjunto de activistas a anclar parte de su actividad en un espacio barrial proponiéndose “organizar a los desocupados con planes sociales”? ¿Cómo y por qué ese grupo de activistas se autoriza a organizar y representar los intereses de los pobres urbanos? En tercer lugar, siendo que una de las actividades

¹¹ “Presente explorado” aludiendo a la imposibilidad de hacer hipótesis que deseen vanamente trascender el momento en el cual fue realizada la investigación, ya que toda configuración social se define básicamente por su cualidad de cambio.

centrales de los activistas era la labor de organización, me pregunté: ¿qué tipo de dispositivos organizacionales se construyen para crear y consolidar las relaciones entre esos activistas y sus bases sociales? ¿Qué tipo de tensiones pueden estar presentes en esas interrelaciones una vez que se ha instalado ese dispositivo? Por último, mi actividad de investigación en campo me llevó a descubrir que había muchos elementos atribuibles a la sociabilidad que de algún modo afectaban las prácticas y las representaciones puestas en juego en el marco de la organización, en función de ello formulé una última pregunta: ¿en qué medida lo que habitualmente pareciera sustraído del ámbito de la política, puede estar afectando las maneras en las cuales los propios actores clasifican sus formas de vida y las relacionan con los significados de aquella?

Los capítulos y el propósito.

La organización donde realizamos nuestras exploraciones surge de la mano de la conflictividad social entre sucesivos gobiernos y las organizaciones piqueteras del sur del conurbano bonaerense entre los años 1997 y 2006. Como ya hemos señalado el MTD de Villa Palmira es una organización que se incorpora tardíamente al espacio de las organizaciones piqueteras en el año 2002, coincidiendo con la fase de masificación de los planes sociales.¹²

Vamos a interrogar la experiencia presente de la organización en el contexto más amplio de lo que se ha entendido como *inscripción territorial de las clases populares* (Merklen, 2005): una emergencia de prácticas políticas populares a nivel territorial por efecto de la inscripción y organización de los sectores populares en los barrios. Como diferencia significativa de la organización estudiada, surge que esta

¹² Mientras que en 1997 había en todo el país cerca de 200.000 asignaciones de Planes Trabajar, a partir del año 2002 habrá cerca de 1.300.000 asignaciones de Planes Jefes y Jefas de Hogar Desocupados (PJHD). Este último quedó acreditado por el Decreto del Poder Ejecutivo Nacional N° 562 del 3 de Abril de 2002, teniendo como autoridad de aplicación el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación. Este programa establecía el derecho familiar de inclusión social considerado imprescindible para enfrentar la aguda situación de pobreza y desempleo que enfrentaba la población argentina asegurando un ingreso mínimo de \$ 150 como beneficio directo e individual al hogar, mediado el mismo por la obligación de cumplir con ciertas condiciones: ser jefe o jefa de hogar desocupado con hijos menores de 18 años, que concurrieran a la escuela y cumplieran el control de salubridad, además el individuo responsable debía realizar a cambio la contraprestación laboral. Hacia el mes de Marzo de 2003 había 1.900.000 beneficiarios. El PJHD no solamente tenía como finalidad asistir a la población en emergencia, sino además mitigar el conflicto social para asegurar la gobernabilidad del país en un escenario político crítico como se había presentado desde diciembre de 2001.

organización político territorial procede no tanto de una inscripción territorial de las clases populares, como de un anclaje de un grupo militante específico gestado en un espacio social diferente al barrial, que en determinado momento se autorizó a construir núcleos territoriales y a representar los intereses de las “familias con hambre”, acompañando su actividad militante con aquel proceso estructural de amplio alcance y teniendo como proyecto ligar “lo social con lo político”. De esta manera nuestras preguntas versarán sobre las condiciones y características específicas del *anclaje* y no tanto sobre el proceso de inscripción territorial, aunque tomaremos a este último como contexto estructural en el cual se desenvuelve la organización y quienes la construyen cotidianamente.

En el Capítulo I revisaremos la literatura académica sobre las organizaciones piqueteras, haciendo notar un desplazamiento desde la pregunta sobre la constitución de los desocupados como actor colectivo a la pregunta sobre la estructuración de entramados de movilización social y política en sectores populares. En el Capítulo II nos centraremos en el proyecto militante y en los circuitos sociales donde ese proyecto fue elaborado. En el Capítulo III veremos cómo se dio efectivamente el anclaje de ese proyecto y a qué tipo de dispositivo organizacional dio lugar. En el Capítulo IV analizaremos las tensiones, alteraciones e impugnaciones, así como los usos sociales de los “criterios del movimiento” para organizar a los vecinos de los barrios. En el Capítulo V trataremos de describir y analizar algunas nociones nativas del derecho, la autoridad y las obligaciones mutuas entre los “compañeros de los barrios”. Por último, en el Capítulo VI, dejaremos abierta una reflexión sobre las diferentes articulaciones de la noción de “compromiso” entre los miembros de la organización.

Nuestra intención es mostrar, en la medida de lo posible, que en la génesis del MTD de Villa Palmira se dan cuatro procesos imbricados. En primer lugar, la manera en que este grupo de activistas tramita y significa la conflictividad social de la zona sur del área metropolitana de Buenos Aires en el período 1997-2006. En segundo lugar, el establecimiento de vínculos entre dos espacios de socialización distintos, un espacio

universitario de sociabilidad política militante y un espacio barrial de sociabilidad política cotidiana. En tercer lugar, la configuración histórica de un tipo de intervención estatal frente al problema de la pobreza por desocupación. En cuarto lugar, la gestación de compromisos que articulan actores de génesis dispar y la dinámica de los conflictos y las vivencias que atraviesan a esos compromisos.

Por último, cabe aclarar como fue construida la investigación cuyos resultados presentamos aquí. Utilicé para el análisis diferentes materiales, desde producciones escritas de los propios activistas, como volantes, artículos, libros, etc., hasta entrevistas semi-estructuradas y no-directivas que administré a diez miembros de la organización y registros de observación participante durante los últimos tres meses del año 2006 siguiendo las vicisitudes de la vida social en dos núcleos territoriales que en ese momento conformaban el movimiento. Con respecto al género de los materiales analizados vale hacer una aclaración, en algunos casos se analiza discursos (escritos u orales), en otras ocasiones se recurre al registro de conversaciones y diálogos en situaciones de interacción, y en otras directamente a la descripción de prácticas observadas.

CAPÍTULO I

EL ESTUDIO DE *LOS PIQUETEROS*: DEL MOVIMIENTO COMO ACTOR COLECTIVO A LAS TRAMAS SOCIALES DE LA MOVILIZACIÓN.

Las organizaciones piqueteras de la zona oeste y sur¹³ del conurbano bonaerense han sido objeto de numerosos estudios. Como nuestra finalidad es comprender las relaciones entre dos actores sociales en un marco organizativo específico, no deseamos extendernos en una descripción horizontal de ese gran conjunto de libros, artículos e informes. Nos interesa poner de relieve ciertos mínimos denominadores comunes y algunos patrones de discusión presentes en parte de la bibliografía sociológica y antropológica que ha tomado como centro de sus tribulaciones a diversas organizaciones piqueteras. En el recorrido de la bibliografía pondremos de relieve un desplazamiento conceptual que va desde los piqueteros como un movimiento social o un movimiento de movimientos sociales de características definidas, al piquete y las organizaciones piqueteras como un rasgo específico y coyuntural de ciertas tramas socio-políticas de mayor duración presentes en el mundo popular de la región metropolitana de Buenos Aires.

Un mínimo denominador común para interrogar la bibliografía es la pregunta por las razones sociológicas¹⁴ que habrían dado lugar a un período de movilización de las clases populares del área metropolitana de Buenos Aires, visible a partir de 1997, generalizada en los años posteriores con la adopción creciente del corte de ruta, y que

¹³ De alguna manera esta distinción oeste-sur se construye sobre el dato de que la ruta nacional 3 ubicada en el oeste de Gran Buenos Aires, en el segmento concerniente al partido de La Matanza, y el puente Pueyrredón, acceso a Capital Federal, ubicado en el sur de Gran Buenos Aires, en el partido de Avellaneda, constituyeron los escenarios urbanos donde se realizaron las concentraciones más masivas en el período de auge de los piquetes entre 2000 y 2002. Por ejemplo los cortes de la ruta nacional número tres a la altura del distrito de La Matanza en noviembre del año 2000 (Manzano 2007) y el bloqueo del Puente Pueyrredón el 26 de Junio de 2002, ocasión en la cual fueron asesinados por la policía dos militantes de organizaciones piqueteras (Pinedo 2008). A su vez esta distinción oeste-sur tiene sentido en función de los predomios territoriales diferentes de cada una de las organizaciones piqueteras más significativas desde el punto de vista de sus dimensiones cuantitativas.

¹⁴ No es necesario que haya "razones sociológicas" para la movilización, puede haber también "razones" políticas, religiosas, culturales, y en un caso hipotético ausencia de cualquier razón, de todos modos quien estudia a los movimientos populares desde un enfoque sociológico o antropológico está suponiendo que más allá de las razones o las sin razones de los actores, existen lógicas o economías de acción específicas (razones sociológicas) que influyen en la movilización social y/o política de un particular grupo social.

tendría su tiempo extraordinario¹⁵ en el período 2001-2002. Siguiendo datos estadísticos, el año 2002 representaría el auge máximo de esta modalidad de acción directa para luego ir declinando en los años siguientes.¹⁶

Entre la ruta y barrio de Pereyra y Svampa (2003), probablemente el estudio fundacional y con mayores pretensiones abarcadoras del universo de las organizaciones piqueteras, describe la existencia de una doble vertiente de origen: la primera vinculada a las crisis que transitaron las clases trabajadoras de las economías de enclave en las ciudades petroleras del interior del país a partir de los años noventa, la segunda, relacionada con la multiplicidad de organizaciones inscriptas en los entramados socio-territoriales de los barrios populares del Gran Buenos Aires enraizados a su vez en la acción colectiva de los asentamientos de tierras de los años ochenta.¹⁷ Tomando esta clasificación como punto de referencia, la bibliografía que abordaremos a lo largo de este capítulo es la que adopta como área de sus indagaciones la segunda vertiente.¹⁸

Circunscribiendo aún más las investigaciones, en la mayoría de los casos la predicación de hipótesis de trabajo se resume a dos áreas del complejo mundo urbano del Gran Buenos Aires: el municipio de La Matanza, distrito obrero ubicado al oeste, y los municipios de Quilmes, Lanús y Florencio Varela, este último situado en el punto extremo de la zona al sur del conglomerado, caracterizado por un acentuado crecimiento demográfico en años más recientes y por altos niveles de pobreza e indigencia entre su población. No obstante que el epicentro de los trabajos radique allí, las personas que participaron de la protesta no se limitaron a “cortar rutas” cercanas a

¹⁵ Maristella Svampa utiliza esa frase para referirse a la ventana de oportunidad que se abrió a los sectores populares movilizadas a partir de 2001 hasta la recomposición institucional iniciada por el gobierno de Duhalde y consolidada por el de Kirchner.

¹⁶ Según un relevamiento de la consultora Nueva Mayoría, las organizaciones piqueteras del Gran Buenos Aires participaron en más del cincuenta por ciento de los 1383 y 2336 cortes de ruta registrados durante los años 2001 y 2002 respectivamente, picos estadísticos de esa modalidad de protesta. Asimismo, hasta el año 2007 fueron descendiendo en cantidad desde 2003 pasando de 1278 a 608 en 2007. Fuente: Nueva Mayoría, 28 de Enero de 2009. Sitio Web: www.nuevamayoria.com

¹⁷ Para una bibliografía que hace la historia de este proceso ver: Merklen (1997), Fara (1985) y Zibechi (2003)

¹⁸ Ya que la primera vertiente exigiría una reflexión profunda de las particularidades de cada contexto urbano y de su inserción y articulación en un espacio de escala nacional. Para el conocimiento de las experiencias de Cutral Có y General Mosconi, espacios donde tuvieron relevancia las luchas sociales en torno a las cuales se configuraría por primera vez el término “piquetero” para designar a las personas que se involucran en los cortes de ruta, ver: Petrucelli (2005), Auyero (2004), Svampa y Pereyra (2003).

sus espacios de residencia, sino que “marcharon” transitando por rutas y calles de la red urbana tratando de manifestarse en los centros simbólicamente “poderosos” de las ciudades de Buenos Aires y de La Plata, centro administrativo y político de la provincia de Buenos Aires. Al margen de estar localizadas geográficamente, las organizaciones piqueteras ocuparon por un tiempo una posición central en el espacio público y fueron percibidas (y construidas) en la esfera mediática a partir de esa posición.

La presencia pública de las organizaciones populares del Gran Buenos Aires a partir de su adopción de la “forma piquete” para realizar manifestaciones masivas en el espacio público y forzar situaciones de negociación con algunos agentes del gobierno, suscitó la atención de las ciencias sociales, multiplicando los estudios que las tuvieron por objeto.¹⁹ Diversas miradas se han utilizado para su investigación; a los fines de explicitar una hipótesis de lectura, distingo la presencia de dos enfoques que tendieron a ubicarse en posiciones controvertidas. Por un lado, los que privilegian el análisis de las organizaciones como actor colectivo, como sujeto cuya característica principal está dada porque irrumpe con sus demandas en la escena pública. Por otro, las investigaciones que dejan de contemplar al actor colectivo para dar cuenta de la trama de relaciones que constituyen las organizaciones pero que las trascienden, así como de aquellas personas que circulan permanentemente entre diferentes organizaciones, tejiendo redes sociales que van imbricándose unas en otras.

A pesar de sus divergencias, estas perspectivas se pueden considerar atravesadas por un interrogante común: ¿cómo se vincula el momento de la protesta y la movilización colectiva con las formas de participación cotidiana en el modo de vida local de los sectores populares? Teniendo en cuenta este interrogante, proponemos el siguiente recorrido para avanzar en la lectura de los diferentes trabajos que ubicamos a un lado u otro de esta hipotética línea divisoria. En primer lugar, mostraremos el modo en que las organizaciones piqueteras se constituyeron como objeto de estudio y

¹⁹ El concepto “forma piquete” fue acuñado por Virginia Manzano (2007) tomando como modelo la noción de “forma acampamento” desarrollada por Lygia Sigaud (2004) para explorar los procesos de ocupación de tierra en la matta pernambucana y la relación entre Estado y movimientos sociales en Brasil.

cómo esos abordajes trajeron aparejado el “problema” de la identidad. En segundo lugar, nos situaremos en la crítica que algunas etnografías realizaron a aquellos estudios, desplazando la mirada de la unidad del actor colectivo a la multiplicidad de las tramas sociales. En tercer lugar, dentro de este último núcleo de trabajos, podremos observar el pasaje de la preocupación por comprender la participación de quienes se involucraron en las organizaciones a la explicación de la construcción histórica de la demanda de “trabajo con planes”. En cuarto lugar, mostraremos cómo esos estudios complejizan el papel jugado por lo territorial.

Enmarcando de esta manera nuestra lectura, nos proponemos reflexionar sobre un conjunto de trabajos que si no extenso, resulta ilustrativo de los diferentes enfoques teóricos y disciplinares con que han sido abordadas desde las ciencias sociales las acciones llevadas adelante por “los piqueteros del gran Buenos Aires”. El objetivo es mapear dichos enfoques reconstruyendo críticamente sus implicancias con la finalidad de establecer algunas coordenadas y situar a partir de ellas nuestras preguntas de investigación que se concentran en los enlaces sociales y los tránsitos que los actores militantes despliegan en el espacio social.

1. Las organizaciones piqueteras como objeto de estudio.

*Entre la ruta y el barrio*²⁰ fue el estudio que organizó en torno de sí una serie de debates acerca de las organizaciones de desocupados. Recordemos que esta investigación adopta como punto de partida de su análisis un *espacio piquetero* (2003: 152) constituido por el conjunto de las organizaciones así denominadas, a las que clasifican a partir de cuatro ejes: las vertientes de origen, los rasgos comunes, los diferentes alineamientos ideológicos, y las potencialidades, debilidades y desafíos como actor colectivo. Al analizar el discurso de cada una de las organizaciones, los autores señalan la presencia de una matriz común que permitiría definir las como un actor colectivo que comparte la metodología de acción (el corte de ruta), la dinámica

²⁰ Sebastián Pereyra y Maristella Svampa op. cit.

asamblearia (tomas de decisión colectivas), el horizonte insurreccional (modulado en diferentes lenguajes ideológicos apuntaban a un cambio del modelo social y político) y el modelo de intervención territorial vinculado a la demanda de planes sociales y su gestión local. Aunque poniendo de relieve la carencia de un estudio más detallado de las relaciones entre los activistas y las bases sociales, establecen una distinción entre el primer círculo de militantes y su amplia periferia, refiriéndose con esto último al heterogéneo universo de personas movilizadas que cobraban un plan a través de la organización y realizaban su contraprestación diaria en alguna sede de ésta. Partiendo de la organización como unidad mínima de agregación, pero fundamentalmente centrados en quienes ocupan posiciones dirigenciales, Pereyra y Svampa reconstruyen en el plano analítico un actor colectivo que brindaría una unidad sociológica a la variedad de adscripciones ideológicas, organizacionales y territoriales.

Gabriela Delamata (2004) también adoptó la perspectiva del actor colectivo y se concentró en el proyecto político de los militantes, tratando de mostrar un cambio de escala de las relaciones sociales y la introducción de nuevos significados de la política por parte de dirigentes y referentes en la política territorial sintetizada en la noción de “desborde de los barrios”. Para ese estudio, la autora recorrió el espínel denominacional de las organizaciones tratando de ampliar el conocimiento sobre los diversos proyectos sociopolíticos de los grupos de activistas que promovieron dichas organizaciones. De ese modo, analizando la variedad de objetivos de cada uno de los agregados militantes, Delamata postula la existencia de un actor socio-político que inscribió en el espacio público nacional la problemática de la desocupación y el hambre, identificando a sus responsables e induciendo una nueva politización de la cuestión social, antagónica a la hegemonía peronista en los sectores populares urbanos.

Pablo Vommaro (2003) y Karina Bidaseca (2004) reconocieron implícitamente este enfoque centrado en el actor colectivo pero orientaron sus análisis específicamente a la construcción de la subjetividad y la identidad, delimitando como

objeto de estudio una organización en particular, el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Solano. Bidaseca, por su parte, analizó la dualidad que se presenta en la vida de sus integrantes en tanto miembros de la organización y a su vez como beneficiarios de planes sociales, situación que implica establecer un vínculo con un actor externo a la organización: el Estado. En cambio, Vommaro reconstruyó la manera en que se produce subjetividad en este movimiento. Haciendo propias críticas que se han formulado en otras intervenciones académicas, considero que ambos trabajos se caracterizan por poner de relieve las autodefiniciones identitarias del movimiento y de esta manera asumen los criterios políticos poco flexibles de delimitación que se marcan entre “pertenecer o no” al MTD. Desde mi punto de vista, estos estudios no asumen que el proyecto político de la organización podría estar invisibilizando, en su pretensión de homogeneización identitaria, las múltiples prácticas que sin figurar en el ideario político de los movimientos contribuyen a tornarlos posibles.

Si este enfoque fue fructífero a la hora de comprender el lugar que las organizaciones (tomadas como actores sociales) adoptaron en las disputas del campo político, tuvo como defecto (derivado de su virtud) dar excesiva centralidad a las voces de los dirigentes por sobre las de los otros miembros que constituían en sus prácticas cotidianas la vida organizacional. Teniendo en cuenta esta limitación, Quirós (2006c) señala que en una vasta literatura que podría rotularse como estudios de las nuevas formas de protesta social o nuevos movimientos sociales:

“...a través de una operación metonímica llevada a cabo por los propios investigadores, la perspectiva de los líderes y militantes es tomada como la perspectiva del movimiento, una entidad que deviene sujeto que piensa, concibe, dice, plantea, considera, acepta, rechaza, y juzga.” (2006c:2)

2. El problema de la identidad piquetera.

La perspectiva centrada en el actor introduce el problema de la identidad colectiva. Resulta ilustrativo que la existencia de una identidad piquetera sea abordada por Svampa y Pereyra en el capítulo dedicado a *las dimensiones del actor colectivo*

mostrando la estrecha relación que se estableció entre pensar a las organizaciones como actor político y describirlas a partir de ciertos rasgos simbólicos comunes.

Allí los autores consideran que la heterogeneidad y la fragmentación están en el origen mismo del movimiento piquetero y que la diversidad de trayectorias sociales, de saberes y competencias culturales que recorren la experiencia piquetera, cumplen un rol ambivalente en el proceso de formación de un actor colectivo. Sin embargo, sostienen que en una dimensión más analítica:

“...las luchas han permitido cristalizar un espacio común en el cual se inscriben determinados marcos prácticos y simbólicos de la acción que recorre a gran parte de las organizaciones piqueteras (...) configurado históricamente alrededor del surgimiento de una identidad -la piquetera- asociada a una cierta estabilización de las narraciones sobre la lucha.” (2003: 152)

Si la referencia a la heterogeneidad y ambivalencia matiza los riesgos de sustancialización, no obstante los autores postulan la existencia de un relato identitario común significado por la experiencia de “estar en la ruta”, el acceso a la participación política en el seno de las asambleas barriales, la referencia a la *pueblada* como horizonte insurreccional y la demanda de asistencia pública que visibilizaba la responsabilidad del Estado frente al sufrimiento social.

En cambio, otros autores pretenden confirmar la existencia de una identidad piquetera de rasgos más homogéneos.²¹ Paula Lenguita realiza un primer esfuerzo en ese sentido, al sostener que esa identidad piquetera conformaba un “elemento integrador y constitutivo de una identidad popular reciente” (Lenguita 2002: 63). En *Los desafíos teóricos de la identidad piquetera* (2001), la autora plantea que esas identidades colectivas están íntimamente ligadas a la falta de trabajo. Afirma la existencia de un sujeto de protesta y un proyecto piquetero “que implica una trayectoria consensuada y revitalizada del conjunto de sus miembros bajo la figura de la identidad de sí que han construido” (2001: 7) llegando a proponer la existencia de

²¹ Algunos de estos trabajos deducen sus preocupaciones a partir de las formulaciones teóricas de Mellucci (1994).

“identidades que demandan”. Así, se constituye un *nosotros* que supera una lógica individualista en la que estaban inmersos los sujetos como desocupados.

En continuidad con esta perspectiva centrada en el momento público de la acción, vinculada a la protesta y sus escenarios, se han realizado formulaciones más prudentes del mismo problema. Partiendo de la pregunta “¿quiénes son piqueteros?”, Astor Massetti (2004) se propone dar cuenta de la constitución colectiva y política de identidades sociales en el transcurso de las acciones de protesta. Para el autor hubo dos momentos fundacionales del movimiento piquetero que establecieron una relación de continuidad: el “momento mítico” de los cortes de ruta de 1996-97²² y el “momento organizativo” dado por la concentración de la movilización en el conurbano bonaerense hacia 2001 (Massetti, 2004: 24).

Este planteo pretende funcionar como argumento crítico frente a las perspectivas que asociaron linealmente la identidad piquetera con el método de protesta (el corte de ruta) -señalando el pasaje del corte de ruta a “transitar la ciudad”-. Massetti habla de un principio de identidad fundante, constituido por tres grandes componentes simbólicos (2004: 81): orientación a la lucha, noción heterogénea de Desocupado y la idea de lo territorial. Sin embargo, la “piqueterización” de la pobreza como una forma de politización tiene el problema de sustantivar estos rasgos como totalizadores del fenómeno y no escapa a una ontologización de la identidad.

Masseti escoge como centro de su análisis “las enunciaciones de actores políticos” (2004:3) para definir al “actor piquetero” y su proyecto identitario (construido en relación al gobierno, los medios y la opinión pública). Podríamos preguntarnos si la selección de esas voces no traduce metodológicamente la capacidad (diferenciada) de los dirigentes de hacerse oír en la esfera pública. Asimismo, el recorte de la investigación a una marcha²³ acota las dinámicas de subjetivación al momento público de “la protesta”, dejando a un lado otras instancias de participación política. Podemos

²² Refiere al conjunto de trabajos ya mencionados que se centraron en analizar los orígenes del movimiento piquetero en las puebladas del interior del país.

²³ Analiza una marcha de la Corriente Clasista y Combativa, llevada a cabo en Capital Federal el 17 de marzo de 2003. (2006: 8)

tomar las palabras de Ferraudi Curto para sostener este contrapunto, ya que si bien los estudios como el de Massetti y Lenguita tienden a la positividad de un punto de llegada al mostrar el potencial político y social del movimiento,

“la descripción del punto de partida reduce a los participantes a una forma básicamente negativa en tanto desocupados, caracterizados por su limitada integración social y su debilidad política (...) [y] desdibuja la complejidad de las experiencias, fundiéndolas en los imperativos de la condición social, produciendo una homogeneidad de la que es necesario dudar.” (2007: 66)

Por otra parte, se observa la tendencia a trocar la dimensión disruptiva de los piquetes en la afirmación de la existencia de una subjetividad contra-hegemónica.

Cabe aclarar de todos modos que no desestimamos los esfuerzos teóricos y metodológicos de quienes se proponen abordar el problema de la identidad. Algunos trabajos han construido una mirada que aborda el momento público de la identidad en relación con los procesos sociales de la vida cotidiana de los sectores subalternos bajo el signo del neoliberalismo. En este sentido, Martín Retamozo (2006) investigó al movimiento de trabajadores desocupados a partir de la relación entre la subjetividad colectiva y las formas de disputa por el orden social. Siguiendo esta línea de trabajo, Retamozo realiza una doble crítica: cuestiona aquellas perspectivas que olvidan la historicidad de la subjetividad y plantean una explicación lineal entre modificaciones de las condiciones estructurales del orden social y la emergencia de la protesta (2006: 18) y plantea que la ausencia de una definición precisa del concepto de subjetividad lleva a describir al movimiento como un todo tomando las voces de los referentes y dejando de lado a las bases sociales. Su enfoque sitúa la comprensión de la participación política de los sujetos en la articulación entre las acciones disruptivas en el espacio público y las actividades de matriz comunitaria, inscripta en el quehacer del espacio organizacional (la toma de decisiones vinculantes, el trabajo gestionado por los desocupados). De esta manera, evita reducir los elementos articulados a un sólo ámbito de participación. El movimiento de trabajadores desocupados es una configuración subjetiva marcada por los sentidos que adopta el trabajo y el Estado en

las condiciones de sociabilidad modificadas por el neoliberalismo que resignificaron la demanda de trabajo en los sectores populares.

3. De la unidad del actor colectivo a la pluralidad de las tramas sociales.

Denis Merklen (2005) siguió otro camino para abordar el desafío sociológico que representaban los piquetes. Eludiendo la problemática cuestión de la identidad, eligió inscribir el piquete en el marco de lógicas de acción de las clases populares condicionadas por el modo de inscripción social de estos sectores en el contexto de la crisis de la sociedad asalariada. Si bien toma en cuenta el nivel de los actores colectivos, lo hace luego de haber explorado un momento más abstracto de agregación, relacionado con las dificultades de integración social de las clases populares en la estructura actual de la sociedad argentina. Según el autor, la nota más destacable de la condición social de las clases populares es, retomando a Castel, su creciente desafiliación del mundo laboral formal bastante extendido históricamente. Este proceso estructural, que comienza a perfilarse a mediados de la década del 70, supuso para una parte importante de las familias e individuos de clases populares un distanciamiento cada vez mayor del entramado institucional (fundamentalmente la mirada de bienes y servicios sociales gestionados por medio del canal estatal-sindical) que aseguraba a los trabajadores el acceso a los derechos sociales. Como contrapartida, Merklen sostiene que numerosos contingentes sociales encuentran refugio en el barrio, inscribiendo sus relaciones en el nivel territorial. Es esa base territorial, que supone una nueva relación con lo político y con lo estatal, la que establece los límites y las posibilidades de los actores colectivos movilizados para obtener los medios que permiten afrontar la urgencia de la subsistencia y en todo caso reclamar mayores niveles de integración social para los grupos afectados por la crisis social. Las clases populares urbanas encuentran en “el piquete” una herramienta de presión dentro de un repertorio de lucha compuesto de acciones directas como los asentamientos, los saqueos y los estallidos sociales. Este tipo de argumentación le

permite al autor no quedarse encerrado en el nivel puramente organizacional, y reconstruir la existencia de un actor colectivo partiendo de una perspectiva estructural. De esta manera, la propuesta de Merklen traza un panorama que permite ver a las organizaciones populares y a los piquetes formando parte de entramados políticos socio-territoriales más amplios.

Desde la antropología social, Grimson et. al. (2003/2005) han manifestado sus críticas a los enfoques centrados en las organizaciones como exclusivo nivel de agregación, argumentando que ese tipo de análisis pierde de vista que las organizaciones piqueteras y sus acciones se definen en el marco de una *trama organizacional local* que las trasciende y engloba, y que pone límites y posibilidades a su viabilidad. Los autores encararon estudios transversales abarcando el conjunto de fenómenos organizativos que confluían en una misma área de residencia. A partir de ello compararon diversos contextos organizacionales locales en un mismo período de tiempo, para entender por qué, si bien la desocupación y la precariedad se generaliza en los sectores populares a partir de la crisis del “Tequila” en 1995 y la presencia de las políticas de subsidios transitorios se extiende de modo creciente a partir del año 2000, la creación de organizaciones de desocupados fue un episodio puntual en algunos barrios y distritos del Gran Buenos Aires. Concluyen, finalmente, que las tramas organizacionales locales afectan las posibilidades de emergencia de las organizaciones piqueteras.

Otros estudios etnográficos también han puesto en cuestión los enfoques centrados en las organizaciones y los líderes, considerando que este tipo de abordaje induce a postular de manera puramente especulativa la existencia de actores e identidades colectivas unitarias. Estas etnografías sugieren desplazar la mirada desde el actor colectivo a las tramas sociales, de la identidad colectiva a las diversas lógicas de sentido que se articulan en el andar cotidiano de las personas que hicieron y hacen posible la existencia de las organizaciones populares y sus acciones de lucha. Las propuestas suponen también un desplazamiento sobre lo que se indaga en el marco

de dichas organizaciones, prestando atención tanto al discurso “oficial” encarnado por sus dirigentes y referentes, como a lo que hacen y conversan diariamente las personas que, sin serlo, participan de ellas, contribuyendo con su hacer y decir a darle vida, y que generalmente coinciden con los contra-prestadores de planes sociales en los diferentes proyectos comunitarios.

Esta modificación de perspectiva se complementa con un cambio de metodología basado en la investigación etnográfica. El desplazamiento procede a un cambio en los agregados, ya que la unidad de observación y análisis que se adopta son los entramados y los procesos micro-sociales, estableciendo niveles de análisis más concretos y pormenorizados. Las modificaciones metodológicas implican a su vez un cambio en el enfoque epistemológico de abordaje, en cuanto al nivel de “lo social” donde se sitúan. Se trata de investigaciones intensivas en una única zona territorial contenedora de una tupida red de relaciones sociales de proximidad, dirigidos a la exploración en terreno de las relaciones entre distintos grupos sociales, a la comparación entre dos organizaciones que comparten un espacio cercano, o a las relaciones entre grupos de socialización primaria (familiares) y las redes socio políticas locales. En general, esos trabajos suelen insertar sus análisis en una exploración del marco social más próximo en torno al cual se densifican los circuitos de sociabilidad que trascienden la pura estructura organizacional, mostrando la porosidad de los intercambios socio políticos en un contexto específico.

De estos estudios pueden extraerse una serie de corolarios. En primer lugar, al poner el acento en los entramados sociales, la política es entendida a partir de lo que los propios sujetos definen como categorías de sus prácticas habituales sin quedar circunscripta en una esfera funcional predefinida ni desligada de lo social. En segundo lugar, sostienen que más que un actor colectivo con una identidad unitaria, los movimientos sociales populares conforman una trama de interacciones recíprocas, donde se establecen pautas, deudas y compromisos, que conducen a las personas a actuar mancomunadamente en situaciones específicas. En tercer lugar, señalan la

omnipresencia de las políticas sociales en el centro de las relaciones entre los integrantes de los movimientos, particularmente, la centralidad de los planes sociales y su lógica de gestión en la vida y las relaciones cotidianas que entablan las personas en esos marcos asociativos, e indagan las complejas relaciones entre esas tramas asociativas, los agentes oficiales y los flujos estatales, probando la existencia de lábiles fronteras entre lo que se define como político, social y familiar, y entre lo que se entiende por antagonismo y negociación.

En el interior de esta perspectiva, Virginia Manzano (2004, 2005, 2007 a y b) pone de relieve el papel de los referentes y/o dirigentes que, servidos de las técnicas del trabajo social, crearon la demanda colectiva de “trabajo con planes” entre los vecinos empobrecidos y la dirigieron hacia el Estado, impulsando espacios de manifestación pública y negociación de esas demandas sobre la base de prácticas aprendidas a lo largo del tiempo en otras experiencias de militancia y organización popular, vinculados estrechamente a la realización de procedimientos formales e informales para obtener de las agencias estatales y sus funcionarios distintos bienes públicos. Asimismo, Manzano sigue la trayectoria histórica de la construcción de la demanda colectiva de planes de empleo, donde también intervienen las regulaciones y clasificaciones estatales que fueron definiendo la cuestión social como pobreza por desocupación. Concluye que fue el entretejido de una trama sociopolítica de la desocupación en la cual se legitimó la “toma y ocupación de ruta” para reclamar al Estado lo que antecedió a la formación de los actores.

Estas investigaciones muestran que la pertenencia a las organizaciones no está “cerrada” para muchos de sus participantes, ya que éstos pueden multiplicarla en otras instituciones dentro y fuera del barrio. En la etnografía de Quirós (2006 a y b) sobre dos familias de Florencio Varela que establecen relaciones con los piqueteros, se muestra que la adquisición de un plan y el compromiso de participar en la protesta se juega en el seno de relaciones familiares, puesto de manifiesto por los reemplazos, las alternancias y los préstamos de nombre y documento. Al mismo tiempo, se

observa cómo una familia puede tener miembros que estén integrados a organizaciones distintas y hasta oficialmente antagónicas, y cómo “los planes sociales” son recursos que combinados con otros contribuyen a la economía familiar. Quirós reconoce que muchas personas del barrio se refieren a su participación en las organizaciones piqueteras a través de la frase “*estar con los piqueteros*” antes que “*ser piqueteros*”. Este significado presente en el lenguaje nativo pone de manifiesto, según la autora, la poca propiedad de hablar de una identidad piquetera, inclinándose por señalar identificaciones parciales y situacionales de las personas que hacen otras cosas además de participar en piquetes. El ingreso de una persona en una organización más que suponer la adquisición de una identidad política determinada, supone la incorporación a un sistema de relaciones y obligaciones recíprocas entre las cuales “*marchar para obtener un plan*”, consiste en un requerimiento compartido entre dirigentes y aspirantes a planes sociales a partir del cual se evalúa el derecho a su acceso, las diferentes jerarquías que se ocupan y los distintos compromisos que llevan adelante las personas en el seno de la organización.

Por su parte, Ferraudi Curto (2006a) en un estudio sobre el MTR de Florencio Varela presenta la manera en que en algunas organizaciones la gestión de planes puede ser percibida como problemática para los dirigentes que separan lo político de lo reivindicativo y por eso mismo negada “oficialmente” la presencia “oficiosa” de la gestión.²⁴ Tal demostración resulta particularmente importante para la base epistemológica de los estudios sobre sectores populares, ya que algunos investigadores no demasiado atentos podrían producir una especie de ocultación inconsciente de la agencia práctica que muchos participantes, entre ellos muchas mujeres, producen cotidianamente al involucrarse en la gestión colectiva de las tareas de alimentación y distribución de mercadería. En otro artículo Ferraudi Curto (2007) muestra cómo la participación en la acción colectiva es afrontada como un esfuerzo que se distribuye entre diferentes miembros de la familia nuclear o extensa, como

²⁴ Para la distinción y la relación entre lo oficial y lo oficioso en las prácticas políticas cotidianas ver Briquet (1997).

parte del trabajo de reproducción de las economías domésticas, y cómo se intercalan las teorías nativas sobre la moralidad, el gusto y el honor para evaluar el momento en que “se va de piqueteros”.

Estas etnografías han introducido un nivel de análisis que se pierde en los estudios sociológicos que adoptan como unidad mínima de agregación el actor colectivo y tienden a extrapolar el discurso de los dirigentes como descripción *tout court* del movimiento. Introducir el estudio de las tramas asociativas y las prácticas cotidianas, así como la historicidad de la política local, como hacen algunas de estas investigaciones, resulta de suma importancia para reconstruir en el plano de la descripción sociológica el espacio de las prácticas sociales generadoras de organización y acción colectiva en condiciones de pobreza, precariedad, subocupación y desocupación, sin mistificar a los movimientos sociales o convertirlos en personajes de la historia.

Estas investigaciones han permitido, a su vez, demoler dos mitos persistentes a la hora de hablar de “piqueteros”. Uno de ellos es la idea de que fue un vacío estatal lo que dio lugar a la movilización.²⁵ El segundo, es la idea de que la existencia de una identidad colectiva bien delimitada facilita el antagonismo social y/o político. La radicalidad que alcanzaron ciertas protestas piqueteras hizo suponer que estas organizaciones no escapaban a esta regla teórica. Lo cierto es que la presencia palmaria de los recursos asignados por el Estado a través de las políticas sociales, modificó la presencia de lo estatal en los barrios del gran Buenos Aires, poniendo de relieve no solamente la oposición entre las organizaciones de la protesta y el Estado, sino además, el de su interdependencia, que incluye, pero no se limita a las relaciones de oposición.

²⁵ La clasificación de los sectores populares como “desocupados” que define al sujeto social por su falta o carencia, es concomitante a la imagen de barrios populares como “desiertos organizacionales” (Grimson et al. 2003) o como absolutamente excluidos de la intervención del Estado. Lo cierto es que siguiendo algunas etnografías, antes que desiertos y ausencias, lo que se observa son complejos organizacionales locales de diversa índole y extensión y presencia estatal, sea por el lado de las políticas sociales focalizadas o de las administraciones municipales, sea por el lado de las agencias de control policial.

Así, este modo de abordar la movilización social nos devuelve una imagen en donde las acciones se encadenan en procesos interactivos sin postular una unidad de sentido englobante y totalizadora, sino procesual, conflictiva, donde los lenguajes utilizados para significar las relaciones se nutren no sólo de los términos legítimos de la política, sino de otros lenguajes (el de las aspiraciones personales y familiares, el de los gustos y los prestigios individuales y grupales, etc.) en ocasiones velados por la luz pública de las grandes discusiones teóricas excesivamente auto-centradas en el eje dominación/emancipación o ciudadanía/clientelismo, de donde suelen derivarse otras dicotomías como las de clientelismo versus protesta, vieja política versus nueva política, piqueteros versus punteros, etc.

Esto se vincula asimismo, con que el cambio de enfoque conlleva nuevos aportes en el debate acerca de las reconfiguraciones identitarias de los sectores populares en las últimas décadas. Si las perspectivas que privilegiaron al actor y el proyecto político para pensar la identidad de los desocupados permitieron discutir con las miradas espasmódicas de la realidad que reducían la protesta a una mera reacción ante las modificaciones estructurales llevadas a cabo en nuestro país,²⁶ muchos de ellos terminaron por virar al otro extremo: una recaída en el populismo que exalta un carácter contra-hegemónico de los sectores populares.

4. De la comprensión de la participación a la construcción histórica de la demanda.

Los enfoques “de tramas” también deben lidiar con el riesgo de reducir la complejidad de los sujetos sociales. Como afirma León Vega (2000) los abordajes de la vida cotidiana muchas veces niegan la potencialidad de los sujetos que estudian,

²⁶ Hace más de 30 años, Thompson cuestionaba las visiones espasmódicas de las revueltas populares sosteniendo que “la gente protesta cuando tiene hambre”, pero esto constituye “una verdad autoevidente” que no debería “dar por concluida la investigación en el punto exacto en que ésta adquiere verdadero interés sociológico o cultural: cuando está hambrienta [...] ¿qué es lo que hace la gente, ¿cómo es modificada su conducta por la costumbre, la cultura, y la razón?” (Thompson 1984, 64)

porque el “Sujeto Cotidiano” es sentenciado a permanecer en su conocimiento inmediato, vivencial, pragmático, distanciado de los requerimientos de la acción social:

“Por tanto, el pasado no estará en sus hombros, menos aún el control del presente ni la dirección del futuro. El Sujeto Cotidiano no hace ni tiempo ni espacio, solo transita por los laberintos que otros le han impuesto. Es un sujeto sin historia, porque no puede hacerla, solo la padece” (2000: 58).

El problema de la oclusión del tiempo histórico en el análisis de las relaciones sociales no es una preocupación nueva. Ya hace muchos años E. P. Thompson realizaba su elogio de la antropología e intentaba buscar un plano de convergencia entre ésta y la historia social que en el seno del marxismo británico encontró a sus figuras más luminosas. Pero a su vez, el historiador inglés nos advertía que una perspectiva que fuera fiel al desenvolvimiento conflictivo y contingente de la historia, debía estar atenta al sesgo que podía derivarse de una antropología que privilegiara los análisis funcionales sin tener en cuenta la diacronía histórica de cada formación social. Para no perder de vista la temporalidad intrínseca de las estructuras y los agentes sociales, era necesario relacionar el análisis funcional con el análisis propiamente histórico. De no ocurrir esto último podríamos recaer en un tipo de funcionalismo abstracto que entendiera a las formaciones sociales como sistemas encerrados en un eterno presente.²⁷

A la hora de comparar, consideramos que estos dos momentos del análisis han sido conjugados de manera muy diferente en el núcleo de trabajos que hemos recuperado dentro de la vertiente etnográfica y esto ha dado como resultado, diferentes límites a la hora de dar cuenta de la historicidad de las tramas sociales. Desde nuestro punto de vista, el trabajo de campo etnográfico si bien tiene las ventajas en las que ya hemos abundado, encuentra como límite la temporalidad de su propio presente. Si tiene como ventaja la posibilidad de intensificar la comprensión de la complejidad de los hilos sociales que conforman una configuración social específica,

²⁷ Ver de E. P. Thompson (2000), sobre todo los artículos “Agenda para una historia radical” e “Historia y antropología”, también la reflexión dedicada a la antropología simbólica funcionalista en “¿Lucha de clases sin clases?”, publicado en E. P. Thompson (1984).

por ejemplo una trama social local y cómo ésta se enlaza e imbrica en organizaciones, espacios e instituciones, derivando en diferentes posiciones de sujeto y categorías de la práctica, su desventaja radica en que la historicidad y el cambio de la trama social queda velada si se toma a los datos construidos mediante la observación directa y el punto de vista del nativo como los únicos relevantes.

El trabajo de Quirós resulta ilustrativo de esta limitación, ya que para la autora la historicidad de su texto etnográfico comienza en el encuentro con sus informantes. Por cierto, como ya ha sido mencionado, *Cruzando la Sarmiento...* se construye sobre una descripción lo suficientemente densa como para dar cuenta de que los motivos de quienes participan en una organización de piqueteros no se reducen a cuestiones materiales y/o ideológicas, ni se comprende únicamente por la vida organizacional o la supuesta identidad que adquieren al participar en dichas organizaciones. A través de su etnografía observamos con cuidado y detalle cómo la participación se relaciona con otros momentos de la vida cotidiana de las personas, donde operan con fuerza las búsquedas de acceso a los beneficios que distribuyen las políticas sociales, las relaciones interpersonales, los deseos de mejorar la vida familiar, y un conjunto de puntos de vista plurales a partir de los cuales las personas entran en el juego de obligaciones recíprocas que dan forma a un movimiento de piqueteros. Pero en ningún momento se pregunta, ¿cómo fue posible que el Estado adoptara tal presencia en esa forma social y qué condujo a las personas a operar de tal o cual manera en ese marco? Podemos presumir que eso ocurrió antes de que la antropóloga llegara al campo, pero como no lo problematiza ni ensaya alguna hipótesis que permita darle espesor histórico a su trabajo, termina constatando “una presencia” y ubicando al Estado y a las políticas sociales en un presente atemporal en el cual las personas, por mero efecto de su precariedad, pobreza o inestabilidad laboral, parecen depender crecientemente de los bienes distribuidos por las políticas sociales. Así, deja a sus lectores en el impreciso terreno de la presunción y a sus interlocutores en el escueto plano de la acción individual y solipsista.

Este límite se observa con más detalle, si se lo compara con la etnografía de Manzano (2007 a y b), donde sí se dedica un tramo del trabajo a comprender las tramas sociales no únicamente a través de sus funcionamientos, sino también de su historicidad. Manzano recurre al concepto de *campo de fuerzas* utilizado por Thompson para analizar las formaciones históricas del siglo XVIII en Inglaterra, e intenta comprender cómo algunos actores sociales de La Matanza, promovieron una serie de acciones que derivarían en presiones sobre el Estado y el sistema político que en un momento ulterior instituyeron un tipo específico de configuración denominado por la autora como *escenario de disputa* en torno a la demanda de trabajo. Para Manzano ese escenario fue construido históricamente por procesos que desde la década de los ochenta hicieron de la política de distribución de alimentos uno de los canales principales de interacción entre el Estado y los sectores sociales más pobres, al que luego, hacia mediados de los noventa, se incorporó la demanda de trabajo. La reconstrucción de ese campo de fuerzas sociales, que las relaciones de consentimiento y resistencia entre actores subalternos y el Estado fue configurando, Manzano la realiza recurriendo a la retrospectiva histórica, el análisis de documentos y la historia oral, ya que sería imposible hacerlo de modo completo apelando únicamente a la observación participante de donde procede el célebre eslogan antropológico “yo estuve ahí”. Esto le permite señalar que la demanda de “trabajo con planes” fue construida por determinados sujetos, básicamente referentes y dirigentes, que fueron aprehendiendo prácticas de disputa y negociación con los funcionarios del Estado en un período de tiempo relativamente prolongado. Así como mostrar que los propios funcionarios municipales contribuyeron en determinado momento a dirigir esa demanda hacia el Estado Provincial y Nacional.

5. El lugar de lo barrial: ¿base o epicentro?

Estos trabajos socio-antropológicos nos derivan hacia una cuestión conexas, que tiene que ver con la centralidad del análisis de lo que Antonádia Borges (2003) denomina el *modo de vida local*.²⁸ Se ha tornado habitual en la sociología argentina señalar al barrio como ámbito de refugio de las clases populares frente a la crisis social. Denis Merklen (2000), uno de los autores que más lo ha enfatizado, argumenta que:

“Barrio y familia complementan los huecos dejados libres por las instituciones que en otros ámbitos sociales construyen los lazos sociales y conducen a los jóvenes, principalmente a la escuela y el empleo.” (2000:104)

Merklen llama *inscripción territorial* al proceso social que habría otorgado una nueva centralidad al espacio local en la vida de los grupos sociales pauperizados. Podríamos decir que muchos estudios que adoptan lo barrial como ámbito de sus indagaciones confirman, consciente o inconscientemente, esta tesis.

El término *inscripción territorial* acuñado por Merklen (2005: 131-170) ha permitido visualizar un denso entramado organizacional a nivel local donde coexisten estructuras partidarias, políticas estatales e iniciativas de autoorganización en los cuales los individuos de clases populares desenvuelven parte de su vida cotidiana relacionada con el trabajo, la reproducción familiar, la acción política, la vida vecinal, las prácticas religiosas. Esta manera de encarar la *politicidad*²⁹ de las clases populares busca reconocer la forma que este proceso de amplio alcance adopta en las particularidades de la vida cotidiana, en situaciones concretas localmente ubicadas. Sin negar la importancia heurística de dotar al ámbito barrial de una valencia positiva en el estudio de las relaciones sociales de las clases populares, cabría preguntarse

²⁸ Según Antonadia Borges (2003: 12) el modo de vida local es el resultado de un cruce entre las formas singulares y sociales del espacio, el tiempo y la política.

²⁹ En Merklen (2005: 24) se lee que la politicidad “...designa la condición política de las personas. El concepto engloba al conjunto de sus prácticas, su socialización y su cultura política (...) así definida es constitutiva de la identidad de los individuos, y por esta razón evitaremos las fórmulas, más frecuentemente empleadas, de “relación con lo político” o de “identidad política”. En éstas, la política aparece como una dimensión autónoma de la vida social con las que los individuos entrarían en relación. Nosotros en cambio, vamos a observar la politicidad y la sociabilidad entremezcladas.”

por los límites de un enfoque que adopte de modo radical ese desplazamiento hacia lo barrial.

En primer lugar, el uso del término *territorio* no denota la complejidad que el concepto posee en el campo disciplinar de las ciencias geográficas, y más que operar como un concepto, actúa como un marco de referencia que contiene un ramillete de relaciones sociales de proximidad dadas en el espacio de residencia de las familias e individuos de las clases populares. Por otra parte, en continuidad con el argumento de Merklen, el peso de la localidad en la vida de las clases populares no es únicamente el resultado de la “des-inscripción laboral”, sino además, de una serie de respuestas que las agencias estatales y partidarias ensayaron frente a la creciente fractura social. En ese sentido, lo local, más que el soporte o la base, resulta el epicentro de configuraciones socio-políticas entrelazadas. Además de la sociabilidad barrial, intervienen allí los procesos de anclaje territorial de los partidos políticos, grupos militantes y políticas públicas de “combate a la pobreza” expresados en parte por el florecimiento de diversas estructuras político territoriales y la proliferación de proyectos de empoderamiento comunitario financiado con recursos de entidades estatales y supra-nacionales. Si, como afirma Merklen (2005: 178), en el ámbito local no se generan recursos, sino que se establecen enlaces sociales que intentan recuperar los recursos que están “fuera”, ubicados en los “laberintos del sistema político”, lo local cobra sentido sólo si se conecta a un circuito social más amplio. El papel creciente de los espacios territoriales de socialización política, investigados por Vommaro (2006), que operan como puntos de acceso a los bienes públicos para la subsistencia, confirma esta necesidad de completar el enfoque teniendo en cuenta no únicamente las relaciones que se entretienen en el barrio sino además los enlaces que unen a los residentes del barrio con agentes en relación de exterioridad con éste.

6. Enlaces y tránsitos en la creación de una organización de trabajadores desocupados.

Hemos ordenado los comentarios sobre la bibliografía especializada para poner de relieve una secuencia de desplazamiento. Nos interesa marcar esta línea de interpretación para luego ubicar nuestra pregunta. Si aceptamos esta lectura, tendremos ante nuestros ojos la siguiente serie: la protesta y la acción pública, la crisis social y el actor colectivo, las tramas sociales y las lógicas de sociabilidad. Hay una dimensión que nos parece no del todo presente en las lecturas antepuestas, y es el conjunto de “enlaces” que podrían estar articulando actores sociales barriales y otros actores que no lo son. En ese marco ingresa la pregunta por el modo en que un grupo de activistas procesa su experiencia histórica y se liga con grupos e individuos para organizarlos y representarlos en el seno de una organización político territorial. Siguiendo un consejo de Claudia Fonseca (2005) sólo es posible ver tal cosa si nos situamos no tanto en los actores o los contextos, sino mas bien en los tránsitos que diferentes grupos de actores operan sobre los contextos para entrar en relación unos con otros. Ubicados en esas situaciones estos actores negocian fronteras sociales. Es ese conjunto de operaciones lo que denominamos “anclaje”.

El anclaje resulta una operación social múltiple y compleja, con diferentes aristas, que de ninguna manera se reducen a una imagen simple y unidireccional como la que suele inducir la idea de implantación. El anclaje es en si mismo práctico y representacional. Constituye más una dinámica social en la que se involucran los actores, siendo afectados por la misma, que una estructura portada. Tampoco es lo práctico como sinónimo de lo real frente a la representación como sinónimo de las imágenes falsas o distorsionadas, es por el contrario, un proceso social con todas sus relaciones y determinaciones simbólicas y materiales.

CAPÍTULO II

REPRESENTANDO A LOS DESOCUPADOS: “HACER LO QUE OTROS, POR EL MOMENTO, NO PUEDEN HACER.”

*“No se debe aceptar una representación sin examen, sino decirle: espera, déjame ver quién eres y de dónde vienes.”
(Epícteto, Diálogos III)*

¿Qué proceso histórico y qué modo de procesar la política conduce a un determinado grupo de militantes universitarios a anclarse en un espacio barrial proponiéndose organizar a los desocupados con planes sociales? ¿Cómo y por qué ese grupo de activistas se autoriza a representar y organizar los intereses de los pobres urbanos que habitan en esos barrios?

En este capítulo introduciremos una descripción del modo en que un grupo militantes de origen universitario construyen retóricamente su proyecto de representar a los desocupados. Para ello seguiremos dos caminos, por un lado presentaremos brevemente la historia del grupo militante, y por otro, nos centraremos en la interpretación de dos textos escritos por sus organizadores. En estos últimos podrán verse una serie de operaciones simbólicas mediante las cuales los autores de ese texto dan entidad y otorgan una nueva misión política a un grupo de militantes universitarios en el tránsito de convertirse en militantes sociales que se proponen “trabajar en un barrio” y “organizar a los desocupados con planes”.

Del material analizado nos interesa observar el modo en que los activistas producen una justificación de su posición como agentes (militantes) en un universo social determinado dando lugar de esa manera a la conformación de una sociodicea (Bourdieu, 1989) fundada sobre una lógica en la cual la localización de la responsabilidad política está dada por asumir la tarea de organizar y representar a los “desocupados”, estableciendo, a su vez, un vínculo político con los mismos, como eje principal de la retórica de este colectivo de militantes. Entiendo el concepto de retórica en el sentido en que lo hace Paine, “cuando decir es hacer” (1981: 9), como un

recurso discursivo cuyos efectos persuasivos y performativos lo convierten en un fenómeno de la práctica. Lejos de estar allí para ser representados, consideramos que las representaciones que los activistas producen sobre los actores que desean movilizar participan en su construcción al fundar discursivamente las cualidades sociales con las cuales identifican a sus bases sociales y las constituyen como “compañeros del movimiento”.³⁰

Sostenemos con Bourdieu que “la utilización de unas palabras y unas oposiciones que sirven para clasificar (...) para producir grupos, depende de la función perseguida a través de la producción de clases, movilizar o dividir, anexionar o excluir.” (1991: 144) Los activistas, construyendo y reconociendo las cualidades del grupo social que se proponen movilizar, crean, al mismo tiempo, sus cualidades y funciones como representantes. En este sentido, la labor de institución (Bourdieu, 2007: 131) de un grupo social como “grupo movilizado” es al mismo tiempo la construcción de una sociodicea del grupo militante, un auto-posicionamiento simbólico en un universo social determinado y una justificación de la función política que deben suplir los agentes así posicionados.

1. El MTD en la literatura específica.

Si bien este Movimiento de Trabajadores Desocupados no fue estudiado específicamente por ellos, algunos autores lo sitúan entre las denominadas corrientes autónomas. Pereyra y Svampa (2003: 182) ubican al MTD dentro de la coordinadora Aníbal Verón, que es descripta como conteniendo:

“Organizaciones con trayectorias disímiles, algunas más consolidadas y de mayor tamaño, otras de reciente formación. Pero más allá de las diferencias, la gran mayoría de sus núcleos organizativos apuestan a una línea específica de trabajo territorial, basada en la autonomía y la horizontalidad.”

³⁰ Desde una perspectiva estructuralista-genética se trata de operaciones de clasificación que presentan una doble realidad, son “operaciones cognitivas que, por una parte, asigna una identidad social por la clasificación de los individuos en una categoría, y por otra parte, compromete también una relación práctica-efectiva, e incluso programática, entre clasificadores y clasificados” (Bourdieu, 1998: 543)

Svampa y Pereyra sostienen que entre estos movimientos puede notarse la presencia de jóvenes de clase media, algunos con experiencia universitaria, que tienden a dar su impronta a la dinámica de estas organizaciones. A pesar de esas menciones, no hay un intento de entender las relaciones que estos grupos de clase media universitaria establecieron con los denominados “desocupados”, ya que tienden a considerar esto como un proceso natural fruto del desplazamiento de ciertos sectores de clase media por efecto de su caída económica.

“La experiencia de desocupación abarca también un conjunto de actores sociales tradicionalmente situados dentro de los sectores medios. Así, para comenzar, es necesario observar que las clases medias empobrecidas están presentes en el movimiento piquetero, casi exclusivamente dentro de los grupos autónomos y, más aún, a través de los jóvenes (...) no se trata aquí de estudiantes y profesionales radicalizados provenientes de las clases medias, que van a los barrios para realizar un trabajo considerado una forma de militancia social, sino jóvenes procedentes de clases medias empobrecidas, que en el trayecto de una sola generación conocieron la caída social y la reducción de las oportunidades y hoy viven en los barrios y comparten las mismas condiciones de existencia que las tradicionales clases pauperizadas.” (Svampa y Pereyra, 2003: 159)

Sin embargo sí se sugiere que:

“Desde una perspectiva más tradicional, la militancia social continúa siendo lo propio de activistas de clases medias, enrolados en ciertos partidos políticos de izquierda.” (160)

Entre los mencionados aparecen *Patria Libre*, *Partido Comunista* o *Quebracho*:

“Que cuentan con organizaciones estudiantiles dentro del campo universitario. En muchos casos, son estas mismas organizaciones estudiantiles las que, más que aportar referentes, se encargan de desarrollar redes de solidaridad, estableciendo los puentes con las organizaciones territoriales.” (160)

Incluso cuando se observa la presencia de universitarios, tampoco se exploran las representaciones de estos grupos. Esta ausencia puede deberse a dos cosas diferentes. Por un lado, al propio interés de los investigadores que reside, sin duda, en la descripción del origen y las características de las organizaciones más significativas como formando parte de un movimiento social de amplias dimensiones, dejando en segundo plano las variaciones restringidas a la peculiaridad de algunas organizaciones tardías y pequeñas. Pero por otro, los investigadores dan cuenta de esta presencia

aunque ubicándola en otras expresiones del espacio piquetero e insinúan una explicación en términos de transformación de la estratificación social. Sin embargo, nosotros proponemos dos variables que no son mencionadas por los autores, por un lado, las mediaciones locales a través de las cuales se procesan los conflictos sociales (en este caso la presencia de instituciones universitarias, agrupamientos militantes, circuitos o espacios de sociabilidad militante), y por el otro, la elaboración de representaciones colectivas al interior de esos espacios.

2. La génesis social.

Mostrar brevemente la génesis del grupo me parece consistente con lo que hemos afirmado con respecto a la especificidad de nuestro objeto de investigación, centrado en dos constataciones. La primera de ellas es la concordancia entre el proceso de construcción de esta organización como anclaje territorial del trabajo político de un grupo militante y el proceso de inscripción territorial de las clases populares en la historia argentina reciente cotejado por algunos trabajos sociológicos, en especial los que pertenecen a la autoría de Denis Merklen (1997, 2000, 2005). Pero más allá de ese marco histórico general que permite relacionar un proceso micro social con la historicidad de las formas de integración social de las clases populares, el objeto de nuestra descripción y análisis guarda cierta particularidad que nos conduce a una segunda constatación, y es que el anclaje territorial de un grupo político debe ser comprendido en relación a los procesos internos de constitución grupal y sus intercambios con el contexto social en el cual se dan dichos procesos. Siendo que el grupo militante que estudiamos encuentra su génesis en un espacio de sociabilidad diferente al barrial, antes de abordar el anclaje de ese grupo como promotores de una organización territorial debe analizarse cómo se construyó el “proyecto militante” que dio cohesión al grupo y dirigió sus intereses hacia la militancia barrial.

No sólo el mero paso del tiempo participa del hacerse y deshacerse de los grupos, hay ciertos acontecimientos y períodos de tiempo que contribuyen

especialmente a la construcción de los mismos. Al tratarse de un grupo militante, la historia del campo político resulta un marco de referencia en torno al cual se construye la existencia y permanencia del grupo como tal. Pero además del tiempo, están los espacios en los cuales los individuos se consideran, y son considerados por los otros, como parte del grupo, se socializan en tanto miembros y se constituyen como tales en agentes sociales de pleno derecho en el marco de sus incumbencias específicas.

Una serie de procesos al interior de un circuito de sociabilidad de la militancia universitaria platense a partir de 1995 dieron lugar al trabajo colectivo de socialización. La movilización creciente de parte del espectro estudiantil platense a partir de 1994, en ocasión de la implementación de una serie de reformas desde arriba, constituye un punto de inflexión relevante para los agrupamientos políticos universitarios no asociados con partidos políticos, conocidos como agrupaciones independientes. El intento de sanción de una nueva Ley de Educación Superior que traía aparejado según los actores movilizados en su contra, “un retroceso de la autonomía universitaria, así como una restricción de la educación superior para los sectores del pueblo”, supuso el inicio de una serie de actividades de organización y movilización activado por militantes de estos grupos universitarios identificados como políticamente independientes.³¹

Para un sector de las agrupaciones estudiantiles independientes, sería el inicio de nuevas relaciones con agrupaciones de otras facultades que luego darían origen a la realización de actividades conjuntas como los seminarios “Pensando Alternativas al Neoliberalismo” y la “Cátedra Libre- Che Guevara”.³²

“En ese momento, como toda agrupación, buscábamos hacer actividades con mucho público y sumar militantes. Pero además, debido al contexto, una época

³¹ Así se denota a una serie de agrupaciones de estudiantes universitarios que surgen “espontáneamente” del interés político de sus pares, sin que estén precedidas por las decisiones de una organización política supra-universitaria y la operativización de esas decisiones por parte de militantes designados al efecto. En este sentido, independiente, quiere decir que en la acción de la agrupación no se reproduce ninguna “línea política bajada” desde otra instancia de organización política. Además de esta precisión más bien vinculada a la técnica y el estilo de hacer política, “independiente” puede transfigurarse en un principio de evaluación moral, donde todo lo que se define como “independiente” es “genuino”, y por contraste, todo lo que resulta sospechoso de seguir una línea de algún partido, es (mal) “intencionado”.

³² Comunicación personal al autor de Germán, 21/07/06.

donde el menemismo reinaba, nuestra idea era encontrar ejes políticos que nos permitiera juntar fuerza entre algunas agrupaciones de la universidad.”³³

A partir de 1998 esos grupos, conformados por estudiantes que estaban terminando sus carreras universitarias³⁴ acordaron crear un espacio de sociabilidad militante que contuviera sus deseos de seguir haciendo política por fuera de la universidad. La creación de “La Casa” resultó un espacio de transición desde el cual fue posible imaginar y emprender el activismo a nivel barrial y establecer conexiones con redes militantes de otras zonas geográficas de la provincia y el país. La casa, era el modo de tener un lugar donde hacer reuniones, invitar a otros grupos y pensar actividades que fueran más allá de la universidad.

Lo que hemos resumido de modo sintético en los párrafos anteriores, en la realidad insumió más de siete años. En ese proceso los militantes que organizarían al MTD se socializaron políticamente en la militancia estudiantil universitaria, adquiriendo los hábitos y las prácticas al ritmo de la disputa política en ese ámbito.

Reuniones de agrupación, reuniones con otras agrupaciones afines, asambleas estudiantiles, tomas de facultades y manifestaciones públicas, marchas, elecciones de las autoridades del centro de estudiantes, fueron estructurando el tiempo en el cual la vida política (universitaria) cobraba existencia para estos actores.

Una serie de micro-prácticas, como diseñar volantes con demandas e ideas de la agrupación, distribuirlos entre los estudiantes, organizar la logística de las marchas y las tomas, organizar reuniones y generar eventos que sumaran al público estudiantil, tomar posición a un tema “caliente” para la comunidad universitaria, hablar a viva voz en una asamblea, recorrer las aulas convocando al alumnado, estaban en el centro de las referencias de lo que se entendía por “militar” en una agrupación. Es decir, “hacer política estudiantil en el ámbito universitario”.

³³ Fragmento de Entrevista con Germán militante universitario devenido referente del MTD Villa Palmira, 23/09/06

³⁴ En términos genéricos los varones y mujeres que conformaban esos grupos provenían de carreras como las de Derecho, Ciencias Agrarias, Trabajo Social, Historia, Comunicación Social, Ciencias Económicas, Geografía y Psicología.

Estos micro-contextos de prácticas situadas en el campo más amplio de la política universitaria contribuyeron a formar y diferenciar un grupo social específico en el seno de los estudiantes universitarios. Son los que por sí mismo, y por otros, se definirán como “los militantes”, figura social encarnada por aquellos que estarán en disposición de activar permanentemente la vida política de la universidad y los con mayor disposición a realizar acciones directas que tengan por objeto demandar a otros grupos sociales con autoridad, sean los diferentes niveles institucionales de la universidad, sea el de los políticos profesionales, legisladores, ministros, presidentes, como será en el caso de la sanción de la Ley de Educación Superior en el año 1995.

Resulta interesante transcribir un tramo de entrevista a un informante clave, militante universitario, donde queda ilustrada la conciencia de la diferencia entre quien es un militante y quien no:

—¿Cómo te das cuenta que un compañero es un militante?
—Básicamente en la asistencia a las reuniones. Yo siempre pensé que una organización estudiantil la participación clave es en las reuniones semanales. En la agrupación había distintos niveles de compromiso, pero siempre había diez o doce que estaban siempre. Que luego por una cuestión natural son los que llevan la batuta. Porque están metidos en las discusiones. En las reuniones salen decisiones que hay que operativizar, como por ejemplo hacer un volante, y el volante lo hace uno que estaba ahí. Si vas salteado a las reuniones vas a militar salteado. Está en la capacidad, la capacidad de discutir y la capacidad operativa. Hay compañeros que son muy callados, pero que son muy capaces de hacer las cosas o de plantearlas por escrito. Alguien que no se caracteriza por dar discusiones en una reunión o defender con vehemencia una posición, pero después cuando las pone por escrito tiene mucha fuerza argumental. Después te vas dando cuenta con el tiempo. Yo creo que ya detecto rápidamente a quienes pintan bien, y aquellos que son un polvorín, como un fogonazo, militan mucho un mes y después se agotan. Eso es un riesgo, se enganchan en todas las reuniones, van a todos lados y después se pinchan.
Están los que en un momento de lucha estudiantil intensa levantan la mano en todas las asambleas. Muchas veces se lo presenta como el estudiante independiente. Por ejemplo, en una asamblea de la toma de la facultad, en el año 97, aparece un chabón que hace una moción a favor de los estudiantes independientes, de esos que no son orgánicos a ninguna agrupación. Ese flaco dice que teníamos que ir a la marcha sin bandera de las agrupaciones, era una asamblea como de 500 personas, y dice, tenemos que ir todos con una bandera blanca que diga Humanidades La Plata Presente. Ese fue aclamado por la asamblea. Nosotros quedábamos en una situación política desventajosa, porque nosotros no acordábamos políticamente con eso, pero sí salíamos a plantearlo, nos ganábamos el repudio de la asamblea. Lo planteamos igual, pero de una manera que no generara resistencia en la asamblea. Es una locura eso, porque si vos estás estructurado en una agrupación no hay que

ocultarlo. Además habíamos sido nosotros, los militantes quienes habíamos instalado el conflicto. Los militantes nos habíamos roto el culo pegando carteles, afiches, repartiendo volantes, éramos los que habíamos generado esa movilización, y de buenas a primeras estábamos totalmente deslegitimados. Y vos sabías, yo sabía, mis compañeros sabían, que ese boludo que había dicho lo de la bandera blanca iba a militar un mes, y se le iba a pasar la emoción, pero bueno, en ese momento era el chico más famoso de la facultad.

—¿Y qué hacían frente a esa situación?

—En realidad las asambleas eran un ámbito particular, un termómetro para ver lo que pasaba, un modo de auscultar a los estudiantes. Pero la política la conducíamos los militantes, los acuerdos, los cierres, se daban en las reuniones de los militantes. Me imagino que siempre ha sido así, en ese sentido la asamblea era como una fantasía. La cuestión de la organización, y de la estructuración orgánica es clave, es el primer escalón de la conciencia política.³⁵

Múltiples situaciones como estas se dan el vida de una agrupación política, y el relato que transcribimos nos muestra cómo se van incorporando las disposiciones de evaluación y acción que dan lugar a la individualización de un grupo diferenciado de la masa universitaria e impulsor de una serie de prácticas que podríamos llamar propiamente *acciones militantes*.

Uno de los desafíos centrales de los grupos militantes no articulados a estructuras partidarias extra universitarias es generar los dispositivos que permitan mantener la continuidad del grupo. La continuidad del grupo no significa la permanencia de todos sus miembros, ya que a lo largo de su trayectoria pueden darse entradas y salidas de miembros en diferentes momentos, lo que interesa es la permanencia de ciertos miembros que son algo así como los portadores de símbolos grupales que le otorgan continuidad a la existencia del grupo. Estos miembros tienen incorporada la memoria que define la cohesión del grupo. Son los individuos que llevan la voz y garantizan la representación del colectivo ante un otro.

Los dispositivos grupales instauran una temporalidad propia del grupo militante que busca acompañar el paso del tiempo biológico, social y político que en ocasiones pueden socavar la *lealtad* de los individuos al grupo más allá de la frontera de los espacios originales de socialización. La transposición de esas fronteras de manera

³⁵ Entrevista con Germán militante universitario devenido referente del MTD Villa Palmira, 26/10/06

“exitosa” para el grupo requiere de un trabajo específico no sólo de creación de espacios con relación a los cuales el grupo se identifica sino de actividades específicas, que establecen un cronograma en el cual el colectivo cobra existencia, por ejemplo, en las reuniones semanales.

3. Tiempos calientes y tiempos fríos de la política: ¿Cómo mantener la continuidad temporal del grupo?

Si entendemos que todo grupo es una figuración, esto es, según Elías, un entramado de interdependencia fruto de un alineamiento específico de los individuos, también tendríamos que asumir, que la diferenciación social que instituye la “individualidad del grupo”, es también parte de una operación de construcción grupal que lidia contra las posibilidades de que los individuos se vean involucrados en otras figuraciones sociales y progresivamente vayan abandonando las actividades que definen a este grupo en particular. En ese sentido, es que la temporalidad interna del grupo o su cronograma, está relacionado al modo en que se procesa subjetivamente la compleja temporalidad social y se la convierte en factores de duración de la existencia colectiva.

En el caso de este grupo militante había tres tipos de tiempos que había que conjurar o acompasar para su permanencia en tanto tal. Un tiempo biológico, en la medida que los estudiantes “crecen”, y pasan de ese limbo particular donde se establece el estatus de transición de los estudiantes universitarios, para establecerse como profesionales, y en ocasiones como jefes de familia. Un tiempo social, que remite a ese abandono del estatus transitorio de estudiante para conformarse en un profesional de pleno derecho, donde, si no se sigue practicando la política profesional en ámbitos partidarios, sindicales o estructuras de gobierno de la propia universidad, la política pasa a ser una preocupación ciudadana entre otras. Un tiempo político, que tiene que ver con el entusiasmo activista producido al calor de los acontecimientos y el repliegue cuando la vida universitaria se torna rutinaria. Los dos primeros tienen que

ver con la inexorable experiencia de que el tiempo biológico y social “pasa”, el último, con que hay tiempos fríos y tiempos calientes de la política.

La temperatura de esos tiempos de la política está en relación al modo en que los miembros del grupo procesan los acontecimientos políticos nacionales por los cuales se consideran afectados. Un tiempo caliente para este grupo militante fueron los procesos de movilización acaecidos entre 1994 y 1996, momento en el que las agrupaciones estudiantiles se vieron movilizadas en contra de una serie de reformas impulsadas por la secretaria de políticas universitarias del poder ejecutivo nacional.³⁶

Un tiempo frío, fue entre de 1997 a 1999. El triunfo reeleccionista de Carlos Menem y la dispersión ulterior al momento álgido de las luchas estudiantiles del período anterior. Para retornar a un momento caliente a partir de 2001 donde los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre de 2001 y la creciente movilización social impactaron en la experiencia de estos grupos.

4. De la universidad al barrio.

El anclaje territorial a través del cual estos militantes universitarios devienen militantes sociales encuentra sus antecedentes en dos fuentes, una más remota y otra mucho más cercana en el tiempo. En su origen remoto, está la formación de talleres de recreación infantil en los años ochenta por parte de un grupo de militantes sociales en uno de los barrios populares donde luego surgiría esta organización de desocupados. Para numerosos interlocutores en el campo el MTD encuentra sus antecedentes en aquellas actividades barriales de los años ochenta. En su origen cercano, está la emergencia de las organizaciones piqueteras del sur del conurbano bonaerense y la actividad particular de un veterano militante social, activo promotor en la gestación del movimiento de Villa Palmira y en el reclutamiento de nuevos activistas.

En una primera etapa, la vocación de construir redes de contacto con los militantes de las organizaciones sociales del sur del conurbano, aparece como uno de

³⁶ Para una reconstrucción detallada del proceso de lucha estudiantil contra la ley de educación superior en la Universidad de La Plata, consultar Paula Talamonti (2008)

los factores centrales en la fundación del movimiento.³⁷ La realización de numerosos encuentros entre algunas organizaciones sociales del sur de Buenos Aires entre los años 1998 y 2000, conformaron las incipientes redes sociales donde se gestarían los consensos que darían origen a la iniciativa de fundar núcleos de organización territorial conocidos como MTD en el área urbana que va desde Lanús hasta el Gran La Plata.³⁸

Fue en el marco de las reuniones periódicas del EOS y de la COPA,³⁹ donde estos activistas se socializaron en los debates en que estaban involucradas las nuevas camadas de la militancia social de la zona sur del Gran Buenos Aires. Aquellos debates estaban orientados a las “posibilidades” de construir un frente de masas para las agrupaciones de izquierda utilizando los planes sociales para organizar a los desocupados, y se entroncaban con el dilema de si promover ese tipo de organización de las bases sociales constituía o no una práctica clientelar o asistencialista, identificada por los propios militantes con los modos de hacer política con (y dominar a) los sectores populares por parte del partido justicialista.

En ese marco agrupaciones estudiantiles independientes de la universidad local comenzaron a encontrarse con grupos militantes provenientes de otras áreas urbanas del sur de Gran Buenos Aires y a empaparse de los debates al interior de algunas redes de la militancia social. Para algunos de nuestros interlocutores la sumatoria de esas vocaciones y el contexto particular del año 2001 constituyeron una especie de trampolín de la organización.

En la perspectiva de los militantes aparece en juego la seducción de la posibilidad de realizar una militancia más asociada a las clases populares. La idea de *fascinación* con el carácter plebeyo⁴⁰ de esas organizaciones incipientes era utilizada

³⁷ Para conocer cuáles eran esas organizaciones consultar Pacheco (2004) y Zibechi (2003).

³⁸ Esto solamente vale para las denominadas corrientes autónomas dentro del espacio piquetero, un grupo relativamente reducido frente a organizaciones como la Corriente Clasista y Combativa o la Federación de Tierra y Vivienda. Tampoco cuenta para otras experiencias como Barrios de Pie, Polo Piquetero, Movimiento Territorial Liberación, etc.

³⁹ Encuentro de Organizaciones Sociales (EOS) y Coordinadora de Organizaciones Populares Autónomas (COPA). Ambas instancias cobraban vida a través de eventos semestrales donde se reunían durante dos o tres días los representantes de una serie de organizaciones barriales, agrupaciones estudiantiles, colectivos culturales y movimientos de desocupados y campesinos, para discutir y caracterizar la política nacional e internacional en talleres temáticos y plenarios de cierre.

⁴⁰ En las entrevistas algunos de los interlocutores señalaron su sorpresa y fascinación al conocer por primera vez a los dirigentes de estas organizaciones: “Todo era distinto, como hablaban, como se vestían, las cosas que decían, no sé... era bien popular... nada que ver con lo que nosotros conocíamos de la universidad.”

con frecuencia por los activistas para evocar las razones que operaron en el proyecto de construir organizaciones territoriales en la zona de su influencia. Por otro lado, la existencia de las políticas sociales focalizadas en sectores de pobreza y su definición como herramientas de organización aparecen como segundo aspecto.

El nombre de MTD de Villa Palmira (Movimiento de Trabajadores Desocupados) fue adoptado por los organizadores en continuidad con las corrientes militantes que bajo esas siglas se agrupaban, con las cuales había afinidad. Por medio de los organizadores de esos movimientos afines los militantes aprendieron cómo “hacer” una organización de desocupados y adoptaron los mismos principios de construcción política. Esos principios se sintetizaban en tres términos: autonomía, horizontalidad y cambio social. La autonomía era entendida como una independencia de estructuras políticas y/o sindicales que se hallaran por encima de las organizaciones territoriales, que tenían como su centro soberano la asamblea del movimiento que reunía las diferentes asambleas barriales de cada uno. Mecanismo por el cual se intentaba salvar el segundo principio, la horizontalidad, en el sentido de que la línea de acción social y política debía surgir de esas asambleas. El tercer principio está vinculado al horizonte más amplio por lo que se luchaba en la organización, un cambio social que garantizara trabajo y dignidad para el pueblo. Por otra parte, la autonomía era entendida como la utilización de las políticas asistencialistas del Estado como herramientas de organización popular, para construir poder popular y así aportar en un marco más amplio a las luchas sociales del Pueblo en una etapa donde la situación de desempleo y pobreza eran el signo más relevante de este tiempo histórico.⁴¹

5. “Ligar lo social y lo político”

⁴¹ Para profundizar en las dimensiones políticas de estos tópicos que aquí sólo mencionamos con la finalidad de contextualizar las situaciones analizadas ver Svampa y Pereyra (2003), Cieza (2004), Pacheco (2004), Zibechi (2003) y Mazzeo (2004).

Algunos autores han señalado que durante la década de los noventa asistimos a un proceso de profesionalización de la política que conduce a desligar lo social de lo político (Frederic, 2004 /Masson y Frederic, 2006). En este período, tanto a nivel municipal como nivel provincial estas investigadoras muestran el ascenso de nuevos grupos dominantes en la política local que intentan recrear una figura del militante social, esterilizada de todo tipo de compromisos políticos. No fue ajeno a ello la identificación de la militancia social y barrial con el género, en la medida que el cuidado, cualidad atribuible a la militancia social, quedaba asociada a rol de cuidado de las mujeres en la vida familiar (Masson, 2004), mientras que la política, asociada a la disputa de intereses, la lucha y el conflicto era vinculada con la figura masculina. En ese proceso de reidentificación de los roles de los actores políticos, las investigadoras señalan una separación, donde lo social es vinculado a la figura del vecino y del promotor de mejoras en la vida vecinal local sin introducirse en el juego de disputas de poder reservadas a los políticos (profesionales) (Frederic, 2009). También se ha señalado la imbricación de estos procesos de despolitización de lo social y el enfoque que las políticas sociales adoptaron en el período.⁴²

El caso que estamos analizando, sin embargo, parece mostrar el proceso inverso. En efecto, podríamos decir que a la transformación de militantes universitarios en militantes sociales, se solapa el intento por parte de estos militantes de establecer lazos entre lo político y lo social, buscando repolitizar lo social. En la nota editorial de uno de los órganos de prensa de La Casa de la Militancia podemos ver como aparece ese intento de ligar lo social y lo político en la perspectiva de los promotores del MTD de Villa Palmira.

¿Qué es La Casa de la Militancia?

⁴² "... formuladas como esfuerzos estrictamente de emergencia dirigidos a ciertos sectores específicos de la sociedad cuya supervivencia se encuentra en grave riesgo. El blanco de estas políticas no son ciudadanos con derechos a tener derechos, sino seres humanos "necesitados" que han de ser asistidos por la caridad pública o privada. (...) el desplazamiento de cuestiones como la pobreza y la desigualdad: en cuanto se los considera asuntos estrictamente técnicos o de administración filantrópica, la pobreza y la desigualdad pasan a ser cuestiones que caen fuera de la arena pública (política) y del ámbito al que pertenecen, el de la justicia, viéndose reducidas al problema de asegurar las condiciones mínimas para la subsistencia." (Dagnino, 2006: 404)

No nos reclamamos vanguardia de nada, sino simplemente parte del casi todo. Parte de un pueblo que no puede consentir que haya chicos con hambre, hombres y mujeres sin trabajo, millones de familias viviendo en la miseria. Nos consideramos compañeros de una gran cantidad de grupos y organizaciones que cotidianamente enfrentan la opresión y la injusticia derivada de este modelo político, social y económico. Es con todos ellos –componentes de un campo popular- que pensamos que tienen que confluir nuestras prácticas políticas. Nos consideramos un grupo político que de cabida a actividades sociales y culturales. Aspiramos a tener un perfil más amplio que el que caracteriza a los nucleamientos políticos clásicos, intentando ligar lo social y lo político. Apostamos a generar lazos de solidaridad social, a organizar a reorganizarnos para construir, con los compañeros que ya lo intentan en otros lugares, en otros espacios, y con millones de personas que aún permanecen pasivas sin aprovechar su capacidad transformadora, y con todos ellos en un pie de igualdad, un proyecto político emancipador, libertario. Apostamos a una forma de construcción basada en la discusión democrática y horizontal, donde la palabra de cada uno tenga el mismo valor que la del otro, y donde a su vez se garantice la ejecutividad de las actividades que decidimos llevar adelante”.

Trazos de la militancia, año 1, Julio 2001, página 27.

6. “Hacer lo que otros, por el momento, no pueden hacer”

A pesar de que esos marcos comunes señalados operan como sedimento histórico sobre el cual fue posible la génesis de este movimiento, sus organizadores consideran que el proyecto en torno al cual acumulan sus prácticas tiene ciertos carácter de distinción con otras experiencias políticas de lo que ellos denominan un campo popular común. Para acercarnos a la especificidad ideológica del movimiento vamos a reseñar un escrito que contiene algunas discusiones interesantes y que además funciona como una especie de manual de organización y discusión política.⁴³

Los textos transcritos pertenecen a un borrador del mes de octubre del 2002, titulado “La organización territorial”. La fecha en que fueron escritos estos borradores resulta relevante, correspondiendo con las discusiones internas que se presentaban a los organizadores de los incipientes movimientos de desocupados. Al mismo tiempo confirma la importancia del aprendizaje de un saber teórico-práctico vinculado a las

⁴³ Las referencias que realizan del libro y su autor algunos interlocutores en campo confirman la relevancia que tiene para los organizadores de este movimiento.

tareas del militante, que se acumula, se incorpora, se transfiere, se valida y se reconvierte como un capital específico.⁴⁴

En este texto el principio de autonomía no se define en relación a lo que ciertas corrientes teóricas actuales que suelen pensarlo en franca ruptura con la política de izquierda del pasado.⁴⁵ Por el contrario, se entiende como un rasgo de ciertas luchas populares en un proceso histórico nacional amplio, que señala procesos de continuidad y discontinuidad entre los años sesenta y el fin del siglo que pasó y el que actualmente transcurre. Para este autor las luchas obreras y algunas experiencias guerrilleras de los sesenta y setenta mostraban esos rasgos. Sintetizando, podríamos decir que en esta concepción las luchas sociales de esa época estaban animadas por un movimiento de masas liderado por la clase trabajadora capaz de generar en su interior procesos organizacionales propios para entablar la lucha contra el capital por aumentos de salarios y condiciones dignas de trabajo, y que tenían como horizonte la posibilidad de establecer una hegemonía de las clases trabajadoras. Además de estar inscripta en una tradición militante popular revolucionaria, la autonomía es concebida como una directriz de acción social y política para los militantes que quisieran aportar en ese proceso, resumido en los siguientes preceptos: apoyar las organizaciones de los trabajadores, aportar herramientas, incluso militares, sin pretender establecerse como conducción de vanguardia del movimiento y favorecer la autonomización del movimiento de masas con respecto al Estado burgués.

La tradición que se referencia como ejemplo de esa directriz son el período de la resistencia peronista posterior al cincuenta y cinco, las experiencias guerrilleras de la FAP-PB y las coordinadoras inter-fabriles de los años 1974 y 1975.⁴⁶ Los ejemplos referidos no son inconducentes en la medida en que el argumento del autor intenta distinguir estas experiencias de otras que en el mismo período según su entender sí

⁴⁴ Cfr. Franck Popeu (2007) "El capital militante. Intento de definición", páginas 37 a 44.

⁴⁵ Para esas corrientes ver MTD de Solano y Colectivo Situaciones (2002).

⁴⁶ Algunas de las experiencias mencionadas coinciden con la propia trayectoria militante del autor. Así en la contratapa del libro que estamos reseñando (Cieza 2004) se puede leer que en la década del setenta militó en las FAP y el Peronismo de Base, luego participó en la resistencia a la dictadura de 1976, y entre 1973 y 1983 participó como activista sindical.

intentaron dirigir el movimiento de masas. Los ejemplos más referenciados son la “burocracia sindical”, los “partidos marxistas” y las experiencias guerrilleras que considerándose peronistas aspiraban a un lugar en la conducción del movimiento.

“El concepto de autonomía política de los trabajadores no es un concepto nuevo. En lo sindical fue acompañando situaciones límites en las luchas obreras. Períodos de ilegalidad y fuerte represión (como fue la resistencia peronista) y los picos de alza de la conflictividad sindical. En términos teóricos la concreción de la hegemonía de los trabajadores; no a partir del partido de la clase, sino a partir del desarrollo de las organizaciones obreras y la construcción de un poder obrero y popular de los trabajadores fue conceptualizado por las FAP-PB a principios de los 70.” (Cieza, 2004: 85)

Esta operación selectiva sobre el pasado intenta construir un legado pedagógico para el proyecto de militantes populares al que están dirigidos estos textos, posee un eje que organiza las luchas sociales del pasado en el par dicotómico autonomía/ heteronomía, para reubicar sin solución de continuidad las experiencias que aquí podríamos denominar de auto-organización popular que representaban los movimientos piqueteros autónomos. Pues su semejanza residía en que surgían como procesos organizativos de una clase trabajadora que a diferencia de aquel movimiento de masas encaraba nuevas circunstancias históricas, signadas por el hambre y la exclusión; pero siguiendo principios de construcción política similares, autonomía y democracia de base, demandas por trabajo digno, en lo reivindicativo, y por el cambio social, en lo político. Para ello en este borrador se establecen una serie de pares opuestos, en el pasado el movimiento obrero se hallaba a la ofensiva, en la actualidad a la defensiva, en el pasado el movimiento obrero se erigía sobre las conquistas cimentadas en los derechos sociales obtenidos por el peronismo, en el presente, era ese peronismo en el poder quien había barrido todas las conquistas históricas, pero aún así quedaba la demanda de trabajo digno, en el pasado el horizonte de la lucha era la revolución social, en el presente eso se traducía como cambio social, una versión menos centrada en el carácter violento de las transformaciones sociales y más vinculada al papel pedagógico que podían suplir los militantes populares con su

ejemplo personal, convocando a participar en política a través de esas organizaciones, propulsoras de un cambio a nivel de las relaciones sociales.

Para este autor, frente a la continuidad de concepción se presentaba la dificultad de la discontinuidad de militancia. Ese hiato entre una y otra, da la posibilidad de enunciar discursivamente un tipo de programa para la acción política. La concepción política que ubica a esas experiencias de movilización social de este lado del par dicotómico, y preanuncia la tarea del sujeto que enuncia, llenar el hueco de discontinuidad, estableciendo un puente pedagógico entre la dirigencia de ayer y la militancia de hoy.

“... los nuevos movimientos expresan la continuidad, en la teoría y en la práctica de las experiencias y debates que hacemos mención, sin que esto signifique que exista una continuidad entre los dirigentes de las diferentes experiencias” (Cieza, 2004: 127)

Siguiendo este razonamiento, una de las preocupaciones que aparecen en su horizonte es como identificar a aquellos que pueden estar destinados a realizar la tarea de construir las organizaciones que llenen el vacío señalado.

“Los MTD son organizaciones donde se practica la democracia de base y hay asignación de responsabilidades de acuerdo a las tareas necesarias para llevar adelante las decisiones políticas de la organización. Pretendemos que los compañeros sean todos iguales tomando las más importantes decisiones políticas en las asambleas. Decimos pretendemos, porque aceptamos que existen desniveles de información para tratar algunos temas. Y tratamos de corregir esos desniveles desde una formación que utiliza la educación popular. (...) En la ejecución de esas responsabilidades tratamos de garantizar la continuidad y promover la formación y la rotación de los compañeros.” (77)

Siguiendo al autor los movimientos de trabajadores desocupados no son, estrictamente, barrios organizados sino núcleos territoriales. Ahora, la construcción de esos núcleos necesita de promotores, es ahí donde se torna central, en la lógica del discurso, pero también en el de la práctica, definir un proyecto que le otorgue razón de ser a un grupo político.

“En los movimientos de desocupados, siguiendo una tradición de otras experiencias territoriales, se suele mencionar como unidad básica de organización al barrio. Si miramos las prácticas más detenidamente podemos observar que en un barrio de 16 manzanas, los movimientos no alcanzan a la

totalidad del barrio sino a un núcleo ligado por razones de vecindad, amistad y parentesco. Es decir tiene una localización territorial y una extensión por vínculos. Correspondería más bien considerarlos como núcleos territoriales y en ese sentido son comparables a los núcleos de campamenteros del MST de Brasil.

La distinción entre núcleo territorial y barrio no es menor, porque de alguna manera el núcleo territorial tiene un límite preciso que es la dimensión de la asamblea (...) lo habitual son asambleas que pocas veces superan las 60 personas y no mayores de 100.” (Cieza 2004: 74)

A los organizadores de esos núcleos territoriales se los denomina “grupo promotor”, mientras a quienes participan del núcleo territorial como vecino del barrio se lo denomina con el término “compañero de base”.

“Cada núcleo territorial que empezó a organizarse necesitó de un grupo promotor que empujara los primeros pasos, organizando las primeras asambleas, proponiendo criterios, dando información sobre como encarar la lucha reivindicativa. La experiencia nos dice que los grupos promotores nunca fueron demasiado grandes (4 ó 5 compañeros) e incluso que, si el grupo promotor es de afuera, un número demasiado grande es contraproducente.

La distinción de este grupo promotor y de su capacidad a partir de su accionar (y sus características: experiencia anterior, compromiso), nos permite poner en un plano secundario el hecho de que el grupo sea “de afuera” o natural (del barrio). El grupo promotor prefigura de alguna manera la mesa barrial o reunión de delegados de grupos de trabajo y áreas, que corresponde a un núcleo territorial más organizado.” (Idem. 74)

“La cuestión de los de afuera y los del barrio se plantea precisamente en esa transición, porque si después de un par de años de organización el grupo promotor de afuera se convirtió en mesa barrial sin incorporar compañeros del barrio en roles de responsabilidad hay algo que está fallando en la promoción de los compañeros de base. Y el tema no es menor porque estamos afectando la continuidad del trabajo. El compañero del barrio va a vivir (salvo excepciones) siempre allí, todo lo aprendido y acumulado va a quedar en ese territorio. El compañero de afuera (salvo excepciones) puede irse a otra parte. Lo aprendido y acumulado es más volátil.”

“...podemos asimilar la figura del promotor a la del militante popular (...) El militante popular es aquel que se ocupa de hacer el trabajo que otros, por el momento, no pueden hacer.” (Idem. 75)

Esta última frase sintetiza el modo en que se establece la cohesión de un grupo militante y se empalma con la tradición de vocación y abnegación del militante popular. “Hacer lo que otros, por el momento, no pueden hacer”, resulta una voz de orden (consigna) mediante la cual el grupo militante se autoriza a representar a otros, en un marco ideológico muy constrictivo con respecto a las posibilidades de ejercer esa

representación, ya que ésta se presenta como un “sustituto” de la participación directa de las bases “en la tarea de hacer la política” durante un tiempo, hasta tanto los compañeros de los barrios puedan asumir por sí mismos esa actividad. En sí misma la duración y el modo en que deberían asumir la actividad política de esos “compañeros” resultará una de las cisuras prácticas sobre la cual se volverá constantemente en la periódica actividad militante, y por la cual se volverá a colar la diferencia que sostiene al entramado político-territorial del MTD.

CAPÍTULO III

ORGANIZANDO A LOS DESOCUPADOS: LOS PLANES SOCIALES, LA ORGANIZACIÓN Y LOS ESPACIOS DE SOCIABILIDAD POLÍTICA (Y LABORAL) BARRIAL.

“La gente crea modelos para juntarse y para separarse.”

(Poggi Gianfranco, *Dinero y Modernidad*)

¿Qué tipo de dispositivos organizacionales se construyeron para crear y consolidar las relaciones entre los activistas y las personas que pretendían movilizar?

En este capítulo abordaremos las características que asumió el anclaje de este grupo de militantes universitarios a través del cual devinieron militantes barriales. Entendemos por anclaje una doble operación. Por un lado, en un hipotético eje vertical, ubicamos el paso de lo general a lo particular, de las lógicas de las representaciones a su actualización en la lógica de las prácticas. Por otro, en un hipotético eje transversal, entendemos como parte de ese anclaje la trayectoria que describe el pasaje que los actores militantes realizan desde un espacio de sociabilidad centrado en la militancia universitaria hacia otro espacio de sociabilidad centrado en la militancia social y el trabajo barrial. Para ello intentaremos señalar como fueron introducidas las reglas constitutivas de la organización barrial y como fueron interactuando en el proceso de fundación de la organización los promotores y los vecinos del barrio, que al ingresar a la organización devienen compañeros de los barrios. Otro elemento que destacaremos es la centralidad de los planes sociales en el proceso de creación de la organización y pondremos de relieve cuatro significaciones que adquiere la presencia de los mismos. Intentaremos mostrar como los interesados en construir la organización territorial y cuajar su proyecto político deben simultáneamente definir los núcleos territoriales como espacios laborales y políticos. En ese proceso, el propio proyecto militante de organizar a los vecinos del barrio identificados como “los desocupados” se ve modificado en el intento.

La noción de anclaje la oponemos a la idea de fuente, soporte o punto de apoyo de relaciones sociales, sentido en que suele ser utilizado el concepto de inscripción social. El anclaje no es un componente estructural sino el resultado de un procesamiento de relaciones sociales estructurales, que permite a los agentes sociales establecer líneas transversales que sitúan en un campo de relaciones sociales concreto proyectos de acción, reglas de organización y lógicas de sociabilidad. El anclaje, que supone también des-anclaje, es un juego social en el cual los agentes se apropian de relaciones sociales auto-reguladas, en este caso las políticas sociales de los planes de empleo y construyen a partir de ellas sus propios proyectos de actuación. Del orden de la práctica más que del orden de las estructuras, el anclaje se da en un campo de relaciones sociales, pero al mismo tiempo, es capaz de producir nuevos nudos relacionales, que están, por definición, localizados y temporizados.

1. Villa Palmira.

Villa Palmira es una antigua ciudad obrera ubicada en los márgenes del río De La Plata. El barrio Puerto Nuevo, uno de los espacios urbanos donde el MTD posee un núcleo territorial, ha tenido un lugar destacado en los anales de la historia argentina. Antes de que algunos periodistas lo describan como una gran tapera o un lugar donde proliferan los perros sarnosos⁴⁷, el lugar era conocido por las plantas industriales que se ubican a su costado y las fondas para obreros situados en sus dos orillas. En los años ochenta la última de esas plantas cerró definitivamente, y casi al mismo tiempo que los contingentes de obreros dejaron de circular, las casas y locales que quedaron vacíos empezaron a ser ocupados por familias pobres, hijos de los antiguos pobladores del barrio o migrantes internos que llegaban a la ciudad. Hoy la calle y sus laterales conservan la arquitectura de su época industrial, donde diversas familias se han hecho un lugar para vivir. La publicitada intención del municipio de transformarla en patrimonio histórico y el tránsito diario de sus pobladores para ir a trabajar en

⁴⁷ Carlos Rodríguez, *Página/12*, 16/10/05, edición digital.

alguna changa o conseguir algún bien en la municipalidad, conviven a un mismo tiempo.

Cuando exploramos algunas trayectorias laborales de las personas que cobraban planes sociales a través del movimiento y las comparamos con estudios sobre trayectorias de integrantes de organizaciones piqueteras del Gran Buenos Aires (por ejemplo Manzano 2007), estas presentan similitudes con respecto a la dificultad de acceder a oportunidades laborales más estables en ese período, pero al mismo tiempo existen diferencias contextuales vinculadas al mercado laboral local. En el caso de los beneficiarios de planes sociales gestionados por el Movimiento de Trabajadores Desocupados de Villa Palmira se repiten las experiencias de trabajos intermitentes, de escasa calificación y la ausencia de trayectorias vinculadas al trabajo en las fábricas. Seguramente, esto se deba a que el proceso de des-industrialización de la ciudad de Villa Palmira comenzó en una etapa anterior, a principios de los años ochenta, cuando las grandes plantas frigoríficas del lugar comenzaron a expulsar mano de obra hasta cerrar definitivamente. A pesar de la existencia de otra fuente de empleo fabril, el cierre de estos grandes receptores de mano de obra de la zona no fue compensado con la existencia de otras fuentes de trabajo. En ese sentido, podríamos sostener que para el caso de Villa Palmira, no fue directamente la des-industrialización un factor inmediato que generó la situación de desocupación, sino la crisis generalizada del mercado de trabajo que en sus peores momentos ni siquiera ofrecía los trabajos extremadamente precarios a los que podían aspirar los varones y las mujeres que conformaron el movimiento. Sin embargo, esto no excluye que algunos miembros del movimiento trabajen fuera del movimiento siendo partícipes del mismo, pero esos trabajos aparecían como “changas”⁴⁸ extremadamente discontinuas. En el año 2006 en el que fueron realizados los registros de investigación en campo se podía observar un aumento de la oferta laboral, algunos de los trabajos que se conseguían tenían que ver con atender un locutorio, realizar tareas de pintura, trabajo doméstico o actividades

⁴⁸ Trabajos intermitentes de pocas jornadas por los que se puede recibir una paga en dinero o un trueque por otra mercancía, como por ejemplo limpiar un terreno baldío o remover los escombros de una casa.

de cirujeo⁴⁹, que algunos de los participantes intentaban combinar con su trabajo en las contraprestaciones.⁵⁰

2. Rebusques⁵¹, lucha y planes.

Así como algunos militantes ingresaron a la organización barrial desde un espacio exterior al barrio, otros que luego devienen miembros de los núcleos territoriales se incorporaron al mismo “desde el barrio”. Son aquellos que en la clasificación del discurso oficial de la organización se incluyen en la categoría “compañeros de los barrios”. La pregunta por desde dónde se ingresa a la organización no resulta ociosa si notamos que algunos interlocutores recuerdan que los comienzos de la misma estuvieron marcados por tres momentos: la convocatoria a los vecinos para crear un organización para conseguir “planes”, en una época donde conseguir trabajo era imposible para muchos pobladores del barrio y existía una alta probabilidad de obtener cupos a través de la acción directa y la negociación; el lapso de tiempo que transcurrió hasta que esos planes fueron obtenidos, en el cual realizaron algunas actividades para “rebuscárselas” mientras acudían a las marchas y piquetes que otros movimientos de más larga data⁵² realizaban en distintos puntos del sur del Gran Buenos Aires, de la ciudad de Buenos Aires y La Plata, para negociar cupos con los gobiernos provincial y

⁴⁹ Recolección de residuos que personas de muy bajos recursos realizan para reutilizar esos desechos o venderlos.

⁵⁰ Tarea que los beneficiarios de planes sociales (Plan jefes y jefas de hogar, Empleo comunitario, etc.) deben realizar en trabajos de tipo comunitario o en emprendimientos productivos comunitarios como parte de los requisitos para tener derecho al cobro del subsidio, por ejemplo, limpieza de calles y cunetas. Este Movimiento de Trabajadores Desocupados además de organizar las protestas frente a los organismos públicos encargados de implementar las políticas sociales, negociar con los funcionarios públicos y distribuir las asignaciones entre los miembros del movimiento, organiza los diferentes emprendimientos comunitarios (comedores, copa de leche, panadería, carpintería, huerta, gallinero, fábrica de conservas) en espacios barriales propios o cedidos (terrenos, locales, clubes y galpones) para que los beneficiarios puedan realizar la contraprestación. Al momento de realizar la investigación esta organización “manejaba” cerca de sesenta planes sociales, entre Planes Jefes y Jefas de Hogar, Planes de Empleo Comunitario y Planes Barrios Bonaerenses.

⁵¹ Se denomina así a cualquier actividad que se ejecuta para garantizarse la subsistencia y que no alcanza a tener la entidad de un trabajo formal o que no es considerado como tal por el propio autor de las actividades. Pero al mismo tiempo, decir que alguien “se la rebusca”, es un modo de connotar que esa persona actúa frente a sus problemas ensayando soluciones creativas.

⁵² Muchos autores coinciden en señalar que la primera organización piquetera del sur del conurbano bonaerense fue el MTR de Florencio Varela, liderado por Roberto Martino, al menos los organizadores de los movimientos de trabajadores desocupados denominados “autónomos” de la zona sur de Gran Buenos Aires reconocen a Martino y su movimiento como lugar de formación e inspiración. Para una versión desde la perspectiva de un militante ver Pacheco (2004), también Obregón (2003). Para un estudio sobre la influencia de formación en activistas de Movimientos de Trabajadores Desocupados en otras áreas cercanas a Florencio Varela ver Pinedo (2006).

nacional; y el momento en que esos planes “llegaron” y “empezar a trabajar con los planes” suponía organizar las contraprestaciones.⁵³

Sin embargo, no debemos entender linealmente la separación (y relación) entre promotores y vecinos, en la medida que en este caso dos vecinos que luego se transformarían en referentes de la organización en el barrio, fueron, a instancias de un promotor, los impulsores de la convocatoria. Si por un lado, esta secuencia evoca el tiempo extraordinario en el cual las diferentes organizaciones piqueteras buscaron expandir su influencia más allá de sus espacios barriales originales a través de las redes de contacto entre activistas, por otro, muestra como la vida política del barrio se relaciona con un proceso político más amplio desde su particularidad.

Esteban, referente barrial de este núcleo territorial de Villa Palmira, cuenta el origen:

“Habíamos conocido a la gente de otros movimientos (se refiere a los movimientos de trabajadores desocupados). Ellos nos contaron la movida y nosotros a partir de ahí comenzamos a hablar con los vecinos, de acá del barrio donde viví siempre. Yo conocía un par de gente, les comenté y un domingo hicimos una reunión. Era principio del 2002. Arrancamos sin planes, con el trueque. Entonces las chicas hacían comidas y nosotros nos turnábamos para ir a vender al trueque. Por semana juntábamos los bonos del trueque y los repartíamos entre quince o veinte, para comprar lo que necesitáramos. Empezamos en casa para aprovechar el gas natural, porque conseguir una garrafa era demasiado caro. Como teníamos onda con unos estudiantes de la Facultad y vendíamos las tartas y las empanadas en el buffet del centro de estudiantes. Después ya llegaron los planes que habíamos conseguido y empezamos a ver como organizábamos la contraprestación.”⁵⁴

La realización de esos “rebusques” en el seno del incipiente colectivo marca una continuidad con respecto a las lógicas de provisión propias del mundo popular en el marco de la desafiliación laboral (Merklen 2000), pero al mismo tiempo señala una inflexión, al insertar esa lógica en un espacio de sociabilidad colectivo. Los rebusques ocupan un lugar en el proceso de construcción de la organización y ubican el problema

⁵³ Recordemos que las organizaciones que aspiraban a gestionar la implementación local de los planes debían presentar proyectos comunitarios en los cuales el beneficiario realizaría la “contraprestación”. También es importante remarcar que a partir del 2002 los planes sociales se masifican, pasando de 200.000 planes trabajar distribuidos entre diferentes provincias en el año 1997 a 1.300.000 planes jefes y jefas de hogar en octubre del 2002. Fuente: Ministerio de Desarrollo Social de la Nación.

⁵⁴ Entrevista con Esteban, referente de un núcleo territorial del MTD de Villa Palmira 24/11/06.

de la desafiliación y la crisis social de los sectores populares en un modo específico de afrontar políticamente esa situación.

La presencia de la política en este espacio de sociabilidad adquiere dos derivaciones: por un lado, es política porque la presencia del Estado a través de sus políticas sociales en la fundación misma de la organización territorial se torna continua, marcando el propio devenir de la organización, por otro, porque el grupo promotor interpela esas políticas en virtud de su propio proyecto de acción inscribiéndolas en el barrio. Estos dos aspectos o términos de la relación estarán constantemente tensados en el registro de relaciones sociales de la organización.

Como muestra Virginia Manzano (2007: 293) para el caso de las dos grandes organizaciones piqueteras de La Matanza, la Corriente Clasista y Combativa (CCC) y la Federación de Tierra y Vivienda (FTV), los programas de empleo, al mismo tiempo que una respuesta del gobierno a la conflictividad social⁵⁵, se transformaron en un objeto de demanda dirigida al Estado. Pero, al mismo tiempo, esa demanda debió crearse como tal entre los pobladores de los barrios. Fueron los referentes y los dirigentes barriales quienes contribuyeron a crear la demanda entre los vecinos organizando reuniones, asambleas, levantando registro de los interesados, recolectando documentos para hacer las inscripciones en los formularios oficiales, invitando y trasladando a las personas a las áreas de protesta, activando de esa manera vínculos de amistad, vecindad y parentesco, que contribuyeron a cimentar la expectativa sobre los beneficios de las políticas y la posibilidad efectiva de obtenerlos a través de las incipientes organizaciones y su lucha. Como esos mismos organizadores perseguían como meta construir y consolidar organizaciones territoriales, se estableció un modo de interacción,

“... que fue pautando como norma prioritaria para el acceso a esos beneficios la participación en la lucha. (2007: 298)”

⁵⁵ Se podría agregar que el estado sigue estando presente además en la medida en que estipula la forma que pueden tener las demandas (al regular la idea de beneficiario, planes, política social)- en este sentido el estado participa en la nominación de “los problemas sociales”.

El éxito momentáneo que alcanzó la instalación de esa pauta de interacción y las reglas que se fueron asociando a medida que se sumaban funciones organizacionales, introdujeron complejidad a la comprensión de las circunstancias en las cuales las organizaciones piqueteras crecieron y aumentaron su presencia en el marco de la conflictividad social.

¿Cómo interpretar las múltiples interacciones que se generaron en torno a los programas de ocupación transitoria? y ¿cómo entender esas interacciones en los escenarios de disputa contruidos desde experiencias históricas en torno al problema de la desocupación?, se pregunta Manzano.

Las políticas activas de empleo, que definieron el problema como pobreza por desocupación, tuvieron un carácter coercitivo, impuesto desde arriba, con el objeto de “contener la conflictividad social”. Desde diversas tradiciones políticas, sindicales y sociales, se aceptó de manera subordinada la propuesta de los propios programas de ocupación transitoria. Estas políticas redefinieron y modelaron “el escenario de disputa” en torno a la desocupación, estrechando el rango de iniciativas y demandas posibles. Las políticas se transformaron en objeto y oportunidad de demanda, teniendo un papel activo en los procesos de movilización social.

La gestión de las políticas sociales, encaminada por las organizaciones piqueteras, reprodujeron los mecanismos básicos impuestos por las políticas, pero por otro lado, generaron procesos de apropiación de saberes técnicos y la captura de recursos que se aprovecharon para el crecimiento y la consolidación de las estructuras organizativas, multiplicando las actividades hacia otras áreas de la vida barrial como la alimentación, la acción comunitaria y los talleres de elaboración de productos.

Los aspirantes a los planes sociales y los militantes construyeron un compromiso. Como ha señalado Ligya Sigaud (2006) en un análisis comparativo entre las ocupaciones de tierras en Brasil y las acciones piqueteras del Gran Buenos Aires, el ingreso de las personas a una organización de desocupados constituye la entrada en

una entramado específico de relaciones sociales donde se establecen deudas y obligaciones mutuas que son significadas como “compromiso” con la organización.

“Al entrar en una organización y convertirse en posibles destinatarios de un plan, los individuos contraen obligaciones con el movimiento, entre ellas, la de hacer el don⁵⁶ de su persona, de su cuerpo, y de su presencia en las marchas y cortes. Este don continuado en el tiempo los tornará merecedores –a los ojos de los dirigentes y de ellos mismos- del beneficio esperado” (en Quirós, 2006 a: 14)

También Quirós (2006 b: 154) sugiere que:

“Anotarse con lo piqueteros implica, en efecto, ingresar a un sistema de relaciones y obligaciones recíprocas, y marchar es, en principio, la condición para obtener, en algún futuro más o menos incierto, derecho a un plan.”

Desde nuestro punto de vista, hay que distinguir la enunciación de esas normas y el modo como fueron efectivamente practicadas y significadas. Una de las tareas iniciales que Esteban y Germán señalan en las entrevistas fue la de comunicar “cómo se organizaba este movimiento con planes”. Tarea que consistía en describir a quienes estuvieran interesados en “obtener un plan a través del movimiento” cómo debían participar para ganarse el derecho. Las asambleas barriales constituían el espacio de interacciones en el cual era comunicado a los vecinos estos criterios, aunque estos también podían difundirse por el barrio por rumores y/o conversaciones informales.

“Cuando la gente se enteraba que teníamos planes las asambleas se llenaban. Ahí les decíamos que tenían que venir con nosotros al piquete, porque con el municipio no iban a conseguir nada. Y era cierto, no se conseguía nada, en cambio las organizaciones lograban que les bajarán un montón de planes para distribuir. Así, nosotros les decíamos, es en la lucha compañeros que se conquistan los planes.”⁵⁷

Así por ejemplo Ramiro, a la hora de narrar su ingreso al movimiento, enumera las marchas y los piquetes a los que asistió, los meses que esperó hasta recibir el plan, el momento que empezó a realizar su contraprestación en un comedor, los nervios que

⁵⁶ El concepto de don se utiliza en el lenguaje antropológico para hacer referencia a toda dádiva, ofrenda o donación, sin pretensión de compensación inmediata o explícita, que a su vez instituye una relación de “obligación” entre quien otorga ese don y quien los recibe. Hay que tener en cuenta que esa reciprocidad puede estar personalizada en un individuo o ser parte de lo que una entidad impersonal da, por ejemplo una determinada organización.

⁵⁷ Entrevista a Germán 29/06/06.

tuvo cuando pasaron dos meses sin saber si volvería a cobrar o no. También Cristina y Zulma, recuerdan como cargaban la canasta con las tortas fritas para comer el día que había piquete, los viajes en tren hasta “el puente”, los modos de arreglárselas y pedir prestado hasta cobrar el plan. Ramiro, Zulma y Cristina, insisten en el “compromiso de ellos” y todo el esfuerzo que les costó participar en las marchas.

Así como en el caso de los ocupantes de tierras improductivas esperan obtener a través de su participación un lote de tierra donde comenzar una vida mejor para ellos y su familia de la que tienen como trabajadores precarios de las periferias de algunas ciudades en el estado de Pernambuco, los participantes del MTD esperaban acceder a un plan social para mejorar, al menos un poco, sus ingresos. Los organizadores del movimiento se obligaron a establecer los contactos y realizar las gestiones con las organizaciones afines para conseguir los primeros recursos que permitieran dar vida a las organizaciones territoriales que buscaban fundar en un área urbana alejada del epicentro más fuerte de las acciones piqueteras. Según Manzano (2007) si ubicamos este proceso en perspectiva histórica observaremos como se construyó una trama política de la desocupación que antecedió la formación de las organizaciones de desocupados como actores colectivos.

“Desde mediados de la década del '90, la desocupación se fue definiendo como problema en un entramado relacional en el que se destacaron experiencias previas de ocupación de tierras, prácticas religiosas inscriptas en Comunidades Eclesiales de Base y estrategias sindicales. Las movilizaciones previas en torno a la desocupación apelaban a normas y costumbres generadas en modalidades previas de relación entre los grupos subalternos y el Estado (que) remitían a las formas de implementación, crecientes desde la década de los '80, de políticas de asistencia alimentaria destinadas a las familias con jefes de hogar desocupados o de bajos ingresos. (2007 b: 104)”

Siguiendo a Manzano los escenarios de disputa en los cuales se fue expresando la trama política de la desocupación fue resultado del cruce de la experiencia histórica de las clases subalternas, la movilización de nociones legitimadoras en torno al trabajo⁵⁸, el hambre y la desnutrición, y la fuerza de las políticas estatales y sus agentes

⁵⁸ También Retamozo (2009) ha señalado la importancia de la elaboración inter-subjetiva de sentidos en torno al trabajo o la falta de éste.

políticos y burocráticos que fueron cediendo a las acciones de ocupación del espacio público su carácter de procedimiento legítimo para demandar compromisos al Estado.

2. Criterios para organizarse.

La puesta en forma de ese proyecto de actuación se concreta con el establecimiento de un organigrama y cronograma de la vida organizacional. La relación entre tiempo, espacio e interacciones aparece muy pautada en las actividades y sustenta su designación como organización. La realización de las contraprestaciones, las reuniones semanales de las diferentes áreas en la que está constituido el movimiento y las asambleas semanales por núcleo territorial, más las reuniones semanales de todos los delegados de los barrios en la “asamblea del movimiento”, aparecen como los ejes en torno a los cuales se fue dando forma a la continuidad temporal del movimiento y su modo de comunicación específico entre los diferentes actores que lo conforman, anclando de ese modo los nudos relacionales que reunían en un mismo espacio de sociabilidad a promotores, compañeros de base y políticas sociales. Aclaremos que desde nuestra perspectiva las reglas de la organización intentan establecer un marco común y una serie de orientaciones de acción común asumiendo la constitución multi-actoral del movimiento. Esto último se pone de manifiesto porque, aunque en el lenguaje *émico* se afirme “que todos somos compañeros del movimiento”, la siguiente distinción como “los compañeros de los barrios”, designa una característica específica de uno de los actores en el seno del movimiento.

Cinco criterios eran utilizados para evaluar la participación de los integrantes del movimiento, y así solían ser comunicados por los promotores a los compañeros de base: participación en la lucha, participación en las asambleas, realización del trabajo de la contraprestación, aporte al fondo común de organización y asistencia a los talleres de formación. Como veremos en capítulos subsiguientes, cuando nos desplazamos desde las reglas formalmente enunciadas a las tácticas y estrategias por

las cuáles se intenta reconstituir el orden organizacional cotidianamente, observaremos que estas si bien están presentes, pueden ser adaptadas, olvidadas y/o trasgredidas según las situaciones prácticas en las cuales se encuentran involucrados los actores, del mismo modo que las cualidades formales de los actores “en el papel” resultan alteradas al relacionarse con las cualidades sociales de éstos en el espacio de sociabilidad barrial.

3. Cuatro significados asociados al “plan”.

Si bien los criterios de la organización dan una apariencia de homogeneidad, y muchas veces son presentados como las señas de identidad de este movimiento, la presencia palmaria de los planes de empleo (esta organización estaba formada por sesenta personas que cobraban planes a través del movimiento) y su centralidad como recursos de organización y como ingreso monetario, simultáneamente, no debe ocultar los distintos modos de significar esa presencia en la vida cotidiana. Analizando los registros de campo y las entrevistas hemos podido distinguir cuatro significados de los mismos, que ilustro a través de cuatro relatos de mis interlocutores.

a) Están dando planes.

“Le dije a mi señora, están dando planes, voy a ver que pasa. Hacía varios meses que Jorge estaba sin trabajo, y un amigo le avisó que podía conseguir un plan para él y su señora si iba a la asamblea y empezaba a participar del movimiento que recién comenzaba a organizarse. Unos pibes así y así, dicen que se puede conseguir, que había que ir a la casa de fulano, tal día, y que ahí se hablaría del tema, le describió un amigo del barrio. Por qué no ir, dice que pensó. Hasta quedarse sin empleo, Jorge trabajaba como repositor de mercaderías en un supermercado, hoy recuerda “las que pasó” con su familia cuando “no tenía un peso, ni siquiera los ciento cincuenta del plan”. Lo difícil que era enviar a sus hijos a la escuela sin poder comprarles útiles. Ahora, sostiene, trabajo en el movimiento y por lo menos tengo los ciento cincuenta. En la asamblea Jorge no dijo nada, se mantuvo en silencio para ver “como venía la cosa”. Al final de la reunión se anotó en lista de espera. Cada día que había marchas Jorge asistía a la parada de colectivo que habían convenido para partir con los otros a la ruta. Enumera todas las veces que marchó y los meses que pasaron hasta que finalmente los planes se consiguieron”.⁵⁹

⁵⁹ Entrevista con Jorge, cobra un plan en el MTD, 23/11/06.

b) Una palabra mágica.

Martín recuerda lo difícil que fue para los compañeros decidirse a militar en los barrios y salir a convocar a los vecinos. Probablemente, explica, eso no tenía nada que ver con lo que estaban acostumbrados, la militancia universitaria:

“Ni ahí imaginábamos en organizar un barrio. Eso para nosotros era asistencialismo... peor... clientelismo. Pero yo y otros compañeros habíamos conocido las organizaciones de desocupados y estábamos fascinados. Pensaba, eso es lo que tenemos que organizar acá. Ahí yo le pregunto a un compañero de otro movimiento cómo teníamos que hacer para que nos pasaran unos planes. Bueno, si ustedes vienen con nosotros al piquete después les pasamos algunos, me contestó. Todavía recuerdo las discusiones, si estaba bien o no que fuéramos al barrio a decirle a los vecinos como se tenían que organizar, si distribuir planes y mercadería era o no hacer asistencialismo. Finalmente dijimos, nosotros no repartimos planes, ofrecemos un puesto de lucha. Los planes y la mercadería se ganan en la lucha. Y luego vinieron las asambleas. ¿Y cómo le decíamos a la gente que tenía que ir al piquete? Uy! Que miedo teníamos... La cuestión es que cuando les dijimos hay una posibilidad de conseguir planes, fue como una palabra mágica... En seguida dijeron, bueno, todo bien... ¿Adónde hay que ir?”⁶⁰

c) Luchar por los planes.

“Fuimos a hablar con un par de gente de acá del barrio que conocíamos. Nosotros les dijimos, el municipio no está dando nada. Nosotros conocemos que se puede, para eso tenemos que ir a un piquete así y así... Luchando se consigue, porque si ustedes van al municipio los van a poner en una lista y después chau, nadie se acuerda. Acá ustedes van a luchar por su plan, pero también lo van hacer luchando por el plan de todos los demás. Entonces salimos de acá del barrio, nos juntamos como diez y nos fuimos a un corte que estaban haciendo unos de una organización que hacía tiempo que estaban del otro lado de la ciudad, esos ya habían conseguido planes, y sabían como hacer los cortes. Era impresionante, la gente ahí llevaba como una semana, sin agua, sin baño, sin nada. Uno que es hombre se la banca, pero imagina que había mujeres con pibes, no había baño, casi nada para comer, viviendo debajo de lonas de plástico, y ellas eran las que más *bancaban* el piquete. Era una locura eso, pero estaba bueno. La verdad era la gente la que luchaba, era increíble. Sí no me hubieran venido a buscar ese día quizá yo no me hubiera dado cuenta de lo que era.”⁶¹

d) Acá se trabaja, acá se consiguen cosas.

“Cuando llegaron los planes empezamos a ver que podíamos hacer. Dijimos, con los planes hay que trabajar. Entonces ahí salió lo de la huerta en mi casa. Después la copa de leche, el comedor, el taller de costura. Íbamos consiguiendo cada vez más cosas y era más quilombo. Salíamos a manguear cosas para hacer la recreación con los pibes, que al almacenero le pedíamos galletita, que a otro otra cosa que pudiera darnos. Pero eso era cada vez más trabajo, más conseguís más trabajo te lleva. Después vino lo de los pollos con un proyecto de

⁶⁰ Entrevista con Martín promotor del MTD, 19/05/06

⁶¹ Entrevista con Esteban, vecino del barrio y referente del MTD en Villa Palmira, 23/10/06.

nación y ya vas dejando otras cosas, porque te cansas. Y por ahí algunos se comprometen pero después se van, no pueden o están en otra cosa. Porque una cosa es tener el plan y otra hacer el trabajo que hay que hacer.”⁶²

4. Los múltiples (y combinados) significados de los planes.

Los dos primeros relatos expresan el extrañamiento de sus narradores frente a una nueva situación, “unos pibes”, “voy a ver que pasa”, “que miedo teníamos”, “no sabíamos que hacer”. En ambos relatos aparece un objeto común que los conecta, el plan. Como se puede deducir, “el plan” es utilizado como un signo general para designar una serie de cosas que se reciben a través de las políticas sociales, fundamentalmente aquello que habilita a obtener un ingreso monetario como beneficiarios de las mismas. Pero “los planes”, también son, para Martín, una herramienta de organización. Y con el transcurso del tiempo, una vez que, luego de un tiempo de espera, Jorge pueda acceder a un plan, para él será “trabajar con los planes”. Los planes podrían ser un instrumento de asistencialismo, pero como “se consiguen en la lucha” se convierten en una herramienta de organización política.

Estos cuatro sentidos del plan, como algo que se obtiene de alguien que da, como plataforma para construir una organización político-territorial, como algo que se conquista luego de una lucha y como algo a cambio del cual se realiza un trabajo, conforman un complejo de significados en el seno de esta figuración social en la cual quienes participan de la organización se hayan involucrados. De ningún modo quiero decir que todos los que participan en la organización compartan cada uno de los sentidos que describo más arriba. Por el contrario, los cuatro sentidos señalados surgen de un análisis de las entrevistas y registros de campo, enunciados en diferentes situaciones por diferentes personas en el marco de la investigación sobre este MTD. Como es evidente, recibir algo que se da puede aparecer en una lectura a priori en contradicción con conseguir algo por lo que se lucha; recibir y luchar parecen contradictorios, sin embargo, no todos los actores lo perciben como tal: aunque para algunos la diferencia entre dádiva y conquista parece infranqueable, para otros tal

⁶² Entrevista con Zulema, vecina del barrio y referente de un núcleo territorial del MTD en Villa Palmira, 24/10/06.

diferencia no resulta sustancial. Es este juego de ambigüedades lo que vuelve los significados de los planes, de su obtención y de su uso, un punto nodal donde los agentes se ven obligados a precisar definiciones a cada momento.

Es probable que estas respuestas estuvieran condicionadas por una serie de presiones sociales que se han ejercido sobre las organizaciones, tanto desde los medios de comunicación, donde las categorías de clientelismo y asistencialismo se utilizaron para apostrofar a los piqueteros, como las acusaciones de haraganería que podían esgrimirse desde el más llano sentido común, la censura ejercida por otros compañeros del “campo popular” o la propia autocensura de los dirigentes, que vivían la lucha reivindicativa por los planes como una tensión con las orientaciones políticas que buscaban imprimir a los movimientos.⁶³

5. La organización como espacio laboral.

La realización de las cuatro horas diarias de contraprestación también se volvió un criterio de compromiso de los participantes del movimiento. Recordemos que entre los requisitos de los planes estaba prescrito el cumplimiento de cuatro horas de trabajo comunitario. La gestión de las políticas sociales llevó al movimiento a constituirse como asociación civil, requisito para ingresar en los padrones del ministerio que la designaban como organización apta para ser parte de la implementación de las políticas sociales, como agente del tercer sector. La efectiva gestión de las políticas tendió a combinar la reproducción de los mecanismos inscriptos en las políticas, selección focalizada de los receptores, realización de propuestas y proyectos de contraprestación. En el año 2006 el MTD de Villa Palmira contaba entre sus emprendimientos dos comedores, una carpintería, dos huertas, una biblioteca, dos merenderos, un gallinero y una panadería.

⁶³ Ferraudi Curto (2006: 38), en un estudio etnográfico de un movimiento piquetero de Florencio Varela, encuentra que “los planes son percibidos, en el discurso de los dirigentes, como soporte de la acumulación política y como una de las mayores amenazas (a la trascendencia política) para el movimiento.” Por su parte, Denis Merklen (2005) sostiene que el dirigente social experimenta una situación de tensión entre el reclamo de los derechos y la aceptación de los recursos asistenciales para resolver las necesidades urgentes del barrio y la organización.

En un contexto de depresión de las fuentes tradicionales de empleo y con ello de los espacios laborales generalmente construidos de manera paralela y específica a los espacios de residencia en torno al modelo fabril como ámbito del trabajo y la explotación separado, el barrio y las organizaciones político-territoriales por donde circulan los planes y los aspirantes a esos planes, es apropiado como un espacio laboral. Por otra parte, determinadas tareas domésticas tradicionalmente no remuneradas como por ejemplo la preparación de los alimentos, con el surgimiento de los comedores y al volverse remuneradas, son significadas como trabajo. En este marco, muchas casas familiares se vuelven para otros integrantes de la organización en un lugar donde se va a trabajar. Estas condiciones sociales de los sectores populares introducen (re)configuraciones funcionales de los espacios en los cuales transcurre la vida cotidiana. La incidencia de las políticas estatales no es menor en esta reorganización de los espacios de residencia y trabajo de los sectores populares. Estos cambios aparecen reflejados cuando para la efectividad política de una organización territorial la posibilidad de constituirse en espacio laboral y organizar el trabajo resulta un requisito sine qua non. Un estudio de caso como este no nos permite calibrar la envergadura de este proceso, pero puede darnos algunos indicios desde los cuales partir.

Ramiro, un interlocutor que irá cobrando protagonismo a lo largo de esta tesis, estableció una fórmula esclarecedora cuando le pregunté si había tenido alguna experiencia política anterior a su participación en el MTD: “Yo siempre trabajé en política desde lo social”, contestó sin rodeo, “antes con el intendente, ahora en el movimiento, pero siempre tirando para el barrio, para la sociedad”. Las equivalencias de Ramiro pueden estar mucho más generalizadas de lo que se supone. Estar en política como se está en un trabajo, realizar “tareas sociales” que son también políticas, y hacer del barrio un sinónimo de la sociedad, pueden ser indicios de lo que algunos actores, no estrictamente profesionales de la política pero tampoco, parafraseando a Weber, políticos ocasionales, consideran como su actividad laboral.

Con esto último me refiero a una actividad que requiere de ciertas capacidades cristalizadas en el oficio, cierto tiempo invertido, un conjunto de reglas que establecen una ética del saber hacer y la expectativa de una remuneración.

Otro registro de campo introduce una figura distinta a la del que “trabaja en política desde lo social”. Un día Esteban me comentó preocupado que algunos compañeros estaban ausentándose de sus puestos de trabajo en uno de los emprendimientos del movimiento. Por la tarde acompañé a Esteban a realizar una visita a la casa de dos hermanos que habían dejado de ir por las mañanas a alimentar a los pollos que el movimiento tenía en un criadero. Fernando, el hermano mayor, dio explicaciones a Esteban en mi presencia: “No voy más. Conseguí una changa de pintura, me pagan treinta por día”. Esteban intentó persuadirlo de no abandonar el emprendimiento, podría poner en riesgo el cobro de su plan (ya que dejaría de dar la contraprestación), y se arriesgaba a un trabajo que no sabía cuanto duraría y si efectivamente le pagarían. Esteban lo aconsejó: “En el movimiento, si te quedas, ante la necesidad podemos darte una mano entre todos. Por ahí, si estás cansado buscate un reemplazante en lo de los pollos y pasa a algo que te guste más”. Fernando contestó lacónicamente: “Los ciento cincuenta por mes que me dan en el movimiento no le alcanzan a nadie, treinta por día es mejor. Pero igual me lo voy a pensar”.

Fernando parecía estar buscando una remuneración un poco mejor y por eso cambiaba de trabajo. Pero Esteban lo evaluó de un modo diferente. Fernando abandonaba el emprendimiento porque no había sido capaz durante el año de garantizar el autofinanciamiento una vez que el dinero dado por el gobierno (sic) se había agotado. Esteban no se lo dijo a Fernando, pero me lo dijo a mí cuando abandonamos la casa. Fernando era evaluado ahora como un micro-empresario incompetente. “Con los proyectos productivos es así, porque vos laburás, y hacés el trabajo como querés, sin que un patrón te hinche las bolas⁶⁴. Pero el gobierno te da un poco de guita⁶⁵, pero vos después tenés que arreglártelas, si no sabés guardar para

⁶⁴ Molestar insistentemente.

⁶⁵ Dinero.

después te jodés”, me explicó con pesadumbre Esteban. Para él la elección que hacía Fernando estaba claramente delimitada, o se metía en un trabajo que no sabía si le pagarían alguna vez o asumía el riesgo de transformarse en un trabajador sin patrón, donde el secreto era “saber guardar”, lo que en jerga económica se dice ahorrar para invertir. Pero Esteban omitió que Fernando se había referido al plan como una remuneración que le daba el movimiento. Fernando trabajaba con planes, y para él, el movimiento era como un empleador que se podía abandonar por otro si aparecía la oportunidad, real o imaginada, de una mejor remuneración.

Hay una tercera figura que puede introducirse con el propio rol de Esteban. “No, él no trabaja, se la pasa dando vueltas por ahí”, me contestó Julián cuando le pregunté si Esteban también hacía su contraprestación en la carpintería. Y la definición de Julián que me resultó al principio una crítica velada a Esteban, sin dejar de serlo, era bastante adecuada. Una frase del mismo Esteban completaba esa idea: “Sí, me la paso yendo de acá para allá consiguiendo cosas”. Esteban, a pesar de que Julián dijera que nunca había trabajado, si sabía lo que era el trabajo en una planta fabril bajo el dominio de un capataz. Sus años de marinero en un barco factoría clasificando la pesca lo había acercado en edad temprana a los sufrimientos de la explotación laboral y la incertidumbre de la precariedad en las relaciones de trabajo. “Un barco se hundió, y la gente no recibió nada, habían perdido todo” -me relató para explicar porque había decidido “bajar” del barco y volver al barrio- “ahora soy piquetero, laburo acá en el movimiento”.

¿Cuál era el trabajo de Esteban, que para el carpintero Julián no lo era? Conseguir cosas. Y en eso Esteban era muy competente, dedicando buena parte del día a la tarea. Acompañar a Esteban en uno de sus días cotidianos suponía comenzar a las diez de la mañana en una oficina municipal haciendo alguna gestión para obtener chapas y clavos para el galpón del MTD, pasar al mediodía por lo de un vecino para pedirle una colaboración para el movimiento o el local de de un comerciante para

“manguearle”⁶⁶ galletitas para una recreación para los chicos del barrio, seguir hasta la casa de algún compañero para proponerle participar en un emprendimiento, y seguir hasta la tarde buscando en el barrio un lugar que se pudiera ocupar y arreglar para un taller del MTD, o en ocasiones ir a las marchas de La Plata o Capital. Esteban trabajaba de eso, “de conseguir cosas”, y hasta el mismo Julián tuvo que conceder que eso servía para el movimiento, pero “no es trabajo, es política”, insistió, manteniéndose en sus sietes.

6. ¿Política o trabajo, o ambos a la vez?

Ramiro también tenía sus propias explicaciones para las relaciones entre política y trabajo. “Hay algunos que vienen a trabajar, hacen la tarea como corresponde, pero de política ni hablemos, nos les interesa”, me aclaró mientras deshuesaba un pollo en la cocina del Club barrial “Todos los Honores”, donde el MTD tenía uno de sus comedores. Ramiro se había propuesto dejarme las cosas en claro, contarme “lo que pasa en la realidad”, ser honesto frente a “los estudiantes de la universidad que vienen y no entienden como es la cosa acá”. “Es así, es la verdad, a ellos la política no les interesa, vienen por la necesidad, así que si vos pensás dar un taller de formación no creas que van venir todos, a la gente no le interesa, y por respeto no viene. Comprometidos, comprometidos, que se dice, somos tres o cuatro, el resto viene por el plan”, insistió Ramiro. Para Ramiro yo era un estudiante más de la universidad a los que “le cuesta entender”, y que vienen al barrio “queriendo hacer talleres de formación”. En su relato Ramiro se autorizaba a establecer sus propias clasificaciones e implícitamente me exigía que las registrara, “vos tenés que darte cuenta”, instaba. Claramente, Ramiro buscaba ubicarse en otro lugar, distinto a los estudiantes de la universidad que no entienden, pero también a distancia de los que “sólo cobran el plan y se van”. Si bien para Ramiro, como para otros⁶⁷, la necesidad es

⁶⁶ Pedir la donación de un bien con destreza e inteligencia sin dar nada a cambio.

⁶⁷ Como vimos en el capítulo II para algunos investigadores de las organizaciones piqueteras la necesidad aparece como la “causa motora” de la participación de las familias pobres, mientras que el compromiso ideológico lo es en los activistas, más adelante abordaremos críticamente esta posición.

la causa de que las familias vengan al MTD, sin embargo no está dispuesto a explicar su participación en función de la necesidad.

Ramiro se presentaba como un militante social, donde trabajar y hacer política se dan a un mismo tiempo. Cuando Ramiro buscó establecer una diferencia entre él y los que van sólo por el plan, recurrió a la inversión de tiempo en “las cosas que tenían que ver con el movimiento”. Ir a las marchas, asistir a las reuniones, gestionar alguna cosa en el municipio. Todo eso le llevaba mucho tiempo, incomparable con los ciento cincuenta que conseguía por el plan. El exigía a sus compañeros del comedor que midieran los esfuerzos de cada uno por el tiempo que le dedicaban a la organización, porque ese tiempo dedicado era la condición para que el barrio mejorara su posición relativa en el movimiento. Porque dedicaba todo ese tiempo, tenía ganado, según su perspectiva, el respeto de los compañeros del barrio. Por ello, al quedar atrapado en una serie de acusaciones internas, se autorizó a decir que lo único que le importaba era que el barrio lo apoye, “lo demás, lo tenía sin cuidado”. Con lo demás, se refería a las decisiones que pudieran adoptarse, como el mismo dijo: “A nivel del movimiento”. Ramiro no era el único que figuraba su compromiso por el tiempo invertido en la organización. También Esteban y Fernando, recurrieron en su momento, a la exigua equivalencia entre los ciento cincuenta y el tiempo empleado.

Evaluar un “compromiso” desde el punto de vista sociológico es sin duda una tarea incierta, lo que queremos es mostrar dentro de lo posible, una relación entre el valor “compromiso” y la heterogénea definición de las labores en el movimiento. Los compromisos con la organización, aparecían entonces más atados por la dedicación al trabajo en sus diversas definiciones y a las evaluaciones morales sobre lo que se considera una labor bien o mal hecha, bien o mal retribuida, bien o mal reconocida, que por la adopción de una plataforma ideológica. Es decir: tanto tiempo invertido en la vida de la organización está en relación a “lo que me corresponde”, a “lo que me he ganado”, a “lo que merezco”, y eso se refería no sólo al usufructo de bienes sino además, al respeto.

CAPÍTULO IV

EL BARRIO Y EL MOVIMIENTO: PROMOTORES Y COMPAÑEROS DE LOS BARRIOS EN UN NÚCLEO TERRITORIAL.

"Descubrir los hilos delicados de las relaciones mínimas entre los hombres, en cuya repetición continua se fundan aquellos organismos que se han hecho objetivos y que ofrecen una historia propiamente dicha." (Simmel, Sociología)

¿Cómo interactúan promotores y compañeros de los barrios en un núcleo territorial específico? ¿Qué tipo de tensiones pueden estar presentes en esta forma social una vez instalada entre sus participantes? ¿Son los criterios de organización normas que igualan los derechos y las obligaciones de sus miembros o su uso e interpretación sirve para deslindar posiciones dentro del dispositivo organizacional MTD?

En este capítulo profundizaremos la exploración siguiendo los procesos cotidianos de construcción de la vida asociativa en los núcleos territoriales. Con esta estrategia de investigación deseamos pasar de una mirada sobre las reglas ("los criterios de la organización y los principios de construcción política") a una mirada sobre las tácticas⁶⁸ mediante las cuales los actores reconstituyen cada día la trama de sus relaciones en el seno de la organización. Intentaremos mostrar que en la vida práctica las pautas de la organización deben ser constantemente negociadas, así

⁶⁸ La noción de "táctica" decertiana preserva para las prácticas sociales un margen que permite reconocer conceptualmente las operaciones de los practicantes y las combinaciones operativas que también conforman un entramado de relaciones. Sin embargo, resulta necesario prevenir que el concepto de táctica de de Certau se define por relación de contraposición al concepto de estrategia. La estrategia es un "cálculo de relaciones de fuerzas (que) postula un lugar susceptible de circunscribirse como un lugar propio que pueda servir de base al manejo de sus relaciones con una exterioridad distinta." (De Certau, 1996: L, de la numeración romana); ejemplos de ella son la racionalidad económica, política o científica. La táctica es "un cálculo que no cuenta con un lugar propio, ni por tanto con una frontera que distinga al otro como totalidad (...) no tiene más que el lugar que es del otro" (misma página). Es una "manera de hacer" y no una "racionalidad alterna". Así como el cronograma de la estrategia organiza en segmentos el tiempo social en función de los trayectos entre distintos dispositivos de poder, el diagrama lo hace con el lugar en función de esos mismos dispositivos, sean estos constitutivos de un orden social general, sea clasificando las cosas en sus funciones legítimas. En el marco de esa estructuración dominante de la duración y de la coexistencia serial entre objetos fijos que conforman un lugar, los practicantes cuentan con la ocasión y la movilidad para sustraerse a los principios de ordenación y legitimación del tiempo y el espacio y realizar sus propias operaciones simbólicas. Pero la subversión (es decir lecturas alternativas de un texto) no supone transformación general del sistema de signos que forman un texto cultural, ni puros desvíos librados a la propia determinación de las prácticas, ni la formación de matrices culturales otras. Las tácticas no capitalizan sus ganancias, sino que gozan con el momento, en ese sentido, son operaciones que se hacen en un campo ajeno. Su carencia de lugar las hace depender del momento en el cuál pueden dar de bolea con la ocasión transformándola en oportunidad. Pueden considerarse momentos de diversión, sustracción o inversión, "maneras de hacer" dentro de una matriz social, pero no el vértice de una matriz social alterna. La ganancia interpretativa de la noción de táctica proviene de su capacidad de captar el movimiento positivo de los que por no proclamarse la condición pública de "rebeldes", pueden ser presentados desde una visión legitimista como personas sujetadas de modo pasivo a las reglas sociales. Diríamos con De Certau que esas tramas sociales son producidas por los propios actores al ser practicadas, y que para dar cuenta de la particularidad de esas prácticas es necesario mantenerlas analíticamente separadas de las lógicas meta-discursivas que se recrean en el marco de los discursos legítimos de la organización.

como, a través de esas negociaciones los promotores y los compañeros de los barrios marcan las relaciones sociales que están permitidas y aquellas que se consideran vedadas.

Como hemos visto, según sus voces autorizadas este movimiento se organiza a partir de criterios establecidos y comunicados por los activistas a los aspirantes a planes sociales. Al mismo tiempo, en su discurso oficial, la organización establece una distinción entre los *promotores* (militantes) que organizan núcleos territoriales y los *compañeros de los barrios* (personas que aspirando a un plan social se involucran en la organización desde esos núcleos territoriales). Sin embargo, en la práctica operan ciertos “desequilibrios” que desbaratan esa clasificación dicotómica entre promotores y compañeros del barrio, al aparecer actores que pudiendo ser formalmente nominados como bases sociales construyen reputaciones personales y legitimidades a través del despliegue de sus competencias de gestión en esos núcleos territoriales. Este desequilibrio genera un desfase en los criterios y en las categorías a las que se acude para legitimar las formas de representación dentro del movimiento, construidas inicialmente por los promotores, pero alteradas por la aparición de este tercer actor.

Algunos participantes se muestran asociados a sus propias redes de sociabilidad y concentrados en concretar sus intereses específicos en el seno del movimiento. Estos juegos sociales operan en la dinámica del movimiento. Así, los términos el movimiento y el barrio, además de designar un objeto organizacional y un espacio de convivencia residencial, operan como categorías utilizadas en un lenguaje de connotaciones políticas para distinguir, delimitar, y en ocasiones, devaluar la legitimidad de las diversas formas de representación que van emergiendo fruto de las interacciones que los diferentes actores establecen dentro y fuera de la organización.

1. Los criterios entran en crisis.

La antropóloga brasileña Lygia Sigaud ha dirigido fuertes críticas contra los investigadores de los movimientos sociales:

"Los estudiosos sobre movimientos sociales -entre ellos, el movimiento piquetero-, no suelen preguntarse por las motivaciones de aquellos que participan en esas organizaciones, ni tampoco por el significado que dan esas personas a su participación. Todo transcurre como si la "masa" -así es como se concibe a los participantes- compartiese el sentido atribuido por los dirigentes. De esta forma, los estudiosos pierden la oportunidad de identificar aquello que, sin figurar en el ideario de los movimientos, contribuye de forma decisiva a tornarlos posibles" (2006: 13).

Inicié mi trabajo de campo buscando profundizar en los motivos por los cuales algunos vecinos del barrio Villa Palmira se involucraban en el núcleo territorial del MTD convirtiéndose paulatinamente en referentes de esos espacios. Una vez más o menos escudriñado el horizonte de mis informantes potenciales, me decidí a tirar del hilo con una primera cita de entrevista. La persona que me recibiría se llamaba Ramiro y era el referente de un comedor comunitario que este movimiento tenía en un club barrial. De allí mi interés, ya que según mi opinión, Ramiro podría abrir el sentido que para él tenían los criterios y los principios a partir de los cuales se organizaban en dicho movimiento.

Finalmente me encontré con Ramiro, y luego de una presentación cordial, engastada en un amable protocolo, iniciamos la entrevista. Ramiro esperó pacientemente que extrajera el grabador de mi bolso. Lo dispuse sobre la mesa, apreté el botón de inicio, y pregunté lisa y llanamente cuáles eran los criterios con los que se organizaba el movimiento. A continuación, Ramiro empezó a desgranar la normativa. Me explicó cuales eran los cinco criterios y como evaluaba el estado de cumplimiento de cada uno de ellos. Ramiro se mostraba muy compenetrado con la charla, y utilizaba los criterios para evaluar el desempeño de los participantes de su núcleo territorial del cual parecía sentirse el principal responsable.

En menos de media hora, Ramiro describió los criterios para distribuir las tareas, el acceso y la permanencia dentro del movimiento, cómo se concretaban cada uno y en cuales les faltaba mejorar. Así estaban las cosas, hasta que Ramiro tuvo la

peregrina idea de desovillar un rosario de imprecaciones contra el movimiento. Comenzó a hablar de la organización en términos muy distintos a las cautelosas palabras que había utilizado mientras grababa. Al parecer había quedado vinculado a una disputa con otros miembros del movimiento.

Las quejas de Ramiro abrían una puerta al sentido de su participación y parecían ubicarse más acá de las reglas de membresía que se explicitaban a cada momento como *los criterios*. Ramiro parecía estar buscando su propia auto-clasificación en el interior del campo de posiciones diferenciadas del movimiento más allá de su posición oficial como “compañero del barrio”. Finalmente, las palabras *off de record* de Ramiro ensancharon lentas y tozudas el escueto territorio de mis notas de campo. En cada visita que realizaba al barrio, encontraba una y otra vez expresiones preocupadas que hacían referencia aquel conflicto que me había contado, medias palabras, expresiones de disgusto, excusas, justificaciones, fueron y vinieron durante tres meses. Cada vez más interesado por el sentido que las personas le atribuían en sus conversaciones a ese conflicto, dejé de realizar entrevistas grabadas y sólo comencé a consignar notas periódicas una vez terminada la jornada. Las conversaciones ocasionales que entablaba en la esquina, en algún local de la organización, los comentarios por lo bajo que alcanzaba a escuchar de los allegados de Ramiro, las discusiones en las asambleas a las que asistía, fueron poco a poco, multiplicándose en notas. Había pasado de preocuparme por las normas explícitas que según mis presupuestos teóricos definían a la organización, a colocar la mirada sobre los imponderables de la vida real, que entre los criterios situaban los conflictos de su vida asociada y el sentido de su pertenencia y posición en el movimiento.⁶⁹

2. Ramiro muestra su disconformidad con el movimiento.

⁶⁹ "Ciertos exponentes del trabajo científico [...] nos proporcionan un excelente esqueleto, por así decirlo, de la estructura tribal, pero carecen por completo de vida. Aprendemos mucho de la estructura de la sociedad, pero no podemos percibir ni imaginar las realidades de la vida humana, el flujo rutinario de la vida diaria, las ocasionales oleadas de agitación ante [...] cualquier suceso inesperado. A la hora de determinar los preceptos y normas de las costumbres y reducirlos a una fórmula precisa [...] nos encontramos con que esta gran precisión es extraña a la vida real, que nunca se ajusta rigidamente a ninguna norma." (Malinowski 2001 [1922]: 65).

Según me había contado Ramiro frente al grabador, y muchos lo repetirían amenazados por el aparato bajo circunstancias semejantes, los criterios de distribución de obligaciones y derechos estaban claramente definidos por el movimiento y habían sido informados a sus miembros.

Las reglas se dividían en dos tipos. Las primeras evaluaban el grado de compromiso de la persona definido por: su asistencia a las marchas, piquetes, asambleas, y otros eventos de manifestación y protesta organizadas por el movimiento o a los cuales adhería. Por medio de esa participación la persona se ganaba el derecho a acceder a un plan obtenido a través de la organización. Una vez conseguido ese acceso, las obligaciones de participar no cesaban, sino que se agregaban otras: el trabajo diario de cuatro horas en alguna actividad del movimiento en el cual la persona tenía asignada las tareas de contraprestación, que podían ir desde cocinar o servir la comida en un centro comunitario hasta cuidar y alimentar los pollos doble pechuga en un criadero que el movimiento mantenía en un predio cedido por una institución de la zona. Las segundas, no se dirigían directamente al trabajo y a la participación, sino a la aportación y la solidaridad con el grupo, expresadas a través de una contribución de cuatro pesos a un fondo común de organización y las muestras de solidaridad con los barrios que recién estaban empezando a organizarse, apoyando el emprendimiento o colaborando en las tareas de construcción de las instalaciones para un productivo. Por último, estaba la asistencia y participación a las denominadas actividades de formación.

La palabra productivo parecía situarse en un lugar central para muchos de los miembros de la organización. Este término era utilizado por la mayoría de sus integrantes para aludir a los micro-emprendimientos que en muchos de los casos podían estar subsidiados mediante algunos recursos proveídos por el Estado Nacional en el marco del programa social Manos a la Obra, aunque había otros que se mantenían a “pulmón”, por el propio esfuerzo de sus integrantes. El Programa Manos a la Obra asistía a los emprendedores con dinero, en su mayor parte destinado a

adquirir herramientas de trabajo y algunas materias primas al inicio del proceso productivo. A cambio, los interesados debían presentar los formularios donde se informaba el objetivo, las características y la inversión necesaria para desarrollar el emprendimiento, además de contar con las instalaciones adecuadas y con los requisitos necesarios para transformarse en beneficiarios, no tener empleo y no ser beneficiario de otra cosa que no fuera el subsidio de 150 pesos obtenido a través de un plan social. Estos emprendimientos podían ser desde una panadería o carpintería a un taller de costura, un gallinero o una pequeña fábrica de envasados y conservas. Todo el procedimiento quedaba bajo la inspección de funcionarios municipales que se encargaban de asegurarse que los demandantes del subsidio cumplieran con los requisitos.

Dada la complejidad de los procedimientos y requisitos técnicos para adquirir dichos recursos, su gestión pasaba por las manos de algunos miembros de la organización, generando hacia su interior la formación de una especie de cuerpo administrativo especializado en la gestión ante las autoridades públicas y en la intermediación entre los participantes elegidos dentro del propio movimiento. En estos casos, las acciones colectivas de protesta tendían a realizarse frente a los edificios públicos donde trabajaban los funcionarios a cargo del programa para “destrabar” los otorgamientos de recursos y las habilitaciones para acceder a los mismos. Esta situación había dado lugar a la creación de dos áreas específicas dentro de la organización, una de ellas dedicada a la administración de los formularios, listados y presentaciones ante los diferentes organismos públicos, y otra, dedicada a la evaluación de la marcha de los proyectos productivos y a la formulación de nuevos proyectos. Esas áreas, que requieren una alta competencia técnica, eran ocupadas en parte, por promotores que no eran del barrio, y en la mayoría de los casos, tampoco “beneficiarios”. Probablemente este tipo de funcionamiento por medio de diferenciación de tareas determinadas finalmente por competencias técnicas adquiridas, creaba una instancia de intermediación hacia el interior mismo de la

organización, reforzando la distinción entre beneficiarios de un “plan” o un “productivo”, traducido como “compañero del barrio” en el lenguaje de los activistas, y “los promotores del movimiento”.

Por otra parte, la palabra “productivo” se diferenciaba de la palabra “plan”: mientras que la segunda hace referencia a los 150 pesos que se obtienen como cobro de ese subsidio⁷⁰, el primer término hace referencia a la posibilidad de complementar el ingreso, en tanto los productos que resultaran del emprendimiento se pudieran comercializar. En relación a ello, en el momento de la realización del trabajo de campo, esta distinción parecía muy significativa para los “potenciales beneficiarios”, así como para la programática misma que se proponían los promotores.

Debido a esta centralidad los “productivos” se volvieron una fuente de acuerdos y desacuerdos. No era raro que algunas personas, sobre todo los hombres, se ausentaran de las actividades del movimiento por estar ocupados en “changas” que habían conseguido fuera del barrio. Ciertamente la calidad de este empleo era muy precaria e informal. Sin embargo, con el tiempo, su ausencia se hacía sentir. Probablemente, el hincapié que los promotores hacían sobre los proyectos productivos estuviera vinculado a contener la emigración de estas personas al mercado laboral informal, ya que por medio de ellos, suponían, se podría aumentar los ingresos de sus miembros y estos no se verían en la necesidad de “buscar trabajo en otro lado”. El cambio de condiciones en el mercado laboral desencadenaba un nuevo juego de ausencias y presencias.

La queja que Ramiro relató aquella tarde tenía que ver con la asignación de uno de esos “productivos”. Según su percepción, “los del movimiento” se habían equivocado al cambiar la locación de un “productivo”. Para Ramiro la situación era dolorosa e inadmisibles, no sólo porque había invertido mucho esfuerzo en intentar conseguirlo para su barrio y ubicarlo bajo su intermediación, sino porque en una

⁷⁰ Estos programas de empleo fueron concebidos bajo un modelo de intervención social cuyas características centrales son la focalización y la descentralización. La primera implica un nivel creciente de selectividad de la población a la cual se dirigen las intervenciones públicas, justificado por la necesidad de eficacia y eficiencia del gasto público. La segunda consiste en la transferencia de la responsabilidad de la gestión y la ejecución de las políticas sociales hacia los niveles provinciales, municipales y las organizaciones no gubernamentales.

asamblea se había decidido “dárselo” a otro barrio cuyos referentes “habían sido una familia amiga” que él mismo había hecho ingresar al movimiento. En este conflicto, Ramiro ubicaba en un juego de altercados a tres actores claramente diferenciados, él y su familia, “los del movimiento” y la otra familia. La queja amarga de Ramiro comenzaba, justamente, por los criterios:

“Acá cumplimos con esos criterios, acá teníamos gente para meter, una persona que podía entrar, que estaba para entrar, y preferimos dejárselo a los de otro barrio porque estaba muy flojo. Lo hicimos para apoyarlos... pero después, ellos no se acuerdan de que vos haces eso para apoyar al movimiento... Romina me dice que yo hago diferencia entre nosotros y ellos, pero yo le digo ¡No!, son ustedes los que diferencian entre ellos (se señala con el dedo) y nosotros. Todo el mundo sabe, que yo cuándo empecé iba a todas las marchas, me pagaba yo mismo el boleto, y aguanté como seis meses hasta cobrar. Y ahora porque uno es amigo del que está en administración (área del movimiento que se encarga de gestionar planes y productivos) se lo contempla aunque no haga nada para el movimiento. Yo eso no... en este barrio se respetan los criterios.” En la perspectiva de Ramiro “todo se había complicado” cuando “ellos” habían decidido cambiar la locación del “proyecto productivo” en el que habían estado trabajando con su mujer. Al parecer, habían ofrecido instalarlo en su casa, y “los del movimiento” dijeron que en una casa particular no podía estar, tenía que ser un lugar comunitario. Entonces empezaron a buscar un lugar comunitario; pero, entretanto, él se peleó con Ernesto y su mujer, “que estaba en administrativo y había bajado a alguien del plan sin el consentimiento de la asamblea”. “Supuestamente habíamos charlado de bajarlo, pero no se había decidido en la asamblea, y supuestamente él y su mujer eran allegados míos, habían entrado por mí al movimiento, pero yo me peleé porque él me dice: lo di de baja a tal y puse a mí papá, y yo me puse loco, le digo, vos no podes hacer eso. ¿Quién te crees que sos? Eso se decide en asamblea. Entonces mi mujer y yo decidimos bajarnos del proyecto. Yo le dije a ellas (Romina y Mariana): me bajo de la panadería porque ellos no se van bajar. Pero ellas en vez de decirme no, vos quedate porque fuiste el primero en lo del “productivo” y que ellos esperen a que salga otro proyecto porque son más nuevos. En la asamblea Romina propone que se haga al lado de la casa de Ernesto. ¡En la casa! ¡Cuando a mí me habían dicho que en mi casa no se podía! Y yo les dije: ustedes no están respetando ningún criterio, así que yo no vengo más a hablar... Porque un día este pibe que está armando la panadería al lado de la casa, abre una puerta al costado y les dice: ¡rajen de acá que esto es mío y ustedes se tienen que callar la boca e irse! Entonces “ellas” ahí me dicen que yo hago competencia, que diferencio entre nosotros y ellos, y yo le digo: ¡No! Fíjate bien, porque son ustedes los que hacen diferencia. Y además ahora me quieren dar una sanción, ya no voy a ir más a las reuniones. Pero yo no voy a venir acá al barrio a decir que me sancionaron, van a tener que venir ellos a decirles a los compañeros y ahí van a ver que los compañeros me respaldan, porque a mí que me importa lo que piensen los demás, a mí me interesa que me apoyen los del barrio, porque son ellos los que saben que yo hago las cosas como corresponde. Si a mí el barrio me respalda yo puedo ir a discutir.”⁷¹

⁷¹ Entrada Diario de Campo 25/10/06.

3. Las relaciones peligrosas de Ramiro.

El conflicto no concluyó en el desahogo de Ramiro. Las ocasionales oleadas de agitación continuaron dándole textura a las discusiones en las que se concentraron los participantes del movimiento en los días siguientes.⁷² En la semana posterior, la situación de Ramiro fue tratada en asamblea, y nuevamente los criterios ocuparon un lugar central entre "acusadores y excusados".

El conflicto con Ramiro coincidía con un viraje en la orientación del movimiento. En esa coyuntura se asistía al cierre de la obtención de recursos a través de los subsidios a las familias desocupadas. El gobierno no entregaba nuevos cupos y estaba limitando las altas por bajas. Las diferentes protestas que se realizaron entre fines del 2005 y a lo largo de todo el 2006 para demandar incremento de los cupos, desbloquear altas por bajas, aumentar el monto de los ingresos, que continuaban siendo de 150 pesos luego de la devaluación, e incorporar el aguinaldo para los desocupados, concluyeron en un fracaso de las negociaciones con el gobierno, tanto en el nivel nacional como provincial.⁷³ Este último sólo accedió a otorgar cupos reducidos y hacer entregas de bolsas de mercadería. Frente a esa situación, combinado a que en este tipo de organizaciones populares siempre estuvo muy presente la dignificación a través del trabajo, el movimiento produjo un cambio parcial de sus orientaciones y pasó de centrarse en el reclamo de planes y la consecuente protesta callejera, a combinar diferentes políticas de financiamiento del Estado nacional, provincial y municipal. Destinándolos a la creación de micro explotaciones económicas para generar una economía solidaria y continuó actuando en el espacio público participando en las marchas convocadas por otras organizaciones para eventos puntuales. Al parecer, la organización de esos emprendimientos implicó un

⁷² "... junto a lo normal y típico, [el investigador] toma cuidadosa nota de las débiles desviaciones de la norma y de las más acentuadas, de este modo podrá precisar los extremos entre los que oscila la normalidad." (Malinowski 2001 [1922]: 70).

⁷³ El matutino *Página/12* algunos de cuyos cronistas hacían gala de la cercanía con funcionarios del gobierno de Kirchner informaba que "Para los estrategas oficiales la presencia cada vez menor de piqueteros en las movilizaciones responde, en primer lugar a la intensidad y el ritmo con las que se hacen (...) en segundo término con que mediante las protestas no consiguen las reivindicaciones que persiguen ("no habrá más planes sociales", afirman los funcionarios)..." Fuente: Diario *Página/12* 13/09/04.

cambio en su dinámica, pues la gestión de los emprendimientos productivos requería concentrarse en los problemas de división del trabajo, comercialización, distribución de costos y ganancias, demandando una fuerte inversión de energía en el funcionamiento cotidiano y con la consecuente filtración de nuevos conflictos.

Por las discusiones que se presentaron en la asamblea, algunos promotores suponían que dado el consenso que el gobierno poseía en la opinión pública y el desprestigio del que gozaban las organizaciones piqueteras, una estrategia posible para mantenerse y sobrevivir en un contexto desfavorable, era fortalecer la autogestión y derivar hacia adelante las acciones directas de fuerte componente disruptivo y reivindicativo. En relación a ello, la competencia permanente con las redes políticas barriales asociadas al municipio local, que tendían a apropiarse de los mismos recursos y ha disputarse las mismas bases sociales, eludiendo el costo de la protesta, imponía una dinámica de competencia entre las organizaciones de base con el objetivo de mostrar cual de todas era más eficaz en la gestión de las necesidades barriales. Cuestión significativa para los promotores del movimiento, que a su vez entendían que en la escala de valores de los residentes de los barrios ocupaba también un lugar prominente. No obstante, esa búsqueda de rendimiento no se presentaba como un bloque escindido de las valoraciones, sino que entraba como aspecto cristalizado en los criterios.

-Ahora le van a dar, pero cuando desaparezca el movimiento lo van a dejar en la calle.” Decía Fabio con voz tronante. Esta frase, adquiere un fuerte significado si tomamos en cuenta el contexto de palabras en el que se dijo. En reunión de asamblea, y luego de haberse tratado todos los puntos del temario, quedaba pendiente un sólo tema que resultaba difícil de abordar para los presentes. Los gestos y las actitudes mostraban cierto deseo de eludir una conversación que para varios resultaba demasiado embarazosa. Fabio insistió en que el tema se tratara, es importante discutir algunas cosas, argumentó frente a sus compañeros. Un corto pero profundo silencio se apoderó del ambiente, hasta que uno de los presentes suspiró y detrás del suspiro vinieron las palabras:

- Bueno, aunque no nos guste, tenemos que hablar del tema.
- Entonces -se adelanta Patricia -hablemos de Ramiro-.
- Que empiece Josefina que está en ese barrio -propone Celeste.

Josefina comenzó con la voz baja —En el barrio se decidió no participar más de las marchas y movilizaciones del movimiento.

Fabio toma la palabra cuestionando la decisión, pero agrega que Ramiro

realiza gestiones en el municipio en forma particular:

—¿Qué opinan de eso? -pregunta retórico- ¿Qué les parece que un compañero se corte sólo y haga gestiones sin decirnos nada? ¿Les parece bien? Además un compañero que fue sancionado, y sin embargo cuando va a hacer las gestiones va sólo, sin el mandato del movimiento.

—No, eso no está bien, las gestiones se hacen con el movimiento -contesta Pabló. Pero yo les hago una pregunta, supongamos que me quedo sin leche en el merendero, que a veces suele pasar, y el movimiento no me consigue, porque eso es lo que está pasando. El movimiento no está consiguiendo la suficiente mercadería para los comedores y yo voy a hacer una gestión al municipio, ya no como movimiento, sino como comedor barrial X, y consigo la leche. ¿Eso está bien o está mal? ¡Pregunto... sólo pregunto! -exclama arqueando la cejas. Porque también lo que tenemos que decir es que a veces entre los barrios no hay solidaridad con la mercadería, a mí una vez me pasó que me quedé sin arroz y vine a la asamblea y pedí si alguien me podía ayudar y todo el mundo se quedó callado. ¿Y somos compañeros o no somos compañeros? A veces para algunas cosas parece que no somos compañeros.

—Además -agrega enfáticamente José- Ramiro había pedido que se hiciera una reunión en el barrio de él para explicarle a la gente porque se lo sancionaba, porque no se le iba a dejar ir más a la asamblea, y en el movimiento no le hicieron caso, no fueron al barrio, lo dejaron sólo.

—El problema es -repite Fabio- no que en una excepción alguien tenga que hacer una gestión para el comedor, sino que sea una práctica habitual, porque parece que Ramiro tiene muy buena relación con el municipio. Se vio muy bien en la reunión que tuvimos en desarrollo donde La Pichona lo hizo saltar, diciendo que lo conocía y que siempre lo trataba muy bien y que le daba todo lo que él pedía. Pero ustedes saben como funciona esto, le dan, le dan a un comedor, para destruir al movimiento, y si todos los barrios empiezan a hacer lo mismo, no realizan las actividades del movimiento, van a terminar destruyendo al movimiento y después no les van dar nada.

—Sí, pero a Ramiro lo dejaron solo -responde José- él dijo que fuéramos al barrio a explicarle a la gente y la reunión no se hizo como él pedía, se lo dejó pasar de largo.

Jorgelina intenta zanjar la discusión: “desde que entramos al movimiento sabíamos cuales eran los criterios que había que cumplir, y si no los cumplíamos sabíamos cuáles eran las sanciones, no entiendo por qué Ramiro no cumple con esos criterios. El barrio de él fue un barrio muy favorecido, obtuvo muchas cosas luchando bastante poco”.

—Además, vos decís que lo dejamos sólo -retoma Fabio- pero bien que cuando necesitan destrabar algo para el barrio en el ministerio me llaman por teléfono.⁷⁴

4. Diferencias posicionales en una trama de interdependencia.

⁷⁴ Entrada Diario de Campo 12/12/06.

No nos detendremos en el contenido de la disputa, que fue necesario introducir en la descripción al sólo efecto de comprender cómo se encarna esa lógica de acuerdos y des-acuerdos que se expresa en los criterios y que define los diferentes modos de pertenecer al movimiento. Lo que nos interesa aquí es la forma social que adquiere este proceso de interacción observado en un nivel micro social pero que puede estar manifestando una lógica estructurante.

Cometeríamos un error si entendiéramos esta disputa a partir de supuestas malas intenciones. Resulta mucho más productivo comprender los puntos de vista presentados a partir de las posiciones que ocupa cada uno de los actores en esta red de relaciones.⁷⁵ Ramiro, José y Pablo se ubican como referentes barriales, están sometidos a las mismas presiones, necesitan de los recursos para mantener sus centros comunitarios, para que los vecinos sigan yendo, y al mismo tiempo tener derecho a obtener más recursos, y con ello ganar reputación como buenos gestores de las necesidades del barrio. Para Fabio, que se ubica como un promotor del movimiento, los criterios marcan límites y prohíben determinadas relaciones que ponen en tela de juicio el sistema de referencias por medio del cual se sostiene que el movimiento es distinto del municipio y del PJ. Lo que parece estar en el centro de la discusión es la articulación entre la eficacia en la gestión de recursos y los criterios que hacen distintivo a este movimiento de otras organizaciones barriales. El problema es: ¿cómo, a quién y en qué momento deben ser asignados esos criterios? Probablemente las diferencias posicionales en la red generan el efecto por el cual los sujetos vivencian de un doble modo las mismas prácticas.

Destaquemos primero que la mayoría de los elementos descritos en la escena micro social no constituyen meras representaciones, sino acciones verbales que tienden a definir los bordes de un espacio de pertenencia y los segmentos de una

⁷⁵ "... las prácticas producidas según reglas de engendramiento perfectamente conscientes se encontrarían despegadas de todo lo que las define como prácticas, es decir, la incertidumbre y a vaguedad resultantes del hecho de que tienen por principio no unas reglas conscientes y constantes sino principios [schémes] prácticos, opacados ellos mismos, sujetos a variación según las lógicas de la situación, el punto de vista, casi siempre parcial, que esta impone, etc. Así, los pasos de la lógica práctica raramente son coherentes por entero y raramente incoherentes por completo" (Bourdieu, 2007: 31).

determinada división del trabajo político. Para decirlo sintéticamente, no sólo se está interpretando la aplicación de los criterios; se están “haciendo cosas con palabras”. De modo tal, que la escena parece mostrar que los criterios más que normalizar el acceso y permanencia dentro de la organización y obtener de todos los miembros de la organización un consenso cerrado, constituyen recursos que pueden ser utilizados tácticamente para redefinir a cada momento los bordes de la organización, y las relaciones sociales permitidas a sus miembros.

El segundo rasgo que se desprende, es que dentro del movimiento la pertenencia no es homogénea, porque los intereses por permanecer tampoco lo son. Ahora bien, esos modo de pertenecer y permanecer, ¿son el puro resultado de las preferencias individuales o son intereses construidos sobre la base de posiciones estructurales diferenciadas y articuladas a partir de esa diferencia?

Los criterios no sólo operan como guías de acción para entablar estrategias de acuerdos y desacuerdos entre actores con intereses divergentes, que a su vez ocupan segmentos diferenciados en la división del trabajo político, sino que además son los límites necesarios para mantener la diferencia con la alteridad significativa. Determinadas relaciones que podrían ser interpretadas demasiado cercanas a los “punteros” o a los funcionarios municipales y sus aliados en el territorio, en las cuales parece haber reincidento Ramiro según Fabio, al presentarse en el municipio a título personal “sin mandato del movimiento”, resulta para algunos actores un peligroso riesgo de parecerse, y con ello perder lo que se supondría la fuente de legitimidad de sus prácticas como promotores. Pero para Ramiro, los criterios sólo tienen sentido si el puede mostrar su fidelidad con el barrio, y si a través de ellos puede “conseguir cosas para el barrio” para mejorar la posición relativa de su núcleo territorial en el movimiento.

El conflicto de los criterios nos muestra que en el movimiento coexisten dos tipos de representación que suelen entrar en conflicto, en uno se apela al barrio como fuente de legitimidad y a la organización se la evalúa por su efectividad para proveer

los bienes necesarios, en el otro, la organización misma es el centro de referencia y las acciones de sus miembros se evalúan por su contribución al mantenimiento y crecimiento de la misma. Así, los criterios se inserten en un doble juego de ambigüedad, no sólo porque son vivenciados de modo diferente, sino porque suponen recursos verbales diferentes según la posición que los sujetos ocupan en este entramado de relaciones sociales que supone el movimiento, y de modo imbricado, en el entramado de relaciones que supone el barrio. Esos dos ejes, “el movimiento” y “el barrio”, parecen conformar las coordenadas que posicionan a cada uno de los sujetos en un lugar específico del trabajo político desde el cual ellos mismos construyen el espacio de sus divergencias.

5. El Barrio y El Movimiento.

La situación social que describimos no es meramente la disputa por la apropiación de recursos materiales de subsistencia en un contexto donde las clases populares fueron sometidas a una profunda marginalización y empobrecimiento por efecto de decisiones tomadas por las clases gobernantes. No estamos frente a la lucha descarnada por la subsistencia, sino a la encarnada lucha por definir espacios de acción de relación común de los cuales depende, entre otras cosas, la subsistencia. Como diría Norbert Elías, no se trata de la apropiación de medios no humanos, sino de la apropiación y significación de relaciones humanas. Lo que está en el centro no son los recursos materiales, sino los contextos relacionales.

Claro que por aquí circulan objetos materiales útiles para la subsistencia, pero su encarnadura social también pone en discusión el modo en que son obtenidos. En el modo se expresa el sentido social de las cosas, los merecimientos y la articulación de intereses específicos y dispares, habilitando relaciones y negando otras.

La manifestación fenomenológica de los conflictos en esta alianza entre compañeros de los barrios y promotores del movimiento emerge como una tensión, cuando “el barrio de Ramiro” expresa a través de Josefina que ha decidido romper la

alianza. ¿Se trata de una acción social con arreglo a principios o de una evaluación del sentido que adquieren las prácticas en un contexto relacional, de como deberían ser juzgadas e incorporadas?

Nadie incumple la norma hasta que es acusado de haberlo hecho. Los criterios definen el acceso, la permanencia y las señas de identidad del movimiento, pero lo hacen en tanto y en cuanto se convierten en los recursos verbales a partir de los cuales delinear los bordes del y las posiciones en el movimiento. La pregunta, ¿cuáles son los criterios con los que se dota esta organización?, sólo nos informaba sobre los elementos que definen la identidad política enunciada de algunos promotores. Pero, si nos dejábamos llevar por los enunciados laterales, si la atención se mantenía flotante y permitíamos que las interpretaciones nativas ingresaran en el registro de las notas de campo, emergía algo que a mi entender es mucho más interesante y sustancial, las lógicas que constituyen ese entramado que articula actores de génesis social dispar.

Quizá, el modo exteriorizado con el cual muchos se refieren a la organización, como el movimiento, no sólo pone en discusión los enfoques centrados en identidades sustantivas, sino que además, introduce un matiz en la tesis sobre la inscripción territorial de las clases populares. La territorialidad de las prácticas políticas populares no supone que el territorio se transforme en un caudal único de relaciones sociales, sino que se constituye como un espacio cargado de dimensiones conflictivas. Los propios movimientos populares podrían ser entendidos como campos políticos en sí mismos, donde las acciones colectivas no brotan naturalmente de las necesidades y las carencias que se sufren en el barrio, ni de la cultura política que se gesta en los habitantes del barrio, sino de estrategias de representación y regulación de consensos y disensos entre actores que en numerosas ocasiones no comparten un mismo clivaje social, ni este se presenta como estrictamente territorial.

Por otro lado, que el barrio se vuelva un objeto de disputa política viene asociado a la propia modificación de la presencia del Estado. Si, como queda claro, el Estado ha dejado de ser para muchos individuos de las clases populares un garante de derechos

y un proveedor de servicios básicos universales, en otro sentido, acrecentó su presencia como un asignador de recursos materiales de subsistencia. Y si esta presencia del Estado en el territorio está muy lejos de propiciar la ciudadanía, no por ello ha dejado de contribuir a la producción de espacios locales donde se estructuran determinadas lógicas de acción en tensión, expresadas en enunciados como “deberse al barrio”, “conseguir cosas para el barrio”, o “cumplir con los criterios del movimiento”, tal cual como Pablo había planteado al exponer el dilema que se presentaba cuando su merendero se quedaba sin leche. La presencia del Estado por medio de sus políticas sociales focalizadas y las redes partidarias locales y las propias facciones gobernantes locales, participan en la configuración de las fronteras entre barrio y el movimiento, sea porque pueden representar los límites de lo otro, sea porque de ellos se pueden conseguir cosas. Con frecuencia están presentes de ambos modos. A fin de cuentas, Ramiro había ido a buscar "cosas" en el único lugar que se conseguían, pero el modo en el que lo había hecho suponía, para Jorgelina, no cumplir con los criterios, es decir, romper la prohibición implícita de mantener relaciones personales con los funcionarios municipales. Eso lo ubicaba peligrosamente cerca de "los otros" y al borde de la ruptura con el movimiento.

La distinción entre el barrio y el movimiento parece ponernos ante el reconocimiento de que el segundo no emana del primero como si fuera agua brotando de una fuente natural, sino que supone la vinculación entre dos espacios que son percibidos como diferentes. ¿A eso podemos llamarlo trabajo político? Los criterios parecen en este caso, constituirse en esos reguladores de las acciones recíprocas entre promotores y compañeros de los barrios, pero que pueden en algún momento permitir o vedar relaciones para esos compañeros de los barrios que cobran mayor relevancia al desplegar sus competencias de gestión en los núcleos territoriales. Cuando eso efectivamente ocurre, los criterios quedan dentro del horizonte de cuestionamiento transformándose en herramientas de la lucha, y ofrecen así: "una historia propiamente dicha" de la relación, de la alianza y los conflictos, que pueden

producirse entre actores diferenciados pero que comparten áreas específicas de un mismo mapa de relaciones a los que llaman el barrio y el movimiento.

CAPÍTULO V

“EL MERENGUE SUIZO”: AUTORIDAD, DELEGACIÓN Y DERECHO EN UN NÚCLEO TERRITORIAL DEL MTD DE VILLA PALMIRA.

¿En qué medida lo que habitualmente pareciera sustraído del ámbito de la política puede estar afectando las maneras en las cuales los propios actores clasifican sus formas de vida y las relacionan con los sentidos de aquella? ¿Cómo dar cuenta de la imbricación entre lazos de sociabilidad y relaciones de poder sin mistificarlos? ¿Cómo evitar la tendencia a transformar conceptualmente el poder en un amuleto que se transportaría como un objeto independiente de las relaciones sociales?

Con el concepto de figuración social accedemos a una de las herramientas teóricas más precisas para afrontar este problema. Hay dos elementos centrales que transforman este concepto de Norbert Elías (1999) en una categoría operativa para el análisis: primero, la idea de interdependencia, segundo, la noción de coerción mutua. Estar envuelto en una figuración, socializarse en un ámbito específico, supone insertarse en relaciones de interdependencia. Las tramas de interdependencia poseen a su vez una dinámica, una historia objetiva diría Simmel, ya que la trayectoria que describe esta relacionada con los equilibrios fluctuantes de poder al interior de esa trama. A partir de este concepto podríamos postular que la constitución del sujeto (social) es el resultado siempre parcial y cambiante del paso continuo del mismo por diferentes entramados de interdependencia sostenidos en equilibrios fluctuantes de poder. El efecto de esos equilibrios son las coerciones mutuamente ejercidas entre los que están envueltos en esa figuración que, como cualquier juego de naipes, no depende de las cartas en la mano de un jugador sino del conjunto de relaciones establecidas por la totalidad de las cartas más las características de los jugadores.

Sorprende la afinidad electiva entre este concepto central de la obra eliasiana y la noción de táctica social de Michel De Certeau. Recordemos que para el francés la táctica es el margen de autonomía que todo actor posee en un diagrama institucional o sistémico previamente delineado. Una táctica a nivel del lenguaje, por ejemplo, es la

posibilidad de introducir juegos semánticos mediante la interpretación en sistemas léxicos dados. Siguiendo este razonamiento, podríamos decir que las tácticas en una figuración social son todas aquellas operaciones socialmente condicionadas que son lanzadas por los jugadores envueltos en el entramado de interdependencia para alcanzar posiciones más ventajosas provocando equilibrios fluctuantes de poder.

¿Qué ocurre entonces en un núcleo territorial del MTD de Villa Palmira cuando se producen situaciones de asamblea? ¿Qué se discute? ¿Cómo se discute? ¿Qué criterios (reglas) son puestos en juego? ¿Cómo se traducen, interpretan o eluden? Partiendo de que es posible considerar a un núcleo territorial del MTD como parte de un entramado de interdependencia, intentaremos ver cuáles son las tácticas puestas en juego en una asamblea, con la intención de ver en ellas qué tipo de categorías vinculadas a la autoridad, la delegación y el derecho circulan en las relaciones de sociabilidad que entablan cotidianamente sus participantes.

Esta pared es del MTD.⁷⁶

-Este local lo arreglamos todo nosotros -explica Esteban. Era una casa abandonada, le hicimos el techo, arreglamos las paredes, pusimos la luz, después acá azulejamos, adelante dejamos la carpintería, atrás viene el taller de serigrafía y al costado la cocina. Uno anda por ahí y consigue. El local donde vamos a hacer el centro cultural lo conseguimos en una fiesta.

-¿Cómo en una fiesta? -le pregunto sorprendido.

-Sí. En una fiesta que fuimos a La Enramada, y justo hablando con un pibe, que creo que estudia sociología, nos dice que el padre tenía un taller en esta calle. Nosotros le decimos, vos no serás el hijo de Tal, que tiene el local al lado de la carpintería del MTD. Sí nos dice, ese es de mi viejo. Y entonces ahí el pibe habló con el viejo y nos lo prestó. La parte de atrás nomás, pero nosotros de a poco le vamos a ir copando la parte de adelante también, ahí viste, donde estaban los fierros. Antes de entrar hablamos con los vecinos, porque como estaba abandonado se metían los chorros⁷⁷, así que los vecinos habían puesto una bocha de fierros⁷⁸ atrás de la puerta para que no pasara nadie. Les dijimos que íbamos a hacer un centro cultural. Nos dijeron que sí, pero que si hacíamos quilombo⁷⁹ nos echaban a patadas, porque a nosotros nos tenían desconfianza. Éramos barderos⁸⁰, pedíamos monedas en la calle, hacíamos cada *bondi*⁸¹, pero después nos rescatamos, entonces ahora está todo bien con los vecinos, porque ven que hacemos cosas buenas. Aunque algunos no nos quieren porque somos piqueteros, nos ven como barderos.

⁷⁶ Entrada del diario de campo correspondiente al 25/10/06 y 21/11/06. Villa Palmira.

⁷⁷ Ladrones.

⁷⁸ Gran cantidad de fierros.

⁷⁹ Lío en lunfardo.

⁸⁰ Personas que se dedican a hacer lío, en general dentro de un barrio popular, muchas veces en edad juvenil.

⁸¹ Esteban utiliza este término para referirse a los líos que hacían siendo jóvenes en el barrio, esta palabra resulta una marca idiosincrásica en el lenguaje que utiliza.

-¿Y vos que opinas de que digan eso? ¿De lo de piquetero? -le pregunto.
-Está todo bien, sí lo somos, me hago cargo, y que ellos piensen, igual está todo bien, porque ven que hacemos cosas copadas⁸² para el barrio. Los peronistas de acá se calentaron⁸³ porque nosotros pintamos la pared de afuera con las siglas del MTD. Pero nosotros se lo dijimos claro, esto acá lo conseguimos nosotros, lo arreglamos nosotros, así que esta pared es del MTD.

1. Un merengue suizo.⁸⁴

El día que me presenté en la carpintería del MTD de Villa Palmira me encontré por primera vez con Carlitos, que inmediatamente me inquirió por mi interés en entrevistarlo.
-Dame el papel con las preguntas -me demandó.
-No -contesté- no las tengo escritas, las voy haciendo a medida que charlamos.
-Ah! Yo podría decirte un montón de cosas, aunque en la carpintería soy nuevo, pero en el movimiento hace tiempo que estoy, las conozco todas. Pero bueno... es como un merengue suizo.
Al ver mi consternación por su ocurrencia, Carlitos trató de explicarme.
-Sí, como un merengue suizo, yo sé, porque antes estaba en panadería, pero bueno eso no está más, y es otra historia, la sacaron, y no viene al caso contarte. Pero el merengue suizo, viste, un poco de azúcar, un poco de... un poco de dulce de leche, otro poco de crema, otra más de chocolate, un poquito de nuez, después medio frío y medio caliente... y a lo último la cereza... un quilombo bah!!! Yo me entiendo -propuso ante mi gesto de que yo no entendía a qué se refería.
-Es así, nunca sabes, un día estás y otro no -continuó con su explicación-. Pero es jodido lo del movimiento, porque un día te dan y otro te sacan y vos no sabes de donde agarrarte, se cambia mucho, uno se encariña con las cosas, yo con la panadería me encariñé, estoy triste por eso, uno se pone triste, por eso ahora en la carpintería trato de no encariñarme demasiado porque no sabes cuanto va a durar.

La metáfora del merengue me pareció al principio un rasgo idiosincrático de Carlitos, al que no le presté mayor atención, hasta mucho tiempo después, cuando había avanzado un poco más en el trabajo de campo. Ese mismo día asistí a una asamblea del barrio, casi por azar, esperando que se desocuparan algunas personas que me interesaba entrevistar por su trabajo en la carpintería. El movimiento, luego de un largo esfuerzo de gestión, había logrado que en este barrio se organizara ese emprendimiento con máquinas adquiridas mediante un subsidio del Ministerio de Desarrollo de la Nación. Allí trabajaban tres hombres adultos -entre los que estaba

⁸² Buenas e interesantes.

⁸³ Enojaron.

⁸⁴ Entrada del diario de campo correspondiente al 30/11/06. Villa Palmira.

Carlitos- fabricando mesas, bancos, sillas y camas que intercambiaban con otras organizaciones, además reparaban muebles a vecinos o amigos del barrio. Julián y Pedro estaban enseñándole a Carlitos a entarugar las partes de un mueble, usar el banco de trabajo, la sierra sin fin y la lijadora de cinta.

Ese día Carlitos se ocupaba de coordinar la asamblea en su núcleo territorial. Hacía un tiempo que Carlitos habitaba en el local de la carpintería con sus padres, su hermana y su pequeño hijo. Habían tenido “un problema” en su casa y el movimiento le había prestado el local para que vivieran él y su familia hasta que ese problema se arreglara.

-Antes éramos un montón, como cuarenta, pero ahora quedamos poquitos... unos diez, los otros se fueron con el municipio -me comentó Carlitos mientras acomodaba una despareja colección de sillas en un círculo que abarcaba el cuarto de la casa destinado a las máquinas de carpintería. Entretanto, La Mari, hermana de Carlitos, Julián uno de los dos maestros carpinteros, Sonia, la coordinadora de la copa de leche⁸⁵ que se “daba” en el local mismo de la carpintería esa tarde, y Hugo, el casero que “vive en la casa para cuidar las cosas”, fueron ubicándose en las sillas. Carlitos intentaba armar el temario de la reunión. Con su lápiz de carpintero recién estrenado escribía y borroneaba en un cuaderno escolar de tapas naranjas. Cada tanto dirigiéndose a los presentes preguntaba si querían agregar algo al temario. Luego enumeró en voz alta:

-Primero se hablará del fondo. Luego de unos comentarios sobre trasladar la carpintería a otro lado. Tercero, la copa de leche. Y cuarto lo que se habló en la reunión del movimiento la semana pasada. Inmediatamente comenzó la discusión sobre el fondo. (Se denomina así al fondo de organización, conformado por una contribución de cuatro pesos mensuales por aquellos que cobran un plan social. Suele ser utilizado para pagar viajes y traslados de los miembros del núcleo territorial a las actividades o reuniones organizadas por el movimiento.) Julián se mostraba reticente a dialogar sobre el tema, prefería esperar que se presentara “él que está encargado de la cosa”. Carlitos y La Mari insistían. Empezaron a hablar un poco desordenadamente, interrumpiéndose uno al otro.

-Hablando claro -se impuso Carlitos- La Mari va a manejar el fondo, porque no está claro eso, no es transparente.

-¿Pero quién tiene el fondo? -pregunta retóricamente Julián. Después de un breve silencio, respondieron varios a coro que el responsable era Pedro. -Y bueno hablemos cuando él llegue -propuso Julián.

-No pero yo quiero hablar de eso porque no es transparente. No se sabe que pasa con el fondo. No hay cosas para lavar, no hay elementos de limpieza. La otra vez el Hugo tuvo que poner de su bolsillo y yo también tuve que comprar por mi parte -insistió La Mari. Carlitos, que se había mantenido en silencio

⁸⁵ Las organizaciones barriales, entre ellas las pertenecientes al MTD, organizan y gestionan colectivamente la alimentación de los niños y las familias pobres del barrio. Copa de Leche o merendero suele llamarse a las actividades de preparar la merienda, en general té con leche con galletitas o pan tostado con mermelada, y luego servir esos alimentos para los niños que al salir por la tarde de la escuela se acercan a tomar la merienda.

asintiendo con leves movimientos de cabeza las palabras de su hermana intervino.

-Si cada vez lo del fondo está en discusión en el temario es porque no es transparente.

-Pero el qué no es transparente -retrucó Julián. Si él (por Pedro) lleva todo anotado, y si lleva todo anotado no tiene por qué haber ningún problema.

Al rato llega Pedro y comienza a discutir con Carlitos. Esperemos hasta el próximo Lunes que se haga una nueva asamblea, porque falta gente, faltan cuatro y eso lo tenemos que decidir todos –sugirió Pedro.

La Mari, algo enojada, insiste en que ese dinero sea utilizado para comprar detergente, lavandina, esponja y otros artículos de limpieza. Pedro explica que no alcanza, y que no quiere darle el manejo del fondo a La Mari porque ella no está capacitada para hacerlo. La discusión sube de tono. Carlitos se enoja, levanta la voz.

-No puedo permitir que le digan eso -responde inflando el pecho.

-Es la verdad -se justifica Pedro.

Discuten largamente, intercambian acusaciones, pero esta vez modulando la voz en un tono suave, cada tanto clavan la vista en el recriminado y luego vuelven a dejarla flotando en el vacío. Se suma otra muchacha a la reunión.

-Ya está, que ella maneje el fondo -propone Pedro.

Carlitos retoma la palabra y tiende, esta vez, a monopolizarla, vuelve a insistir en que el manejo del fondo no está claro. A Carlitos le parece rara la obstinación de Pedro en seguir “manejando el fondo”. No quiere sospechar, pero “le suena rara”, repite, como si Pedro se quedara con parte del fondo.

-No creo eso, pero me suena rara -insiste pertinaz.

Ahora es Carlitos quien se obstina. La muchacha cambia de tema y se dirige a Carlitos y su hermana.

-Todo está muy sucio. Así no se puede cocinar. La gente que usa la cocina y el baño, prácticamente viven acá, tienen que lavar lo que usan como corresponde. Acá hay gente viviendo, y este lugar no es para vivir, es para trabajar.

Carlitos responde con elocuencia, él y su familia tienen derecho a vivir allí, el movimiento ayuda a los compañeros que tienen necesidad, eso es ser compañeros. Él y su familia en este momento no tienen casa y se siente con el derecho de estar ahí. Se mezclan las conversaciones, ahora hablan en parejas, unos se quejan de los otros.

-Bueno -interviene Julián- cerremos esto, porque así no se puede seguir, tenemos que trabajar.

-En qué quedamos entonces -inquieta Carlitos, y propone afinando la voz como para que pase por un desfiladero estrecho. -Pedro sigue manejando el fondo y La Mari lleva un control.

-Pero antes -interrumpe Pedro- hay que ver quien aporta, porque es voluntario y no todo el mundo está pagando.

La discusión, que parecía ir empobreciendo su caudal, recomienza como un torrente, ahora es por el uso común del gas y quién lo paga. El debate continúa, se espirala, por momentos sube para volver a descender, hasta que alguien lo retoma y vuelve a lanzarlo al ruedo como si fuera enrollando y desenrollando. Estamos así un buen rato, en una especie de círculo continuo que va cambiando progresivamente de diámetro y espesor pero que continúa girando sobre sí mismo. Súbitamente Carlitos parece querer dominar la situación. Hace referencia a los criterios del movimiento, a la palabra compañero, a la soberanía de la asamblea, a la propiedad colectiva. Los otros permanecen con el rostro impávido. La Mari que había sido la más insistente sobre su designación como administradora del fondo dice que sólo dirá una cosa más. A ella nadie le va impedir que controle, ni nadie le va a pedir que se

vaya de ahí, porque no se va a ir, pero tampoco piensa poner un peso para el fondo porque: “Está claro que el movimiento tiene que ayudar a la gente que necesita”.

Un silencio espeso se acomoda en el cuarto. Carlitos se distiende y sugiere “pasar a otra cosa”. El conjunto de los assembleístas aflojan las facciones de su rostro y entran con más calma en el segundo punto del temario. Sin embargo, Carlitos agrega a su título personal que la garrafa no alcanza para hacer la copa de leche tres veces por semana. “Habría que hacer algo con eso”, apunta.

Carlitos pasa de tema nuevamente, habla de “la baja participación en las marchas”.

-Ellos se van a poner más duros con los criterios -comunica a los presentes- y los cupos se van a distribuir según la asistencia a las marchas, nosotros venimos flojos en eso, además ésta semana se vienen varias y no sé cómo vamos a hacer. La otra vez fuimos dos -hace cálculos.

-No tres -corrige Pedro- Esteban se juntó con ustedes allá en capital.

Nadie más agrega un nuevo cómputo al resultado.

2. Un islote de certeza.

La dinámica asamblearia y la horizontalidad en las organizaciones piqueteras han ocupado un lugar central en los debates políticos y académicos. Algunos autores consideran que la asamblea es un rasgo característico y distintivo, situándola a distancia de la lógica de patronazgo del peronismo (Svampa y Pereyra 2003/ Delamata 2004). Mazzeo (2004) construye una dicotomía entre punteros y piqueteros, llegando a sostener que “El puntero (...) enemigo visceral de la democracia de base, es una función ordinaria de las estructuras de mando del capital. (Mientras que) el piquetero organiza por medios participativos (...) y horizontales (2004: 77-93).”

Dejando tranquilas las vísceras de los militantes sociales, algunos investigadores han considerado que las diferencias de conocimiento, capital cultural y saber experto, difícilmente podían hacer de las asambleas barriales una reunión de individuos iguales en la que cada uno participara por medio de su libre opinión en las decisiones colectivas (Maricel Rodríguez Blanco, 2006). También se ha señalado que el contenido de los temarios y los debates tenía que ver más con la necesidad que con la política, expresiones de un grupo social en crisis más concentrado en resolver sus necesidades urgentes, y mucho menos en deliberar sobre las condiciones de

construcción de lo público (Isidoro Cheresky, 2006). Emilio de Ípola (2004) argumenta que la realización de una democracia directa esperable de estas “nuevas formas de participación política” consistía en una visión socialista sustentada en “una ilusión voluntarista: que la participación política sea creciente y permanente –permanente en serio, esto es, que sea el sustrato a largo plazo de las instituciones de la democracia directa”. Para Rodríguez Blanco (2006: 325) “la asamblea cumple una función de mera aprobación en lugar de constituir el espacio deseado de la participación de todos y la deliberación. Por otra parte, a menudo el saber experto o la experiencia militante inciden en la toma de decisiones.”

Es cierto, la asamblea, que Carlitos pudo describir como un merengue, se acerque bastante a la imagen que tenían en mente los científicos sociales más críticos. Incluso frente a conflictos, discusiones y peleas como la del fondo o las discusiones por la garrafa de gas o la limpieza, algunos promotores de los núcleos territoriales recurrían a la “poca formación” o a la “poca cultura política” que podían tener los protagonistas de esas situaciones para justificar “lo que aún faltaba en la formación política de los compañeros”. De ese modo expresaban su consternación y ponían en palabras lo que se vivía cotidianamente como una contradicción. Pero, desde mi punto de vista, la poca formación o lo poco “Asamblea” que son las asambleas, es la conclusión de una evaluación a la luz de la vara normativa de lo que debe ser la Política para ciertos actores intelectuales y/o militantes, y no un esfuerzo comprensivo de las características y dinámicas de las reuniones colectivas en torno a las cuales se toman decisiones que afectan la vida en común de un grupo de pequeñas dimensiones. La ilusión voluntarista de la democracia directa, como su crítica, conforman las mitades exactas de una ilusión mayor, creer que es posible comprender la política recurriendo a los patrones normativos de lo que debería ser la Política según los textos consagradorios de la modernidad académica y filosófica. Así como la contraposición radical entre punteros y piqueteros resulta dudosa y estigmatizante, la preocupación por lo público abstraído de los intereses, las necesidades y los procesos

de socialización que afectan específicamente a los grupos sociales, aparece como un artificio que le debe mucho a ciertos modos de reproducción de la retórica académica.

Las peleas y los conflictos parecen tener menos que ver con los debates de la “Alta Política”, que con la política cotidiana mediante la cual un grupo social resuelve en un espacio específico de sociabilidad sus persistentes privaciones materiales y trata, reforzando al mismo tiempo que pone en discusión, sus lazos de sociabilidad. El propio Carlitos, que había descrito al movimiento como un “quilombo”, no por eso dejará de recurrir al movimiento y sus criterios para justificar por qué vive con su familia en un lugar “para trabajar”. En ese sentido, la asamblea, poca o mucha, el local y el movimiento, se vuelven “islotos de certeza”⁸⁶, en un contexto de incertidumbre generalizada –porque no se sabe si hoy se podrá cocinar con gas o con leña, si habrá dinero para comprar detergente y lavandina, si se conservarán los subsidios por un tiempo más, se seguirá en el oficio o habrá que inventarse otro- en el que se puede anclar, momentáneamente, no sólo la urgencia de la sobrevivencia, sino además, el derecho que cada uno de los individuos tiene a tomar algo de lo colectivo. El merengue suizo de Carlitos era la metáfora para aludir a la incertidumbre, que lo condena a ser creativo a cada momento, a servirse de lo que tiene a mano, sea una invitación a pelear, pasar de panadero a carpintero o proclamar los criterios del movimiento para ganarse ante los otros su lugar y persuadirlos de la justicia de su actitud.

Denis Merklen (2005: 113) sostiene que los pobres son obligados por medio de los requerimientos de las políticas sociales a participar en la gestión de su propia asistencia. La irregularidad en la distribución de los recursos que nunca logra inscribirse como un derecho, sino que está sometido a los vaivenes de los éxitos o fracasos de la negociación del movimiento con el gobierno, introduce un marco permanente de inestabilidad. Pero este requerimiento de participación también es interpelado y reapropiado por los promotores del MTD como “el hecho concreto” de la

⁸⁶ La idea pertenece a Gabriel Vommaro (2006)

participación de las clases populares en su proyecto de ligar lo social con lo político. Así como los éxitos y fracasos “en conseguir cosas” son interiorizados en el movimiento y constituidos en indicadores a través de los cuales algunos vecinos del barrio evalúan la consistencia de las convocatorias a la movilización colectiva y el sentido o no de seguir participando en los núcleos territoriales.

¿Cómo se participa en una organización barrial? ¿Se actúa en ellas como si fueran performances socráticas en miniatura? ¿O en función de los requerimientos de la política social? ¿O en relación al proyecto militante? ¿O de acuerdo a las lógicas de sociabilidad familiar y barrial de los individuos que se hallan involucrados en dicha participación?

Cuando Carlitos se justificó y justificó la estadía de su familia en el local dijo “derecho”, claro que no se refería a uno que lo asiste como “ciudadano”, sino a cómo debía ser juzgada la situación de acuerdo a los criterios del movimiento y a lo que él y su familia necesitaban y merecían. Incluso arriesgó introducir como nuevo criterio la solidaridad frente a la necesidad y lo interpretó a su manera. Si “los del movimiento” querían ser del movimiento tal cual este se proclamaba, tenían la obligación de ayudarlo, de esa obligación emergía el reclamo de reciprocidad. El merengue suizo de Carlitos tenía su correlato en las combinaciones que él mismo operó en el seno de la asamblea, donde las reglas de sociabilidad, los imperativos técnicos de las políticas sociales y los criterios con los cuales el movimiento ordena su funcionamiento, actúan como coordenadas de la vida práctica. Sin embargo, y esta es la segunda parte del argumento, ni las reglas, ni los imperativos, ni los criterios, ni el proyecto, se imponen automáticamente a las personas. Es la puesta en práctica, los juegos de interpretación y aplicación, lo que los hace, finalmente, existir. La descripción de las plataformas ideológicas y los discursos de los máximos dirigentes pueden resultar en un cuadro perfecto de lo que sería una organización política territorial, pero su perfección resulta directamente proporcional a su falta de toda correspondencia con la experiencia práctica de esas organizaciones y sus integrantes. Los modelos, si bien pueden

darnos una impresión general, pierden de vista las “ocasionales oleadas” en las cuales los procesos de alteración de la convivencia cotidiana ponen de manifiesto los usos implícitos de las reglas explícitas, finalmente, esto es, el significado que la vida social, entre ellas la definición de qué es la política, adquiere en la práctica.⁸⁷

3. Ellos: la autoridad del movimiento.

Cualquiera sabe –el lector también- que citar a un ausente en el medio de una conversación es un recurso habitual para ganar alguna posición en una disputa retórica. Si esa persona que se evoca ocupa una posición jerárquica, porque se le atribuye un saber especial, una alta posición social, cierto poder de decisión, o todos esos atributos juntos, quien habla presupone que sitúa su proposición en un aura de autoridad. Carlitos dijo “Ellos se van a poner más duros con los criterios”. ¿Quiénes eran Ellos? ¿El movimiento? ¿Quiénes dentro del movimiento? Ellos habían dicho en la reunión en la que se encuentran los diferentes delegados de los núcleos territoriales aquello de la ostensible ausencia en las marchas. “Dejar de marchar”, podía convertirse en una razón para perder el derecho a cobrar un plan a través del movimiento, esto constituye automáticamente el “ir a las marchas” en una obligación para tener acceso a ese derecho.

Justificaciones aparte, Carlitos sostuvo que Ellos lo habían dicho. Como luego comprobaría en el campo, ese tipo de discusiones sobre el nivel de participación en las marchas solían darse en las asambleas en las que se reunían semanalmente los delegados, a las que el propio Carlitos había asistido en representación de su núcleo territorial. Si se discutía con todos en la asamblea y finalmente era una moción que se

⁸⁷ John C. Heritage (1990: 292) nos enseña que esta manera de enfocar la acción social es propia de los estudios inspirados en la Etnometodología de Garfinkel, quien estaba preocupado por tres cosas: la teoría de la acción social, la naturaleza de la intersubjetividad y la constitución social del conocimiento. Este dominio de problemas Garfinkel los abordó a través de una serie de investigaciones sobre las propiedades del razonamiento práctico y de las acciones prácticas, tratando de deslizar la teoría de la acción social de su tradicional preocupación por los motivos, y de re-centrarla en el estudio de los modos en que, consciente o no, los actores sociales utilizan sus conocimientos para reconocer, producir y reproducir las acciones sociales y las estructuras sociales. La insistencia en el conocimiento de los actores, reaviva el interés por descubrir las formas en que los actores sociales analizan sus circunstancias y pueden compartir una comprensión inter-subjetiva de ellas. La tesis central del enfoque metódico y procedural de Garfinkel consistía en afirmar que las actividades por medio de las cuales los miembros producen y manejan las situaciones de la vida cotidiana organizada son idénticas a los métodos que utilizan para hacer explicables esos contextos.

votaba entre todos los delegados, que además rotaban periódicamente entre aquellos que estuvieran dispuestos a asistir a esas reuniones, ¿por qué Carlitos prefirió decir Ellos? Si Carlitos utilizó la tercera persona, quizá fue porque en un movimiento que postula la igualdad entre sus miembros, nadie puede atribuirse autoridad, sin eufemizarla ubicándola en la impersonalidad del Ellos. Pero hay una cosa más, y es que las propuestas de movilización, como hemos visto en capítulo anterior, no provienen de cualquier ángulo de la asamblea, sino de los promotores. Frente a los compañeros de base, Carlitos, es un compañero de base. Si los promotores son los que movilizan, resulta necesario, que sean Ellos los que aseguren el cumplimiento de ese criterio.

Traduciendo en la asamblea del barrio lo que había escuchado en la asamblea del movimiento, Carlitos estableció una jerarquía de instancias, donde los personajes en juego no ocupaban papeles iguales. En esa otra instancia en la que había estado Carlitos, había “otros” que tenían cierta capacidad de evaluar la performance de cada núcleo territorial y determinar la aplicación de “criterios” que condicionaran, entre otras cosas, el acceso a cupos y/o mercaderías que se consiguieran por la lucha y la gestión del movimiento. Ellos tenían autoridad para plantear esa moción y Carlitos los invocó para autorizarse a reprender a sus compañeros del núcleo territorial.

Pero, sin embargo, aún queda sin descubrir cómo se establece este juego de representación, autorización y autoridad. Arriesguemos una hipótesis: si alguien o algunos se autorizan a representar los intereses de otros, para que esa representación se vuelva efectiva, al mismo tiempo, ese alguien o algunos, debe tener autoridad sobre el grupo que representa, asegurándose que lo que “dice” tenga su correlato en lo que “pasa”. Como se ha señalado, desde el punto de vista de la fórmula explícita del movimiento, los promotores asumen la representación momentáneamente hasta que otros puedan hacerlo. Esos otros, son, como mostramos, los compañeros del barrio. Desde mi punto de vista, esto introduce en el seno mismo de las relaciones que se entablan en y por la organización los dilemas de la delegación y la autoridad.

Pierre Bourdieu (1988: 158-172) abordó este problema de la delegación como un caso de fetichismo político. Delegar es encargar a alguien de una función, de una misión, transmitiéndole su poder, pero a su vez hay que preguntarse “cómo puede ser que el mandatario pueda tener poder sobre aquel que le da poder” (p. 158). Si además se trata de una sola persona depositaria de una cantidad de mandantes, ese delegado tiene un poder que trasciende a cada uno de sus mandantes. ¿Frente a qué tipo de relación social estamos? La relación de delegación, en su superficie niega lo que la constituye, la necesaria existencia de alguien que actúe como persona moral (el delegado) sustituyendo al grupo y, al mismo tiempo, haciéndolo existir cuando la función de representación así lo exige. “En todos estos casos, según la ecuación que establecían los canonistas –la Iglesia, es el Papa-, en apariencia, el grupo hace al hombre que habla en su lugar, en su nombre –es el pensamiento en términos de delegación-, mientras que en realidad es casi tan verdadero decir que es el portavoz quien hace al grupo (...) el representante existe, porque representa (acción simbólica), el grupo representado, simbolizado, existe y hace existir a su vez a su representante como representante de un grupo (158-159).” Esa relación circular muestra la raíz de la ilusión que hace que, en el límite, el portavoz pueda aparecer como causa sui, puesto que es la causa de lo que produce su poder, puesto que el grupo que le otorga sus poderes no existiría plenamente –en tanto grupo representado- si él no estuviese allí para encarnarlo. Habría en ese sentido, una antinomia inherente a lo político que obedece al hecho de que los individuos –y tanto más cuanto más desprovistos están- no pueden constituirse (o ser constituidos) en tanto grupo, es decir en tanto fuerza de hacerse oír y de hablar y de ser escuchada, sino desposeyéndose en provecho de un portavoz. Pareciera necesario arriesgar la alienación política para escapar a la alienación social.

Este tipo de relación social introduce tres cuestiones conectadas. En primer término, la representación puede ser una necesidad de los individuos desposeídos para ser presentados como grupo y poder presentar sus demandas colectivas al

Estado, y de ese modo cobrar existencia social. En segundo término, el representante y los órganos de representación objetivan al grupo, haciéndolo existir, y para lograrlo deben situarse en una posición de autoridad sobre el grupo. En tercer lugar, para garantizar la cohesión grupal el representante se dirige a los demás individuos del grupo como si fuera el ventrílocuo de la conciencia colectiva. No es él, sino el movimiento el que habla a través de él, a los propios integrantes de la organización como individuos. En este marco de relaciones puede inducirse un doble fetichismo, al encarnar el grupo en su discurso frente a los individuos reales del grupo se produce un olvido de la autoridad por la que fue ungido, y a su vez, un encubrimiento de los intereses del representante, que presenta su representación librada de toda intención personal para mostrarla como un acto de puro altruismo, absolutamente desinteresado. Este juego, que siguiendo a Bourdieu podríamos designar como un caso de figura propia de lo político, alcanza su inflexión específica puesta de manifiesto en el modo en que Carlitos articuló el *Ellos* en pleno debate de asamblea, invocando a manera de advertencia la división social que hace posible la existencia del movimiento y al mismo tiempo organiza su conflicto central.

Digámoslo de manera sencilla a riesgo de simplificar, cualquier intento de disolución del conflicto supondría la desaparición de la organización misma basada en este equilibrio fluctuante de poder: los que tienen por su número el poder de la movilización y por su posición social el de figurar como beneficiarios de las políticas sociales, y los que tienen por su posición social y sus competencias el poder de gestionar para captar los recursos que se pierden en mil laberintos burocráticos. De allí que una parte importante de los juegos sociales que se operan en este entramado de interdependencia es recorrer colectivamente los caminos que eluden una explicitación directa de esa tensión inherente, puesta de manifiesto a su vez, a cada momento en el cual el equilibrio fluctúa porque la gestión de los recursos fracasa o el número de movilizadados disminuye.

4. Luchas reivindicativas y luchas políticas.

Existe una relación oblicua entre las prácticas y los discursos. No es que en el MTD se niegue la función de los planes sociales y la organización de la gestión, ni que la movilización es necesaria para obtener esos planes, sino que se la desplaza de su relación con la política segmentando temporalmente los momentos de enunciación y silenciamiento. De allí esa expresión dicotómica que intenta reflejar (produciendo) la separación entre “lo reivindicativo y lo político”. Para los promotores del MTD habría “luchas reivindicativas” y “luchas políticas”. Separación discursiva con efectos prácticos que también engendra el desafío del pasaje de “lo reivindicativo a lo político” y los supuestos y aparentes bloqueos de “los compañeros de los barrios demasiado atados a la necesidad que les impide ver más allá”.

De manera derivada cada uno de los términos se asocia a evaluaciones morales y asigna identidades de grupo. Los compañeros de los barrios se acercan al polo de “lo reivindicativo” y de “la necesidad”, mientras que los promotores estarían más cerca del polo de “lo político” y encargados de ver más allá de las “necesidades inmediatas” hacia el objetivo del “cambio social”. Las necesidades se vuelven razones que explican los conflictos y las diferencias entre los miembros del movimiento. Esta tensión suele romperse cuando alguien abandona la organización. La necesidad explica la “salida” de aquellos que se “van con el municipio”. Mientras que los “que se quedan” lo hacen en tanto permanecen “leales” a la política del movimiento que “hacemos entre todos sin obligar a nadie”.

Una vez establecido este esquema se da lugar a una doble tarea, lograr el pasaje de lo reivindicativo a lo político se torna una misión de “los promotores”, pero al mismo tiempo es su función generar estrategias prácticas y retóricas que mantengan como ámbitos separados, purificados, a la política de la necesidad, a la gestión de planes de los principios políticos, a la movilización del “juego con la necesidad”. “Jugar

con la necesidad de la gente” suele ser un argumento acusatorio muy común. Para algunos promotores del MTD “los punteros⁸⁸ del PJ se aprovechan de la necesidad de la gente del barrio para convocarlos a sus actos”. Para algunos funcionarios del municipio “hay que tener cuidado porque los piqueteros mueven a la gente manejando su necesidad”. Pareciera que la necesidad es algo a superar para alcanzar la voluntad (política).

Ferraudi Curto (2006) se refiere a esta tensión como fruto de la actualización de tres lógicas en el seno de la organización, la política, la gestión y la sociabilidad barrial y familiar. Quirós (2006 b) sugiere que lejos de ser separaciones naturales existen estrategias de purificación moral donde la necesidad es excluida de la política, ya que se considera que “la necesidad” contamina “la voluntad”. Desde mi punto de vista, este dilema existe y permanece en estado práctico en el propio proyecto militante de “ligar lo político con lo social”. Para realizar ese proyecto hace falta imponer una clasificación del mundo social y una progresión imaginada de un mundo existente poco deseable hacia otro más ajustado al deseo.⁸⁹ Pero aquí se produce un efecto paradójico, pues al mismo tiempo que se busca enaltecer lo político desligándolo del “uso de la necesidad”, se degrada lo social asumiendo que se circunscribe al ámbito de esa determinación.

⁸⁸ Militantes de base del partido justicialista. El término tiene un sesgo peyorativo, y es utilizado por quienes no son militantes justicialistas, que prefieren llamarse a sí mismos “referentes”.

⁸⁹ Siempre es interesante recordar que el juego de las determinaciones y los menoscabos a la voluntad forman parte de la dominación simbólica, como nos recuerda Pierre Bourdieu “...aquellos que tienen el monopolio del discurso sobre el mundo social son de buena gana espiritualistas para sí mismos, materialistas para los otros, liberales para sí mismos, dirigistas para los otros, finalistas e intelectualistas para sí mismos, mecanicistas para los otros.” (2007: 137)

CAPÍTULO VI

EL COMPROMISO: ENTRE LA PRÁCTICA Y LA REPRESENTACIÓN DE LA PRÁCTICA.

“La lógica práctica (...) sólo es coherente a grandes líneas, hasta cierto punto (...) suponiendo que esto sea posible y deseable en la práctica, donde la coherencia perfecta no es siempre conveniente.” (Bourdieu Pierre, El sentido práctico)

Los actores crean métodos de conocimiento del mundo social que habitan y se mueven en función de ellos proponiéndose proyectos de actuación. Pero “llevar a la práctica” supone trasponer los límites del dominio discursivo hacia el dominio de las prácticas. Esta transposición introduce la lógica de la coherencia discursiva en la lógica no tan coherente del sentido práctico. Además de tener en cuenta que la coherencia de la práctica no puede pensarse como un ajuste automático a las ideas o los proyectos, hay que mantener la diferencia entre la explicación de la lógica práctica y la lógica práctica en sí misma.

Una contradicción práctica del análisis científico de una lógica práctica reside en el hecho paradójico de que el modelo más coherente y también el más económico, el que explica de la manera más simple y sistemática el conjunto de hechos observados, nos es el principio de esas prácticas.

“... la práctica excluye el dominio de la lógica que en ella se expresa.” (Bourdieu 2007: 30)

Las prácticas por definición están sometidas a la incertidumbre y la vaguedad, resultante del hecho de que tienen por principio no unas reglas conscientes y constantes sino esquemas prácticos, sujetos a variación según la lógica de la situación, el punto de vista, la posición y las acciones de los otros. Así, los pasos de la lógica práctica “raramente son coherentes por entero y raramente incoherentes por completo” (Bourdieu 2007: 31)

Hemos visto a lo largo de este trabajo cómo las alteraciones y los conflictos al interior del dispositivo organizacional del MTD ponen de manifiesto que la relación entre activistas (promotores) y compañeros de los barrios no tiene a éstos últimos como al polo pasivo de la movilización. Por el contrario, esos compañeros de los barrios fueron reposicionándose y reelaborando sus propias clasificaciones en las cadenas de interdependencia que constituyen al movimiento y contribuyen a tornarlo posible, llegando a ocupar posiciones de referentes de los núcleos territoriales. Por otro lado, vimos como determinados aspectos de esa relación no aparecen cuando se lee el discurso mediante el cual los promotores cimientan su identidad como militantes populares.

Estas diferencias entre lógicas discursivas y lógicas prácticas en las organizaciones piqueteras se reflejan en ciertas operaciones de desplazamiento convalidadas por algunos autores relevantes del campo académico. En el sentido de que estos autores tendieron a tomar las descripciones de las prácticas militantes de las organizaciones piqueteras que realizaban los líderes de dichas organizaciones como descripciones *tout court* de las prácticas efectivas, y no como lógicas meta-discursivas orientadas a crear identificaciones y cohesiones a partir de esas identidades al interior de un campo militante. Así, según Maristella Svampa, los dirigentes se asocian al polo de “lo ideológico” y las familias al polo de “la necesidad” (2006: 280). O según Mazzeo los piqueteros representan “la libertad” y los punteros “la dominación” (2004).

Me gustaría avanzar un poco más y señalar que probablemente la indistinción de hecho que los autores realizan tiende a confundir el “hacer” y el “decir sobre el hacer”. Con esto no queremos decir que no exista relación entre ambos, o que directamente los actores mientan sobre lo que efectivamente hacen. Sino que justamente como se trata de relaciones, es posible discernir analíticamente las diferencias y las conexiones entre esos ámbitos. Se trata de poner atención en el *entre* el mundo como representación y el mundo como práctica.

Pienso que se ha perdido de vista que las prácticas militantes están constituidas por estrategias retóricas que constituyen verdaderos actos de institución. En los cuales los actores pueden hablar mucho mejor de lo que hacen y de lo que saben cuando tanto sus prácticas como su saber han sido designados y distinguidos verbalmente dentro del conjunto continuo de prácticas y saberes, transformándolas en legítimas y visibles. Como sostiene Lahire (2006),

“...en general, conservamos en mente los saberes explícitos, y casi no sabemos hablar de disposiciones (...) construidas no conscientemente a través de los lazos de interdependencia que nos vinculan a otros actores” (p. 140)

En segundo lugar no se ha distinguido la existencia de “prácticas pantalla” (Luc Boltanski, 1982) que instauran “polos representativos” que suelen ser invocados con facilidad y que impiden de ese modo ver el resto de ese dominio de prácticas, en un juego de enmascaramiento donde lo que conforma prácticamente el oficio (militante) no corresponde directamente con las prácticas que se consideran representativas de ese oficio. Así, no se distingue en el ámbito de las prácticas aquellas orientadas a crear identidad (militante) y comunidad de aquellas relacionadas con el oficio (la militancia): la gestión de políticas sociales y el ejercicio de una dominación blanda sobre las bases sociales.

Finalmente, cuando las prácticas se describen efectivamente desde una posición de observador externo, da la impresión de que las doctrinas militantes o los discursos militantes vivieran una vida paralela, autónoma y sin gran relación con las prácticas, dejando a los productores de ese discurso al borde de ser tratados como mentirosos, traidores o fracasados. Sin embargo, esto resulta más de un efecto de descripción falsa que de una supuesta falsedad de los actores. Como sostiene Lahire:

“... disposiciones a creer y disposiciones a actuar relativamente heterogéneas (y, en ocasiones, francamente contradictorias) pueden cohabitar dentro de un mismo individuo. Sólo que esos discursos sobre el oficio no se articulan tanto sobre las prácticas del oficio (del hacer) como en prácticas identitarias colectivas, y de hecho sirven más para crear la ilusión de la comunidad o de la identidad colectiva que para orientar efectivamente las prácticas [militantes].” (2006: 152)

Ahora bien, ¿qué supone constatar una diferencia o una distancia entre los discursos y las prácticas? En definitiva, consiste en señalar la existencia de una doble realidad de la cual los actores no son conscientes: los discursos que sostienen y que presumiblemente toman por objeto las prácticas del oficio (maneras de hacer militantes) en realidad remiten a muy distintas prácticas (identidades militantes) mientras que, por su parte, las prácticas del oficio no necesariamente tienen palabras y marcos discursivos para decirse en la forma más adecuada posible.

Así ocurre con la categoría nativa y las teorías nativas sobre “el compromiso”. Vimos como ese significante puede anudarse a diferentes significados. El compromiso puede darse con el trabajo, la organización o el proyecto político. También puede ser ponderado de acuerdo al tiempo que los individuos invierten “en las cosas que tienen que ver con el movimiento”. Y además puede articularse en relaciones sociales que en algunos casos se despliegan hacia las relaciones de sociabilidad barrial o familiar, e incluso “tocan” actores vedados como los funcionarios municipales. Para algunos compañeros de los barrios que ocupan posiciones de referentes el compromiso aparece asociado a la preocupación por las necesidades de la gente del barrio y las competencias sociales desplegadas “para conseguir cosas”. Si bien potencialmente todos podrían portar esa doble dimensión del compromiso, parece que en la organización ambos se expresan de modo tensionado y que habría, según las situaciones: *portadores especiales*, “los que se quedan porque comparten las formas de hacer política” o “promueven el proyecto del movimiento”; *portadores intermitentes*, “los que vienen y se van, por necesidad o quién sabe qué, con el municipio”; y *portadores ambivalentes*, “los que gestionan individualmente con funcionarios municipales” –pasándose así a una especie de bando contrario- o “los que no les importa lo que se diga a nivel del movimiento sino lo que dicen los compañeros del barrio”.

Los diferentes bienes (planes, mercadería, herramientas, proyectos productivos, etc.) al ingresar en el circuito de relaciones entre promotores y

compañeros de los barrios se tornan objetos que coagulan los sentidos del compromiso, que al mismo tiempo se infiere de las actitudes de los diferentes participantes del movimiento que pueden merecerlos o no, “si han luchado lo suficiente o lo han hecho bastante poco”. En cierta manera, el merecimiento depende de las veces en las que ellos o sus compañeros puedan poner de manifiesto que han invertido su tiempo y su cuerpo en “las cosas que tienen que ver con el movimiento”.

Si desde el punto de vista estatal, los bienes son una asistencia focalizada para los pobres que tienen necesidades insatisfechas, y desde el punto de vista de la relación entre gobierno y organizaciones piqueteras, son parte de una negociación desencadenada por la acción colectiva de protesta, desde el punto de vista de los circuitos sociales que ligan a promotores con compañeros de los barrios, objetivan merecimientos y compromisos.

La capacidad de “conseguir cosas” es una de las maneras en las que se pone a prueba no sólo la eficacia de las acciones colectivas de la organización sino además el propio proyecto militante de ligar lo social (como necesidad) con lo político (como voluntad de lucha). Y en cierta medida, es garantía de la posibilidad de que los promotores sigan estructurando sus vínculos con los compañeros de los barrios.

Si efectivamente este esquema comprende las relaciones en el movimiento con respecto a la noción de compromiso, quisiera dejar una inquietud abierta. Si por un lado, en el movimiento se promueve la participación de los compañeros de los barrios en las decisiones, por otro, al momento en que esas personas llegan a tallar ya no únicamente como bases sociales, sino como referentes con cierto ascendiente sobre sus compañeros, parecen no encontrar un piso estable donde amarrar el poder que han acumulado por el despliegue de sus competencias en el núcleo territorial. Aquellos que, efectivamente, “viniendo de lo social” se han politizado, parecen hacerlo de un modo que no encuentra un espacio legítimo de realización en el movimiento, porque sus actitudes pueden ser interpretadas ya no como parte de un compromiso sino como

una especie de interés personal por apropiarse de “las cosas que tienen que ver con el movimiento”.

De todas maneras esta inquietud queda abierta -de allí el uso abundante del “parece”- porque la posibilidad de comprender el peso de esta categoría múltiple del compromiso, en la distribución de los merecimientos como en la legitimidad de las intervenciones políticas de los miembros del movimiento, requiere, además de observar las interacciones en el seno de las asambleas, un estudio longitudinal de las trayectorias sociales de cada uno de sus miembros y su influencia en el modo en que las personas se posicionan y aseguran sus posicionamientos en las relaciones de interdependencia que estructuran al MTD.

CONCLUSIÓN

Desde el primer capítulo de esta tesis hemos destacado un desplazamiento en las preocupaciones analíticas del estudio de las organizaciones piqueteras. Dijimos que se constata un pasaje de la preocupación por definir los rasgos de las organizaciones del espacio piquetero como actores colectivos, hacia una preocupación centrada en la constitución de entramados socio-políticos que en un plano territorial articulan a actores sociales específicos, con la gestión de políticas sociales y con procesos de estructuración de la vida cotidiana en ámbitos de los sectores populares donde reina la precariedad, el desempleo o la informalidad laboral. Son esas tramas las que juegan y se inscriben en procesos políticos de movilización social de las clases populares. Al final de ese primer capítulo hemos señalado que nos interesaba mostrar a través de un caso específico, el del MTD de Villa Palmira, cómo se producen enlaces y encadenamientos entre activistas y bases sociales.

También pusimos de relieve la particularidad de este movimiento creado por un grupo de activistas de origen universitario (promotores) que en el devenir como militantes barriales se autorizaron a representar a los pobres urbanos, en tanto desocupados, y realizaron una serie de prácticas de anclaje para inscribir su deseo de “ligar lo social con lo político” en determinados barrios de Villa Palmira, organizando a los desocupados con planes sociales en núcleos territoriales.

A partir del Capítulo III intentamos mostrar de qué manera se fueron involucrando en la organización otros actores de origen barrial y cómo estos últimos significaban su actividad en el movimiento ubicándolo en una zona gris entre el trabajo y la política, ciertamente condicionado por un dispositivo organizacional que intenta fundar un espacio laboral y político simultáneamente. En el Capítulo IV vimos cómo en este movimiento, cuyos promotores dicen que no posee un programa político bien delimitado sino una serie de principios y criterios de construcción política, esos criterios eran puestos en entredicho y utilizados para evaluar la legitimidad de dos formas distintas de representar en el seno mismo del movimiento. En el Capítulo V

observamos cómo se tramitan en las reuniones periódicas de un núcleo territorial las nociones de autoridad, obligación y derecho entre compañeros del barrio. Por último, en el Capítulo VI, intenté dejar abierta una inquietud sobre la noción de compromiso que circula entre los miembros del MTD de Villa Palmira, sosteniendo que habría al menos tres formas de esa noción según las prácticas desplegadas en la organización, el tiempo invertido y las relaciones permitidas o vedadas que se establecen con el afuera de esa organización, en las que aparece delineada como amenaza la presencia de los funcionarios municipales.

Mi deseo era mostrar, dentro de las posibilidades y límites de esta investigación, la complejidad de las relaciones que se entablan entre activistas y bases sociales. Por un lado, estaba el procesamiento que un grupo de activistas realizan sobre el devenir histórico del país y al mismo tiempo el modo en que el Estado clasifica a los sectores populares como pobres y desocupados y desarrolla una serie de respuestas asistenciales. Por otro, había que mirar las interacciones que desarrollan esos promotores con sus “compañeros de los barrios” desde su particularidad, observando tanto los compromisos como las tensiones e inclusive las rupturas de dichos compromisos. Mi intención fue, entonces, mostrarlo a través de cómo actúan las representaciones en las prácticas militantes y cómo éstas, a su vez, operan modificando esas representaciones. Eso nos permitió al menos sugerir que aquellos que efectivamente viniendo de lo social como compañeros del barrio llegan a politizarse, cumpliéndose así uno de los objetivos de los promotores, no encuentran, sin embargo, un espacio legítimo donde asegurar lo que han acumulado en el despliegue de sus competencias como gestores activos de sus núcleos territoriales.

Dado el estado de la investigación que se presenta en esta tesis de maestría creo que no podemos ir más allá de sugerir que sería positivo observar que los movimientos de desocupados no son sólo *de desocupados*, sino que resultaron circuitos de actores donde se cifraron una serie de expectativas en torno a las cuales algunos grupos de activistas pudieron actualizar sus compromisos con viejas

tradiciones doctrinarias, otros realizar su ingreso a la política como militantes sociales, continuar su militancia social aunque bajo un nuevo paraguas organizacional o encontrar un lugar donde trabajar, sentirse con derecho y acceder efectivamente a un plan social. Al mismo tiempo, considero que poner el acento en el *anclaje* ayuda a desnaturalizar los procesos que dieron lugar a la formación de los movimientos de trabajadores desocupados y observar el intenso “trabajo” de institución de relaciones sociales en el cual se embarcaron las personas involucradas. Creo finalmente que mirar al MTD como *figuración* permite dar cuenta de las relaciones entre actores, prácticas y representaciones sin circunscribirlo a los discursos que los propios actores consideran más legítimos, permitiendo observar cómo militantes y bases sociales, promotores y compañeros de base, se constituyen como tales en la dinámica interdependiente del movimiento.

AGRADECIMIENTOS

Momentáneamente este trabajo concluye aquí. Y con ello llega la hora de los agradecimientos. Aníbal Viguera dirigió pacientemente esta investigación y con sus certeras intervenciones desmadejó lo que en principio era una maraña indescifrable de datos, referencias bibliográficas y “supuestas ideas”. Victoria D’ámico y Rodolfo Iuliano leyeron con atención y sentido crítico el conjunto de análisis fragmentarios que les fui acercando. Fito, como es habitual, fue muy agudo en sus observaciones y sugerencias sobre como encarar los “vectores sociológicos”, algunas ingresaron rápidamente al texto mejorándolo notablemente, otras que suponían repensar parcialmente el enfoque y la producción de los datos quedarán para próximos acercamientos, donde “hacer cosas con palabras” no sea el centro del análisis. En una lejana estadía mexicana Nora Rabotnikof revisó y criticó con amplitud de miras algunas partes de esta tesis, además de hacer todo lo necesario para que mis días en el Instituto de Investigaciones Filosóficas fueran gratos y estimulantes. Enrique Garguín aportó su amplia erudición en la obra de E. P. Thompson y Ana Julia Ramirez leyó con ojo editor el primer capítulo. También me favorecí con los comentarios que en su momento realizaron Martín Retamozo, José Moreno, Lucas Alzugaray y Cecilia Ferraudi Curto. Los compañeros del CISH, Pablo Ghiliani, Santiago Cueto Rúa, Cintia González Legstra, Mauricio Esterellas, Emmanuel Kahan, Andrés Stagnaro y Leandro Sessa siguieron con humor los desenlaces finales del trabajo de escritura. También agradezco a los miembros del MTD que amablemente aceptaron que los entrevistara o que estuviera ahí mientras ellos se esforzaban por construir su existencia colectiva. Martín Obregón, historiador y “veterano” militante social contribuyó desde su doble condición a un mejor conocimiento del universo empírico que intenté abarcar. Esteban Rodríguez preguntó una y otra vez “para cuando la tesis”, además de enriquecer mi mirada con sus propias observaciones sobre el mundo militante. Mi mamá, que no entiende demasiado a que me dedico, sostuvo igual postura y ayudó a cuidar “la” infante cuando fue necesario, del mismo modo que la familia Peláez en pleno. Mis hermanos, Sole y Agus, del otro lado del Atlántico acompañaron, telefónicamente, mi periplo. Maximiliano Costagliola en un fino comentario me hizo saber que alcanzar “la corrección” podía considerarse todo un logro. Angela Oyhandi y Ricardo Ernst Montenegro me dieron cobijo en México. “El compadre” acompañó con elegancia y valentía el uso reflexivo de sustancias viajeras. Agustina estuvo interesada todo el tiempo en que finalizara el trabajo, donando amor, paciencia y chocolate mientras hice “en casa” la corrección final de este texto. Con Eva y Rufus aportaron la alegría hogareña, además de los líos inevitables e hicieron planes para el futuro inmediato. A ellas esta dedicado el trabajo. Como es de rigor, los aciertos son míos pero fundados en la ayuda de los otros, los desaciertos corren a mi cuenta exclusivamente.

Una Beca de Estudios de la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires (2006) y una Beca Doctoral Conicet Tipo I (2007-2009) garantizaron mi subsistencia y la de mi familia mientras realizaba la faena. Esta tesis concluye mi paso por la Maestría en Ciencias Sociales de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, agradezco a sus autoridades, personal administrativo y al cuerpo de profesores, que con su esfuerzo cotidiano hacen que el paquidermo avance sin provocar destrozos.

BIBLIOGRAFÍA

- Acuña, Carlos H. et. al. (2006), "Repensando las relaciones sociales locales", en Jelin Elizabeth et. al., *Políticas sociales y acción local, 10 estudios de caso*, Proyecto CLASPO-Argentina.
- Auyero, Javier (2004), *Vidas Beligerantes*, Bernal, UNQUI.
- Bidaseca, Karina (2004). "Vivir bajo dos pieles": En torno a la resignificación de las políticas sociales y las complejidades del vínculo con el estado. El Movimiento de Trabajadores de Solano". Informe final, CLASPO-IDES.
- Boltanski, Luc (1982), *Les cadres. La formation de d'un groupe social*, París, Minuit.
- Borges, Antonádia (2003), *Tempo de Brasília. Etnografando lugares-eventos da política*, Río de Janeiro, Dumará.
- Bourdieu Pierre (1988), "La delegación y el fetichismo de lo político", en *Cosas Dichas*, Buenos Aires, Gedisa
- (1997), *Razones Prácticas*, Barcelona, Anagrama.
- (1998), *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Barcelona, Taurus.
- (2007), *El sentido práctico*, Barcelona, Siglo XXI.
- Briquet, J.L. (1997). *La Tradition en mouvent. Clientélisme et politique en Corse*, París, Belin.
- Cerruti, Gabriela y Grimson Alejandro (2004), *Buenos Aires: neoliberalismo y después. Cambios socio-económicos y respuestas populares*, Buenos Aires, Cuadernos del IDES nº 5, Instituto de Desarrollo Económico y Social
- Chartier, Roger (1992), *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa.
- Cieza, Guillermo H. (2004), *Borradores sobre la lucha social y la autonomía*, Buenos Aires, Manuel Suárez editor.
- Cheresky, Isidoro (2006), "La ciudadanía y la democracia inmediata", en Isidoro Cheresky (comp.), *Ciudadanía, sociedad civil y participación política*, Buenos Aires, Miño y Dávila editores.
- Cravino, María Cristina et. al. (2002), "Vida cotidiana e implementación de políticas sociales: receptores y mediadores en un barrio del Conurbano Bonaerense", Universidad de Bio-Bio, Congreso de Políticas Sociales, ponencia.
- Dagnino Evelina (2006), "Concepciones de ciudadanía en Brasil: proyectos políticos en disputa", en Isidoro Cheresky (comp.), *Ciudadanía, sociedad civil y participación política*, Miño y Dávila editores, Buenos Aires, Argentina.
- De Certau Michel (1996), *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*. Volumen 1, México, Universidad Iberoamericana.
- De Ípola Emilio (2004), "Política y sociedad: ¿escisión o convergencia?", en Di Marco, G. y Palomino, H. (comps.) *Reflexiones sobre los movimientos sociales en Argentina*, Buenos Aires, Jorge Baudino-UNSAM.
- Delamata, Gabriela (2004). *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires, Eudeba-Libros del Rojas nº 8.
- Del Cueto, Carla Muriel (2007), "Territorio y sectores populares. Una discusión entre la geografía y la sociología", *Prácticas de oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales* nº 1, Publicación del Posgrado en Ciencias Sociales UNGS-IDES.
- Elías, Norbert (1998), "Ensayo sobre las relaciones entre marginados y establecidos",

- en *La civilización de los padres y otros ensayos*, Norma, Bogotá, Colombia.
- (1998b), *Compromiso y distanciamiento*, Península, Madrid, España.
- (1999), *Sociología Fundamental*, Gedisa, Barcelona, España.
- Fara Luis (1985) "Luchas reivindicativas urbanas en un contexto autoritario", en *Los Nuevos Movimientos Sociales /2*, Elizabeth Jelin, compiladora, CEAL, Buenos Aires, Argentina.
- Ferraudi Curto, María Cecilia (2006a) *Mientras tanto: Política y modo de vida en una organización piquetero*, Tesis de Maestría, Maestría en Antropología Social, IDAES/IDES, Buenos Aires.
- (2006b) "Lucha y papeles en una organización piquetera del sur de Buenos Aires", en Míguez, Daniel y Pablo Semán (eds.) *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires, Biblos.
- (2007) "Cuando vamos de piqueteros. Una aproximación crítica al concepto de identidad". en Lucas Rubinch, ed., *La sociología ahora*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Frederic, Sabina (2004), *Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el Gran Buenos Aires*, Prometeo Libros, Buenos Aires, Argentina.
- (2009), "Trabajo barrial, reconocimiento y desigualdad en Lomas de Zamora, 1990-2005", en *La vida política de los barrios populares de Buenos Aires*, Alejandro Grimson et. al. (comp.), Buenos Aires, Prometeo.
- y Soprano Germán (2005), *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, Argentina.
- y Masson Laura (2006), "Hacer política en la provincia de Buenos Aires: cualidades sociales, políticas públicas y profesión política en los '90". *Anuario de Estudios de Antropología Social*, CAS-IDES, 2006, Buenos Aires.
- Fonseca, Claudia (2005), "La clase social y su recusación etnográfica", *Etnografías Contemporáneas n° 1*, UNSAM, Buenos Aires.
- Giddens, Anthony (1991), *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Grimson, Alejandro (2003), *La Vida Organizacional en Zonas Populares de Buenos Aires -Informe Etnográfico*, Instituto para el Desarrollo Económico y Social Working Paper Series 02, Montevideo.
- Guber, Rosana (2005), *El Salvaje Metropolitano. La reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*, Paidós, Buenos Aires.
- Heritage, C. John (1990), "Etnometodología", en *La teoría social hoy*, Anthony Giddens et alli., Alianza, Madrid, España.
- Luliano, Rodolfo et. al. (2007), "Expectativas políticas, teorías y coyunturas en la conformación de un campo de estudios sobre la protesta social en la nueva etapa democrática", en Camou Antonio et. alli. (2007), *La argentina democrática: los años y los libros*, Prometeo, La Plata, Argentina.
- Lahire, Bernard (2006), *El espíritu sociológico*, Manantial, Buenos Aires, Argentina.
- Lenguita, Paula (2001), "Los desafíos teóricos de la identidad piquetera", disponible en: <http://www.ceil-piette.setcip.gov.ar/docpub/ponencias/lenguitapiq.html>
- (2002), "El poder del desempleo. Reflexiones críticas sobre la relevancia política del movimiento piquetero", en *La atmósfera incandescente. Escritos sobre la argentina movilizada*, Buenos Aires, Asociación Trabajo y Sociedad.

León Vega, Emma (2000), "El tiempo y el espacio en las teorías modernas sobre la cotidianeidad", en Lindón, Alicia (comp.) *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Barcelona: Anthropos/ Colegio Mexiquense/ CRIM-UNAM.

Mac Adam, Doug, et al. (2001), *Dynamics of Contention*, Cambridge University Press, Cambridge.

Malinowski, Bronislaw (2001 [1922]), *Los argonautas del pacífico occidental. Comercio y aventura entre los indígenas de Nueva Guinea melanésica*, editorial Península, Barcelona, España.

Manzano, Virginia (2004), "Tradiciones asociativas, políticas estatales y modalidades de acción colectiva: análisis de una organización piquetero", *Intersecciones en Antropología* 5, Facultad de Ciencias Sociales, UNCPBA.

(2006) "Formación de dirigentes, jerarquía y disciplina en organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires: un enfoque antropológico de los movimientos sociales", *Revista Avá* n° 9, Posadas, Misiones, Argentina.

(2007 a) *De la Matanza Obrera a Capital Nacional del Piquete: Etnografía de procesos políticos y cotidianos en contextos de transformación social*. Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

(2007 b). "Del desocupado como actor colectivo a la trama política de la desocupación. Antropología de campos de fuerzas sociales.", en Cravino María Cristina (editora), *Resistiendo en los barrios. Acción colectiva y movimientos sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Instituto del Conurbano.

Masseti, Astor (2004) *Piqueteros. Protesta social e identidad colectiva*, Buenos Aires, Editorial de las Ciencias/FLACSO.

Masson, Laura (2004) *La política en femenino*, Buenos Aires, Antropofagia. .

Mauss, Marcel (1991). "Ensayo sobre los dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas", en *Sociología y Antropología*, Madrid, Tecnos.

Mazzeo Miguel (2004), *Piqueteros. Notas para una tipología*, FISyP y Manuel Suárez editor, Argentina

Melucci, Alberto (1994), "Asumir un compromiso", *Revista Zona Abierta* n° 69.

Merklen, Denis (1997) "Ocupación Comunitaria y práctica política. Las ocupaciones de tierras en el conurbano de Buenos Aires", *Nueva Sociedad* n° 149.

(2000) "Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines de los '90", en Maristella Svampa (ed.), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Biblos-UNGS, Buenos Aires.

(2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003)*, Bs. As, Gorla.

Míguez, Daniel y Pablo Semán (2006) "Introducción. Diversidad y recurrencia en las culturas populares actuales.", en Míguez, Daniel y Pablo Semán (eds.) *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires, Biblos.

MTD Solano y Colectivo Situaciones (2002) *La hipótesis 891, Más allá de los piquetes*, De mano en mano, Argentina.

Núcleo de Antropología da política (1998). "Uma antropologia da política: rituais, representações e violência". *Cadernos do NuAP* n° 1, Río de Janeiro.

- Obregón, Martín (2003) "En torno a los orígenes del Movimiento de Trabajadores Desocupados autónomo", ponencia, en actas digitales del Pre-acet, La Plata, 2003.
- Pacheco, Mariano (2004), *Del piquete al movimiento*, Cuadernos de la FISyP n° 11, Buenos Aires, Argentina.
- Paine, Robert (1981) "When Saying Is Doing", en *R. Paine (ed) Politically Speaking. Cross-Cultural Estudios of Rethoric*, pp. 9-23. Piladelphia, ISHI.
- Petrucci, Ariel (2005) *Docentes y piqueteros. De la huelga de ATEN a la pueblada de Cutral Có*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, Argentina
- Pinedo, Jerónimo (2006) "Los Herejes. Una aplicación de la sociología de Pierre Bourdieu a un episodio de protesta", *Cuestiones de Sociología* N° 3, La Plata, Prometeo.
- (2008) "No están solos: identidad, narrativa y ritual en algunos grupos de activistas piqueteros.", en *Los movimientos sociales en América Latina. Pasado, presente y perspectivas. Memorias arbitradas de las Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos*. Mar del Plata. Páginas 724-738.
- Poupeau, Franck (2007), *Dominación y movilizaciones. Estudios sociológicos sobre el capital militante y el capital escolar.*, Ferreyra Editor, Córdoba, Argentina.
- Quirós, Julieta (2006 a). *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Bs. As., Antropofagia.
- (2006 b) "Movimientos piqueteros, formas de trabajo y circulación de valor en el sur de Gran Buenos Aires". *Anuario de Estudios en Antropología Social*, Bs. As., IDES.
- (2006c) "Políticas sociales y movimientos piqueteros: análisis de un universo de obligaciones recíprocas en el sur del Gran Buenos Aires", en *25a Reunião Brasileira de Antropologia*, 2006, Goiania. *25a Reunião Brasileira de Antropologia. Saberes e práticas antropológicas. Desafios para o século XXI*.
- Retamozo, Martín (2006) *El movimiento de trabajadores desocupados en Argentina. Subjetividad y acción en la disputa por el orden social*. Mimeo. Tesis de Doctorado. FLACSO, México.
- (2009), "Los sentidos del (sin) trabajo. Subjetividad y demanda en el Movimiento de Trabajadores Desocupados en Argentina", *Revista Sociohistórica* n° 21/22, Edulp, La Plata, Argentina.
- Rodríguez Blanco Maricel (2006) "Representación política, deliberación y acción colectiva. Piqueteros y asambleístas: dos figuras de la participación de la sociedad civil en Argentina", en Isidoro Cheresky (comp.), *Ciudadanía, sociedad civil y participación política*, Miño y Dávila editores, Buenos Aires, Argentina.
- Schipani, Andrés (2008), "Organizando el descontento: movilizaciones de desocupados en la Argentina y Chile durante las reformas de mercado", *Desarrollo Económico*, Vol 48, n° 189, (abril-junio 2008).
- Sigaud, Ligya (2004), "Ocupacoes de terra, Estado e movimentos sociais no Brasil", *Cuadernos de Antropología Social* n° 20, FFyL-UBA.
- (2006), Prólogo a Quirós Julieta (2006 a), *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur de Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Antropofagia.
- Simmel, George (2002), *Sobre la individualidad y las formas sociales*, Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.
- (1939) *Sociología, Estudios sobre las formas de socialización*, Buenos Aires, Espasa-Calpe.

Svampa, Maristella (2005), *La sociedad excluyente. La argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires, Taurus.

y Sebastián Pereyra (2003), *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Segunda edición actualizada. Bs. As., Biblos.

Talamonti, Paula (2008), "La lucha contra la Ley de Educación Superior en la UNLP entre 1994 y 1996", Jornadas de Sociología de la UNLP 2008.

Tarrow, Sydney (1997), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza Universidad, Madrid.

Thompson, E. P. (1984), *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Crítica, Barcelona, España.

(2000) *Agenda para una historia radical*, Crítica, Barcelona, España.

Tilly, Charles (2000), "Acción Colectiva", *Apuntes de Investigación del CECYP n° 6*; Buenos Aires, Fundación Sur.

Vommaro, Gabriel (2006), "Acá no conseguís nada si no estás en política. Los sectores populares y la participación en espacios barriales de sociabilidad política". *Anuario de Estudios en Antropología Social*, Bs. As., IDES.

Vommaro, Pablo (2003), "La producción y las subjetividades en los movimientos sociales de la Argentina contemporánea: el caso del MTD de Solano". Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas CLACSO.

Zibechi Raúl (2003), *Genealogía de la Revuelta*, La Plata, Letra Libre.